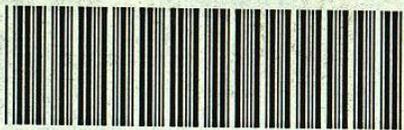


SAMUEL BACE

LA VIDA
HUMANA

P01954
.B3
V58

R. C.



1020025996

LA VIDA HUMANA.

LA
VIDA HUMANA.



POR EL LIBRERO

SAMUEL BACH
LIBRERIA SUYARRIAS

LA VIDA HUMANA

CAPILLA ALFONSO
TRADUCIDO PARA EL SIGLO XIX
BIBLIOTECA SUYARRIAS
U. S. A.
POR FRANCISCO ZARCO.



MEXICO.

Imprenta de Ignacio Cumplido.

1852.

098062

29339

833

PQ L954

B3

V58



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

MEXICO

1838

Manuel Ramirez.
I.

SAMUEL BACH.

(Este es el prefacio de la obra.)

EL RETRATO.

—Triste es por cierto haber nacido en 1763, y recordarlo en 1835, despues de haber hecho mil tonteras y de haber visto hacer muchas mas.

—Cómo, dijo el pintor, cómo, señor Samuel!

É hizo un movimiento de sorpresa, su caballete se bamboleó. Elcuadro se inclinó, quise de tenerlo pero cayó, pisé encima, y rasgué el lienzo.

—Diablo! exclamé, qué desgracia!

Era mi retrato, enteramente concluido. Y yo es-

*1

peraba tener mucho gusto al verme á mí mismo retratado en la esposicion de la galería del Louvre.

— Es preciso dejar esto, dijo el pintor, teniendo su cuadro sobre las rodillas.

Se lo quité, toqué con el dedo el agujero del cuadro, ponderé el mérito de su trabajo, lo alabé de cuantos modos pude. Era como elogiar á un muerto, cuyo padre estaba allí.

Era en efecto mi retrato, veía yo mi peluca roja, mi casaca parda, mi baston debajo del brazo, mi sombrero en la mano, mi cabeza tiesa, mi cara purpurina, mi nariz inmensa, y leía yo abajo: «Mr. Samuel Bach, librero.»

— Oh! qué fatalidad, qué fatalidad!

EL BARON.

— Cómo, cómo, dijo el pintor, habeis hecho tonterías, señor Bach!

Yo miré el cuadro.

— Y habeis visto hacer muchas mas.

Volví á mirar el cuadro.

— Ya entiendo, dijo el pintor, las tonterías que habeis visto hacer, son sin duda los libros de nues-

tros autores, y las que habeis hecho, son haberlas impreso.

— Señor Lionel, dije entónces con dignidad, no siempre he sido librero. He sido jóven y fuí rico, y entónces me llamaban: Samuel, baron de Bach.

— Cómo! exclamó el pintor, con que sois baron?

— Ni duda. Uno de los testigos de mi madre en su casamiento, fué el duque de Richelieu; hizo su epitalamio Voltaire, he estado muchas veces sobre las rodillas de Fontenelle, y he clavado mas de un alfiler en las pantorrillas postizas de Grimm.

— Segun eso, señor Bach, conocísteis á Juan Jacobo.....

— Sí, ví una vez á M. Rousseau en casa de mi madre, un hombre de cabellos blancos, tímido y distraido como un colegial. Quiso cantar. Dejó caer la vela sobre el clave, y quemó la ropa de mi tia que lo acompañaba.

— Con que de veras habeis sido baron? dijo el pintor.

— Sí, señor, he sido baron, y tengo ya setenta y dos años, y he hecho algunas tonteras, y he visto hacer muchísimas, y todo esto en tiempos en que ni siquiera pensaba que habia de ser librero.

TONTERAS.

Casarme fué mi primera tontera; la segunda fué, que muerta mi muger quise tener otra, y la mayor de todas fué, que en efecto me volví á casar. Aunque tenia yo el pelo azafranado, los ojos un poco bizcos, y una nariz de perico, no era yo horriblemente feo; sin embargo, no me atreveria yo à asegurar que mi primera muger si hubiera vivido Pero no hablemos de esto, es mejor.

Siempre he sido yo serio y grave, y à Dios gracias, jamas he visto las cosas como poeta. No sé por qué mi primer matrimonio me dió en el mundo la reputacion de hombre de bellos sentimientos.

Habia una viuda jóven, la marquesa de B*** que habia leído muchas novelas, y que no tocaba ni bailaba; pero suspiraba, temblaba, y siempre hablaba de amor puro y de fidelidad. Le componia versos Boufflers, y le hacia la corte Lauzun. Era la viuda mas linda, mas interesante, y tenia un millon.

Un dia me dijo: Señor de Bach, yo nunca me enamoraré de uno de esos petimetres bellos y relu-

cientes, y conozco que podria yo amar con pasion al hombre mas feo del mundo, con tal que fuese romancesco como Amadis.

Benzeval me dijo al dia siguiente: Oye, hombre, la marquesa está loca por tí.—No tardé en conocer que esto era cierto. Yo me regocijaba con tan buen partido. Era yo muy prudente y me propuse no desperdiciar tan buena ocasion.

Dije à la marquesa: «Señora, mi primera muger era una aturdida y vuestro primer marido era un viejo zeloso. Yo soy buen marido, no soy zeloso, ni regañon, soy un guapo caballero que ve todo como filósofo, y creo pues que me convenís y que me me convenís muchísimo. Yo os haré muy dichosa, vos, no quereis hacerme feliz?

El cumplimiento estuvo bueno, la marquesa se ruborizó y se mordió los labios. Me habló con mucho talento de música, de poesía, y me recitó de memoria una fábula de La Fontaine: «El Delfin y el Mono.»

Ocho dias despues, todo Paris me anunciaba que mi marquesa se casaba con el hermoso Médor de M*** y Benzeval me dijo:

—Gravísimo Samuel, fuiste un tonto con la marquesa.

cientos y conocho que podria yo amar con pasion al hombre mas feo del mundo, con tal que fuese tan manso como Amadis.

Benzeval me dijo al dia siguiente: Oye hombre, la naturaleza esta loca, pero no lo debe en condecer que esto era cierto.

MAS TONTERAS.

Decia bien Benzeval: la novela estaba de moda, la novela pastoral y sentimental. Grimm se moria como delfin pasmado de los rigores de la señorita Fel; Rousseau á los sesenta años encontraba para besos *acres*, ademanes del amor mas *convulsivo*. Mi primo Fressan, publicaba su Amadis; lo leí, leí tambien la Nueva Heloisa y me propuse ser un Saint-Preux ó un Bello Tenebroso, una vez que este era el medio de hacer algo.

La señora de R.... era la muger que tenia la cintura mas delgada y el pié mas pequenito del mundo, sus cabellos peinados de polvo y levantados por detras en bucles flotantes descubrian una frente, unos ojos, una boca..... oh! jamas he visto nada mas encantador! Por la mañana recibia en su alcoba todo lo que estaba mas de moda en Paris, por la noche lucía sus diamantes en la ópera y en los convites.

Sentí una verdadera pasion hacia la señora de R.... y queriendo aprovechar las lecciones de la

esperiencia, sollocé y gemí como las tórtolas, y como los héroes de novela; á solas no me atreví á pedir nada, y en público era yo dichoso cuando sentia su mano entre la mia, al traves de los guantes de ambas, de un pañuelo y del faldon de mi casaca.

Hay gentes con cierta estrella. En medio de una novela, habia yo pensado en la aritmética, y suspiraba como Tírsis, cuando debia haber obrado como Hércules....

Una noche me dijeron, que la víspera habia acompañado Mirabeau á la señorita R.... en su coche, y que él se jactaba de.... Yo no quise saber mas, dije que Mirabeau era un fatuo y corrí á casa de la señorita R.....

Acababa de irse à Lóndres con un jóven que era teniente de dragones reales.

SIEMPRE TONTERAS.

Decididamente no era yo nada afortunado con las mugeres. Recibí una carta del caballero mío; habia descubierto un tesoro, una alhaja, la perla de las señoritas de provincia y como buen tio, me mandaba que tomase la posta para ir á encontrarla.

Mi estado era para echar mano del diablo, si quería casarse. Así pues, obedecí à mi tío y me casé con su fénix. Era una niña de Brivela-Gaillarde, que me trajo en dote cinco mil primos, y muchos mas parientes, ni un cuarto, y un castillo en la montaña y al cual solo se podia ir à caballo.

Cansado estaba yo del mundo y de Paris; me establecí en el castillo, y comiendo castañas, cazando lobos y bebiendo vino de Bergerac, creí que nada era mejor que la vida patriarcal.

Corrian los años de 1781; todos mis vecinos se dirigian á la frontera, mis campesinos mataban los lobos que tenia yo en mis fosos; uno se habia atrevido á ofrecerme tabaco, por fin el pais comenzaba á fastidiarme. Pero me habia quedado un amigo que consolaba à mi muger y queria de todas veras que marchase yo como los otros al ejército de Condé. Sin embargo, yo creia en cuanto á mis bienes, que al ojo del amo engorda el caballo, y me acordaba del proverbio, quien va á Portugal pierde su lugar.

Me enviaron una rana y no me moví. Me avisaron que mis aldeanos rompiendo la presa de mis estanques, se divertian en robarme la pesca. A la cabeza de mis criados con pistola en mano, encontré à doce muchachos que huyeron cuando me acerqué, y me volví á casa.

Mi amigo me visitó en la noche.

—Qué habeis hecho? me dijo. Todo el pais está alarmado; si no marchais esta noche, mañana os asesinan.

—En nombre del cielo! exclamó mi muger, partid, vergüenza es que no lo háyais hecho ántes.

Tomé algunos luises, mandé ensillar dos caballos y con mi ayuda de cámara fuí á unirme con mis vecinos que habian emigrado ántes que yo.

Dos dias despues, mi muger se divorciaba de mí, mi excelente amigo era comandante de la guardia nacional, y con él contraia segundas nupcias la ciudadana Bach.

EL VIOLIN.

La frontera de Italia era la mas prócsima. Cuando llegué á Chambery, mis bolsillos iban vacios. No habia medio de procurarme dinero; habian confiscado y vendido mis bienes, y aunque mi muger habia sido la compradora, esto no me hacia mas rico. Pagué á mi criado y me quedé con dos luises.

Muchos emigrados se habian hallado en igual posicion; unos se habian levantado la tapa de los sesos, otros habian muerto de pesar.

Pero á mí ni uno ni otro partido me gustaba. Siempre he sido filósofo. Amo lo nuevo, lo inesperado, bueno ó malo, roca ó yerba, arroyo ó torrente. Consideré la miseria como una cabaña que se encuentra en el camino, y solo pensé en acomodarme en ella lo mejor que pudiese. Hoy gran señor, mañana limpia botas, qué hay en esto de triste, si está uno bueno y sano, y si no sufre el corazón? Así se ve la vida bajo todos sus aspectos, y debo decir que en este gran viage, soy de aquellos á quienes Sterne llamaria viageros curiosos.

En mis cambios de fortuna he notado que ni aun siquiera me han llegado al cuero, como dicen; pero los males del corazón me han hecho sufrir cruelmente. Después de todo, decia yo, siempre soy el baron de Bach. Estoy en tierra estraña; tanto mejor, me dará ménos vergüenza verme con los codos rotos. No tengo un cuarto, y qué le hace? un hombre siempre puede ganar con qué comer.

Hallé en Chambéry algunos franceses emigrados. El conde de R*** tenia un café, el marqués de L*** publicaba un diario de avisos, y el vizconde de P*** vivia de un teatro de títeres. Aquello era como el infierno de Rabelais, en que: «Trajano era pescador de ranas, Antonio lacayo, Pyrrho galopin, Antioco limpiador de chimeneas, Cleopatra revendedora de cebollas, y gorristas los cuatro hijos de Hymon.»

Me acordé de que sabia yo tocar el violin bastante bien. Hice saber á los habitantes de Chambéry en el diario del marqués de L***, que el baron de Bach daria un concierto en el teatro del vizconde de P***, y que el conde de R*** serviria los refrescos.

Fué todo el mundo à mi concierto, y así viví algun tiempo, con un violin que me costó dos escudos.

DIGRESION.

Será tal vez por gratitud; pero yo adoro en el violin. Hay algun instrumento de música, después de la voz humana, que como el violin, una la gracia y la fuerza, la suavidad y el estruendo? El violin es la melodía, es una alma sonora que suspira, que tiembla, que con una dulzura infinita prolonga el mismo sonido, ya tenue y disminuido, ya lleno y robusto.... Para la cólera, tiene vibraciones poderosas, para jugar y retozar tiene los treinta y dos puntos de su escala; tiene sus sonidos armoniosos para imitar el cuerno de caza, y cuatro cuerdas; una grave y austera como el bajon, otra

suave como la flauta, esta sencilla y campestre como el oboe, aquella argentina como la garganta del ruiseñor.

Creo en las pinturas de la edad media que representan á Apolo tocando el violin, y bendigo el reinado de Carlos IX que vió su introduccion en Francia.

Oh dichoso violin! Tú fuiste mi salvador! Tú has sido el rey de los instrumentos de música; pero has sufrido la suerte de todos los reyes, y el piano te ha destronado!

El talento debía destronar al sentimiento.

Puede juzgarse el genio de un pueblo por su predileccion hácia uno ú otro de estos dos instrumentos: El Violin, El Piano.

El país de Europa, en que mejor se ha tocado el violin es la Italia, Fastini, Corelli, Paganini, Viotti son nombres italianos. La música italiana es toda canto, toda melodía.

El país de Europa donde se ha tocado mejor el piano es la Alemania. Moscheles, Hummel, Krammer son nombres alemanes. La música alemana es toda armonía, toda modulaciones.

Puede juzgarse del genio musical de una época por su predileccion hácia uno ú otro de estos dos instrumentos. El Violin.—El Piano.

En nuestros días el piano ha destronado al violin; y esto es una señal. El imperio de la música

va á pasar de la aria al contra-punto, es la victoria de Gluk contra Piccidi, de Méuhul contra Paesiello, de Beethoven y de Weber contra Rossini, es un cambio de dinastía en el reino de las corcheas y de las semi-corcheas, cambio inevitable y que debe durar hasta el instante en que se consume la alianza del talento y del corazon, *de la libertad y de la autoridad, de la filosofía y de la religion, del occidente y del oriente, de la Alemania y de la Italia, del piano y del violin.*

SIEMPRE TONTERAS.

Con mi violin recorrí la Italia. En Milan acompañé á la Signora Cavatina que tocaba el piano á las mil maravillas. Lo que en ella me encantó mas fué que tenia unos ojos lánguidos que abrasaban, y lanzaban lágrimas y rayos de luz al través de unas grandes pestañas, que son sin duda las mas negras y las mas arqueadas que he visto en toda mi vida. Siempre me hablaba de *amore*, de *core*, de *fuoco*, de *fama*, y suspiraba y lloraba, é inclinaba la cabeza, y miraba al cielo.

—Ah! me decia, amar y no ser amada! y como

muger no poder decir á boca llena: Te adoro, eres mi adoracion, eres mi vida, *mio idolo, vita*.

Otras veces me decia:

«Las italianas saben amar mas que las francesas, y los franceses son mucho mas amables que los italianos.» O bien:

«Vosotros los franceses teneis fama de ser los hombres mas ligeros del mundo. Conocisteis en Francia al marqués de M***? Yo lo conocí en Milan, no es verdad que no puede haber hombre mas ligero? Son así todos los franceses?

Esto es hecho, decia yo, la *Signora* está perdida de amor por mí. Y qué encantadora es! Y con qué calma, con qué espresion toca el clave! Ah! *Signora! Signora!*

Muchísimas veces acompañé á Cavatina, y á su lado tocaba el violin, y cantaba romanzas, y ella ya palidecia, ya se ponía color de púrpura, y era dulce su mirar, y sus párpados se humedecían, y me hablaba siempre de los franceses y de la Francia.

Vamos, no habia duda en que la dominaba una pasion fuerte. Yo me enamoré de la enamorada *signora*.

Ya no me gustaban los suspiros, ni los sollozos de pastores y caballeros. Y hasta entónces, siempre yo habia hecho el Lázaro, y me propuse desquitarme.

Esta muger me adora, decia yo; voy á obligarla á que se me declare, y ya me llegó mi vez de ser

cruel. Cuando me haya confesado su pasion, entónces yo tambien le confieso que la adoro, y esto será magnífico, encantador.

Un dia le dije: *Signora*, vosotras las italianas teneis una vida enteramente exterior, sois como vuestros volcanes, la menor emocion en lo mas profundo de vuestra alma, produce esplosiones de fuego y de hirviendo lava. Cuando llorais, es á lágrima viva; cuando reís, lo haceis á carcajadas. ya. . . esto proviene de vuestro sol. Nosotros somos los hombres del Norte. Nuestra naturaleza es mas tranquila, es mas reservado nuestro corazon. Así entre unas y otros no puede haber armonía, nos causais miedo.

Ella escuchó con ansiedad. Cuando concluí, estaba pálida, gruesas lágrimas corrían por sus mejillas; un momento despues se puso tan encendida, que se hubiera puesto mala, si no hubiese abierto la ventana para tomar un poco de aire.

Cuando estuve en mi casa, me eché en cara tanta crueldad.

«Pobre muger, decia yo, cuánto ha sufrido y cuánto me ama! Oh! he sido un monstruo. Mañana la veré, me arrojaré á sus piés, y le declararé todo. . . .»

Al dia siguiente cuando llegué á casa de Cavatina, tenia algunas visitas. La Brambilla estaba cantando en el piano, y la *signora* conversaba con un jóven á quien veía yo por la primera vez. Tan en-

tretenidos estaban en su conversacion, que cuando entré, ni observó ella mi llegada, aunque el criado anunció con voz fuerte y clara: *Il baron di Baccho!*

Me acerqué à ellas y saludé à la *signora*. Me contestó moviendo apénas la cabeza, y continuó conversando con el recién llegado.

Me esperé un poco y pregunté á La Brambilla:

—Quién es este jóven?

Me hizo seña para que fuese á un rincon de la sala, y con mucho misterio me dijo:

—Es el marqués de M*** que acaba de volver. Mucho entrieteceia su ausencia á la *signora Cavatina*, pues lo ama apasionadamente. Cuando se fué, aún no se habian hablado de amor; pero creo que ahora ya se han dicho....

—Ah! ah! dije yo sonriendo, con cierto aire de indiferencia; algo sospechaba yo, señora Brambilla. Y qué pensais de Paesiello, no es verdad que es un jóven de mucho talento?

Tomé mi sombrero, mi baston y mi violin, y salí á la calle, proponiéndome no equivocarme en lo sucesivo con los suspiros y lágrimas de mugeres que bien podrian echar ménos à algun marqués de M***.

ALEMANIA.

A la sazón viajaba por Italia el señor de Ralfbergen, aleman muy bueno, que sonreia eternamente y llevaba consigo á su muger y á sus tres hijos. El preceptor de estos habia muerto en Nápoles, por haberse acercado demasiado al cráter del Vesubio, despues de haber bebido demasiado vino de *Lacryma-Christi*. El señor de Ralfbergen, me propuso llevarme á Nuremberg, para encargarme de la educacion de sus hijos.

Fastidiado ya de la Italia, de canciones y de violin, me instalé en la berlina de mi aleman; aprendí los cantos de su muger, hablé frances á sus hijos, y tuve un gran placer cuando divisé la catedral de Nuremberg, despues de haber atravesado las montañas azuladas del Tirol, y haber visto à los hijos del pais que van cantando coros, ya vayan á la labranza, ya vayan á la guerra.

Encontré en Nuremberg unas caras muy blancas y muy grandes, que sonreían con tanto candor como el señor de Ralfbergen; que cantaban *gesangs* y *lieder* (canciones y romances) con tanta gravedad

como la señora de Ralfbergen, y que comían carne y bebían cerveza en cantidades enormes.

Es la Alemania un paraíso en que todo el mundo está gordo, tranquilo y alegre, y en que no hay quien no sea poeta. Allí todos saben, como Adán, el idioma de las flores, de las nubes, de los insectos y de las aves. En el aire que respira el hombre flota una turba de hadas, y allí á menudo se conversa con los ángeles y con Dios.

En Alemania es donde comprendí por la primera vez la semejanza que un pueblo puede tener con su bebida habitual.

Examinad un vaso de cerveza alemana, ved qué licor tan espeso, tan pesado, tan material. Esto es lo que de pronto llama la atención. Pero al través del licor se ven vagar átomos brillantes como chispas, pequeños y sueltos como motas de seda, y una espuma ligera, trasparente, dorada como las nubes del oriente, rebosa hirviendo sobre el vaso.

HOFFMAN.

Hubo un día una cacería soberbia en las tierras del señor de Ralfbergen. Tuvimos un banquete en que hicimos mil libaciones con cerveza y vino del Rhin.

El señor de Ralfbergen pensaba en los vampiros que beben sangre, la señora en el rey de los Olmos que ahoga á los chiquillos; y yo veía saltar en un rayo de sol millares de gnomos y de demonios de todos colores.

De repente ví una llama azulada y volví la cabeza. Un nuevo convidado se había sentado entre nosotros, y su bowl de ponche ardía delante de él. Era gordo y chaparro y tenía cabeza de mono. Miraba la llama y reía, fumando una pipa de increíble longitud.

El señor de Ralfbergen parecía muy ocupado con este personage, la señora lo contemplaba con admiración y los niños habían dejado sus asientos en la mesa para colocarse detrás de su sillón.

Habló de gatos, de princesas, de hadas, de hojas, de nubes, de luciérnagas, de topacios, de esmeraldas; se levantó, tocó el piano, gorgoeó, cantó,

maulló, pintó ángeles, diablos, consejeros, tazas, jarras, burgomaestres, reinas y taberneros, y por fin tomándome del brazo me sacó á la calle.

Seguílo á una bodega en que estaban bebiendo tres alemanes. Recibiéronnos entonando un coro de alegría con acompañamiento de jarros y vasijas. Uno era un cómico que no podía representar su papel sino cuando estaba ebrio, el otro un metafísico que llamaba trascendental á su filosofía de despues de comer, y el último era un músico que cantaba como las sirenas de Homero, golpeando nuestras tazas con su cuchillo.

No sé cuántos fantasmas miré en mi derredor, cuántos fuegos fatuos sentí sobre las cejas, cuántas chispas sobre los ojos.

Cesó el canto. Parecióme que un viento fresco acariciaba mi frente. . . . Veía pasar algunos negros nubarrones. . . . y oía algunos ruidos vagos. «Tenedlo bien, que se cae.» Y era un rumor extraño, una risa incomprensible y por fin. . . .

—Estábais achispado? me dijo el pintor.

—Ay! sí, señor Lionel.

—Y compondriais un cuento fantástico. . . .

—Tambien eso es verdad, y cuando volví en mí conocí que mi espíritu habia vagado mucho en la region de las visiones. Volví tardísimo á casa del señor de Ralfbergen, me tiré en el salon como un salvaje, rompí una vajilla de porcelana, desconchavé la pata á un perrito, y lastimé las narices de uno

de mis discípulos, á quienes llamaba yo Astaroth, Moloch y Mefislofeles, walsé con una venerable anciana, tia de la señora de Ralfbergen. . . . Ah! El señor conoció que ya era yo muy poeta y muy aleman para poder enseñar á sus hijos el francés, en consecuencia no tardé en dejar su opípara mesa, su casa de la edad de oro y á su muger que cantaba tan bien. Era la época del consulado, logré que me borrarán de la lista de los emigrados y volví á Francia.

SIEMPRE TONTERAS.

El conde de F*** era un caballero de San Luis que habia servido en el regimiento de mi padre. Este hacía la corte á la condesa, y prestaba dinero á su marido. Tuve la dicha de que jamas habia tratado el señor conde de devolver á mi padre ni un cuarto. Cuando volví á Francia encontré á mi muger, dueña de mis bienes y casada con un convencional. Yo no contaba con nada. El conde de F*** me pagó su antigua deuda, y la condesa me proporcionó una habitacion en Paris en su misma casa.

La señora condesa tenia setenta años y una afi-

ción decidida à los perritos y à tomar rapé. Su marido usaba polvos y coleta. Estaba aún tieso como una encina; como medio higiénico andaba siempre à pié, y se rasuraba solo por filosofía.

Ni él ni su muger, habian emigrado, estaban muy ricos, no tenían hijos, y su mesa era la mejor de Paris, despues de la de La Reyniere y la del ministro Talleyrand.

Todos los dias comia yo con la condesa de F*.... Hé aquí cual fué entónces mi vida. Me levantaba á las doce y almorzaba en mi cuarto, leyendo periódicos. A la una me peinaba el ayuda de cámara pel conde; á las dos bajaba yo à saludar à la condesa que estaba sola con su perrito. La preguntaba yo por su salud, besándole la mano y hacia yo cariños á Medor, que siempre ladraba. Tomaba asiento y hablaba yo de la lluvia y del buen tiempo. La condesa me contaba el color y figura de su trage de boda, su presentacion á la corte de Luis XV, y juraba que la Francia se habia perdido desde el dia en que el conde de Artois habia ido de cochero en la carroza de la reina. Y yo respondia: «es exactamente, esactísimamente» y acariciaba de nuevo á Medor, que me mordía los zapatos y los guantes. A las tres llegaba gente y tenia yo libertad hasta la hora de comer. La comida era escelente y yo engullia como cuatro. Despues íbamos al salón. Las sobrinas de la condesa cantaban y toca-

ban el piano. Hablábamos, reíamos, y no tocábamos la política por miedo de los espías. Comenzaba el juego. La señora tenia su baston, los jóvenes su de. A media noche se iba todo el mundo; pero la condesa no se acostaba hasta las tres, y yo me quedaba con ella para leerle y para escuchar sus historias de Luis XV y del conde de Artois.

He recorrido ecsistencias diversas, y puedo asegurar que la que acabo de describir es, si no la mas hermosa, la mas feliz. Yo no obraba ni pensaba, no hacia mas que oír y comer. Y tenia yo mi hora de comer y mi hora de escuchar, y esto lo arreglaba una voluntad que no era la mia. Consistirá pues, la dicha en no querer, en no pensar? Hay algo que vale mas que ser feliz, ser hombre.

Solia à veces la condesa ir al teatro de los franceses ó al de Teydeau. Yo estaba siempre en su palco y le daba la mano para subir al coche. Admiraba yo mucho à Talma y à la Duchesnois; pero no podia divertirme con Cevion, ni con Martin, ni con las farsas de la ópera cómica; la Alemania y la Italia me habian echado á perder.

La manía de la condesa consistia en que la tuviesen por gran señora. Vestia como príncipes à sus lacayos, regañaba á su marido cuando se ensuciaba las mangas de la camisa; se vestia como una divinidad, y se enorgullecía cuando oía decir que su salon era el mas elegante de Paris.

Yo hacia cuanto podia para andar un poco aseado; pero mis medios eran muy escasos, y vanos mis esfuerzos para alargarlos. Noté un dia que mis calzones mas nuevos estaban ya bastante usados, y que mi casaca ya no tenia pelo . . .

Ese dia la señora de F*** me vió mas que lo de costumbre, me miraba y se ponía colorada, y me volvía á mirar sin cesar.

A media noche nos quedamos solos. Tomé un libro y leí. La condesa estaba distraida, preocupada; la sorprendí con los ojos fijos en mí, con una expresion extraordinaria. Esto duró toda la noche.

Al dia siguiente, lo mismo. Yo no sabia qué pensar. Cómo, decia yo, será posible? Con setenta años... será capaz de pensar la señora de F***? Ah! pobre Samuel!

No bien concluía yo esta exclamacion, cuando entró mi sastre á mi cuarto.

—Señor, dijo, aquí teneis un vestido que os traigo.

—Cómo está eso? exclamé.

—Lo mandó hacer la señora condesa.

—Pero, querido . . .

—Y ya lo pagó . . .

Yo caí de las nubes. Cuando en la noche bajé con mi vestido nuevo, los ojos de la señora de F*** radiaron de alegría.

—Estais encantador, me dijo en voz baja, si su-
piérais cuánto me gustais así!

Ah! Dios mio! qué haré? decia yo, cómo escaparme?

Resolví evitar hasta donde posible fuese, las quedadas solos, me fingí enfermo y ocupado; me retiraba como todos, á las doce, y no bajé mas que á comer. Por fin noté con gusto que ya no me veía tanto la condesa, y que al mirarme ya no suspiraba. Quise concluir la curacion, y me fuí á pasar ocho dias al barrio de San German, con uno de mis antiguos amigos.

Era un antiguo carabinero que habia sido de los emigrados. Reuniamonos unos cinco ó seis, que comiamos carne salada, bebiamos por demas, montábamos á caballo por las tardes, y por la mañana cazábamos liebres. Un dia me caí en un pantano con mi vestido nuevo, y unos breñales destrozaron mis calzones.

Volví á Paris, y no hubo mas que volver á mi ropa vieja. Fuí á ver á la condesa de F***, y la encontré mas divagada, mas triste que nunca. Me miraba y suspiraba, y yo estaba desesperado. Para distraerla le conté mi caída del caballo, sin omitir la catástrofe de mi vestido. Vivamente interesada con mi historia, se levantó, se hizo aire con el abanico, golpeó su caja de polvos, y por fin dió evidentes muestras de una verdadera agitacion.

Para colmo de desdichas, habia salido el conde, comimos solos, y la condesa me dijo que en la noche nadie la visitaria. Prolongué la comida cuan-

Yo hacia cuanto podia para andar un poco aseado; pero mis medios eran muy escasos, y vanos mis esfuerzos para alargarlos. Noté un dia que mis calzones mas nuevos estaban ya bastante usados, y que mi casaca ya no tenia pelo...

Ese dia la señora de F*** me vió mas que lo de costumbre, me miraba y se ponía colorada, y me volvía á mirar sin cesar.

A media noche nos quedamos solos. Tomé un libro y leí. La condesa estaba distraída, preocupada; la sorprendí con los ojos fijos en mí, con una expresion extraordinaria. Esto duró toda la noche.

Al dia siguiente, lo mismo. Yo no sabia qué pensar. Cómo, decia yo, será posible? Con setenta años... será capaz de pensar la señora de F***? Ah! pobre Samuel!

No bien concluía yo esta exclamacion, cuando entró mi sastre á mi cuarto.

—Señor, dijo, aquí teneis un vestido que os traigo.

—Cómo está eso? exclamé.

—Lo mandó hacer la señora condesa.

—Pero, querido....

—Y ya lo pagó....

Yo caí de las nubes. Cuando en la noche bajé con mi vestido nuevo, los ojos de la señora de F*** radiaron de alegría.

—Estais encantador, me dijo en voz baja, si su-
piérais cuánto me gustais así!

Ah! Dios mio! qué haré? decia yo, cómo escaparme?

Resolví evitar hasta donde posible fuese, las quedadas solos, me fingí enfermo y ocupado; me retiraba como todos, á las doce, y no bajé mas que á comer. Por fin noté con gusto que ya no me veía tanto la condesa, y que al mirarme ya no suspiraba. Quise concluir la curacion, y me fuí á pasar ocho dias al barrio de San German, con uno de mis antiguos amigos.

Era un antiguo carabinero que habia sido de los emigrados. Reuniamonos unos cinco ó seis, que comiamos carne salada, bebiamos por demas, montábamos á caballo por las tardes, y por la mañana cazábamos liebres. Un dia me caí en un pantano con mi vestido nuevo, y unos breñales destrozaron mis calzones.

Volví á Paris, y no hubo mas que volver á mi ropa vieja. Fuí á ver á la condesa de F***, y la encontré mas divagada, mas triste que nunca. Me miraba y suspiraba, y yo estaba desesperado. Para distraerla le conté mi caída del caballo, sin omitir la catástrofe de mi vestido. Vivamente interesada con mi historia, se levantó, se hizo aire con el abanico, golpeó su caja de polvos, y por fin dió evidentes muestras de una verdadera agitacion.

Para colmo de desdichas, habia salido el conde, comimos solos, y la condesa me dijo que en la noche nadie la visitaria. Prolongué la comida cuan-

to pude: hablé de Luis XV, de madama de Pompadour, de madama de Chateauroux, de los jesuitas, de Voltaire, y de los parlamentos. No me conformé entónces con escuchar, todo lo puse á discusion. Pero ¡ay! fuerza fué levantarse de la mesa, dar el brazo à la condesa y pasar á la sala.

La señora de F*** lanzó al sentarse un suspiro, y yo me quedé en pié, apoyado contra la chimenea, y á la mayor distancia posible. Hubo un momento de silencio; para ambos la hora era solemne.

Oh Dios! qué va à ser de mí! decia yo; pero esto es espantoso! Y esta muger olvida que yo soy el hijo.... y que mi padre.... Ah! y ella ya toma un polvo.....

A no dudarle, la condesa estaba vivamente agitada. Parecía que tenia algo que decirme, y que temia hablar.

—Señor..... me dijo.

Nuestros ojos se encontraron. Yo bajé la vista avergonzado. Conocí mi turbacion, y esto la aumentó tanto, que necesité sentarme.

— Señor..... dijo la condesa, no sé.... pero.... vuestra turbacion, vuestro embarazo.... Acaso ya me adivináis.... pero, qué queréis?.... Nosotras las mugeres, tenemos nuestras debilidades, y conozco que al fin tendré que confesaros.....

—Señora! exclamé casi en agonía.

—Oh! señor de Bach! no os alejéis tanto. De veras, tengo vergüenza, y no sé cómo esplicaros....

—Por favor..... señora condesa!

—Tomad, me dijo; la revolucion os ha quitado todo, si esta bolsa.....

Entónces ya no pude contenerme: me levanté, y acercándome à la señora de F***, dije con tono patético:

—Me habeis colmado, señora, y os amaré toda mi vida; pero no puedo tener hàcia vos..... Pensad en la amistad que me dispensa el conde..... mancharla seria horrible....

La condesa no pudo contener una estrepitosa carcajada, que me dejó estupefacto.

—Pero señora.... esa declaracion..... esa bolsa.....

—Quería yo suplicaros que compráseis un vestido nuevo.

FILOSOFÍA.

No tuve valor para volver à presentarme delante de la señora de F***, y confundido huf hasta el otro extremo de París. Reflexioné en mi mala estrella que siempre me inspiraba alguna necesidad en los momentos en que la fortuna me sonreía propicia; ya no tenía yo mi buena comida, mi buena cama, mi ayuda de cámara que me peinase y me diese periódicos; pero en cambio era yo dueño de unos calzones rotos, una casaca asaz usada y una bolsa escuálida, y sin embargo, yo mismo me admiraba de estar mas listo y mas contento que nunca. Parecía yo colegial en día de vacaciones; era yo dueño de mí mismo, y por fuerza tenía que obrar y que querer. Violenta corría mi sangre en mis arterias, en mi cerebro se acumulaban las ideas, y por fin sentía yo algo mas vivo que la felicidad; sentía la ecsistencia.

Mil ideas filosóficas cruzaban rápidas por mi cabeza. Veía la nada de lo que es variable en el hombre, y la grandeza de lo que es inmutable. Mi espíritu se representaba las diversas fases de mi vida;

ya me veía yo con las medias encarnadas del cortesano, ya con los botines del caballero del campo, ya fugitivo, ó tocador de violín, maestro de lenguas y comensal de los condes de F***; pero bajo tan diversas formas, reconocía yo siempre á mi yo siempre el mismo, cambiando de suerte como de ropa. Cobré con esto ánimo, y me conformé con esos cambios pasajeros, puesto que el corazón en nada variaba.

—Vamos! dije, Samuel, baron de Bach, es menester que tomes un nuevo disfraz!

Es un gran baile el mundo

En que insensatos mil...

Ayer fuiste payaso, hazte hoy Gil Blas.

—Y me volví corrector de imprenta.

LA IMPRENTA.

Entre los correctores de imprenta se encuentran algunos personajes célebres, siendo el primero entre todos Juan Guttemberg, buen caballero que siguió con honor la carrera de las armas.

Cosa estraña! un soldado descubre la imprenta, un fraile inventa la artillería.

Bombardam monacho debet malé sana vetustas

At mandare typis chartas a milite habemus,

dice un poeta del siglo XVI.

Andrés Juanino obispo de Alería, y Antonio Campano, obispo de Feramo, fueron correctores en la primera imprenta que se estableció en Roma en 1466; y por cuenta de un impresor corregían pruebas en el siglo XVI, tres grandes notabilidades científicas y literarias de aquella época, Lascaris, Músuró, Rafelengio. Pocos sabios pueden citarse tan distinguidos como Roberto Estienne, Aldo Manucio y Bertoldo Rambolt. Berauld quería que el rey mandase que nadie fuese impresor sin ser sabio y Pasquier llama a la imprenta, la octava ciencia del mundo.

Hé aquí unos versos compuestos en honor de Aldo Manucio por un poeta de su tiempo.

Quod si credere fas Deos poetas

Vitam redet quod queant sublatam,

Quanto est justius aequius que quaeso

Aldum Manutium Deum vocare

Ipsis qui potuit suo labore

Vitam reddere mortuis poetis!

Cierto es que los impresores resucitaban a los muertos. Entre los poetas y los escritores solo han podido vivir aquellos que tocaron sus manos.

Mejor que nadie lo sabemos nosotros, que asistimos hoy a la ecshumacion de una literatura entera, sepultada hace tres siglos, bajo el polvo de los manuscritos. Antes de Faust y de Guttemberg, solo habia libros en Europa en las bibliotecas de los monasterios. Como las copias se hacian a mano, con una lentitud y á veces una perfeccion infinitas, eran extraordinariamente raras. El mundo secular solo conocia la poesía en los labios del trovador ó del menestral; era, pues, una vision que no hacia mas que pasar bajo una forma aérea, y que huia en las alas de la palabra. La imprenta fijó sobre el papel los cantos armoniosos del poeta; hizo mas, tomó a ese ser único, frágil y mortal, lo multiplicó, é hizo de él millares de copias, que desparramó sobre el mundo, lo puso en todas partes, y le dió una vida eterna.

Pronto la imprenta se convirtió en el sol del mundo del pensamiento; tuvieron nombre las obras que alumbró, las otras quedaron como si no hubieran ecsistido.

Los primeros impresores eran sabios á la manera de aquellos tiempos, y hablaban el griego y el latin como Homero y como Virgilio. El famoso *Thesaurus lingue græcæ* de Enrique y de Roberto Estienne y en la imprenta de este último, si cualquier aprendiz hubiera dicho: ya no tengo tinta, en lugar de *atramentum deest*, hubiera sido despedido en el acto.

De aquí vino que la imprenta en su revista retrospectiva pasó por alto la edad media, y se remontó á la mas completa antigüedad. No hubo, pues, mas poetas para la Europa que los que tuvieron la dicha de nacer bajo el reinado de Guttemberg y de sus sucesores, ó de cantar en el idioma de los obreros de Estienne y del *Thesaurus linguee graecae*.

Eficazmente cooperó la imprenta al *renacimiento*. No se conoció la edad media que quedó sepultada entre los pergaminos de las bibliotecas de los monasterios. Apenas aparecia en la memoria de algunos autores *impresos* como algo oscuro que no tenia nombre en las lenguas clásicas de la antigüedad.

En nuestros dias tuvimos un asombro, comparable solo al de los navegantes á la vista del nuevo mundo, cuando se *imprimió* que en las bibliotecas habia millares de poemas, cuyos autores eran perfectamente desconocidos, y cuyo mérito escedia acaso al de los poemas ya conocidos.

A la imprenta toca ahora reparar su injusticia, y hacer por la edad media lo mismo que hizo por la antigüedad. Crapeles se ha distinguido ya con sus maravillosas resurrecciones. No hago mas que tributar un homenaje al mérito de un colega, que sin contradiccion puede muy bien revindicar la divinidad de Aldo Manucio.

LOS REFORMADORES.

Lo que ganaba yo en la imprenta y mis escasas rentas, me daban con qué vivir cómodamente. En medio del estrépito y del brillo de Paris, formé mi soledad y mi oscuridad. Esto es muy fácil, y así filosofa uno á todas sus anchuras. Con un poco de talento, nada hace despreciar tanto las distinciones á que aspira la ambicion del vulgo, como haberlas tenido. Aprecié en su verdadero valor las gerarquías sociales, comprendí que la verdadera sociedad no ecsistia mas que entre las inteligencias, y que bajo la dorada superficie de la vida humana, habia otra vida que es la única positiva á los ojos de Dios. Toda la creacion material visible, toda la configuracion exterior de la sociedad, solo son para servir al desarrollo de la vida misteriosa del espíritu y del corazon. Nunca eché ménos el mezquino rango aristocrático de que habia bajado, pues podia elevarme hasta la contemplacion de la justicia y de la verdad. Capitalicé mi pequeña renta, compré una patente de librero y algunos libros, establecí un gabinete de lectura y escribí sobre la puerta, Samuel Bach, librero, lo mismo que mi primo Mi-

rabeau habia puesto despues de su nombre, *vendedor de paños*.

Ahora que gracias á la prosperidad de mi comercio he hecho alguna fortuna, de ningun modo querria volver al mundo, y volver à ser el baron de Bach. Ya estoy viejo y tengo ciertas costumbres, que me parecen buenas y que no quiero abandonar.

Desde lo alto domino el movimiento de los espíritus, como se hace en nuestro tiempo, en la filosofia y en el arte. Los libros que son su espresion están de venta en mi librería, ó se leen en mi gabinete de lectura, y los autores inundan mi antesala, como si fuera la de un rey.

Recientemente un filósofo que no encontró libre-ro que quisiese vender su filosofia, me propuso ir á ver á un hombre que prentende traer una ley nueva á la humanidad. Esto de «ley nueva» me hizo pensar en María, en el Niño Jesus adorado en un establo, y en toda la sencillez del Evangelio de Cristo.

Entré à un palacio, cuyas vidrieras pintadas de arabescos hacian que los rayos del sol apareciesen color de púrpura y de oro. La luz despues de haberse bañado en el cristal y de haber tomado sus colores, caia sobre la seda de una alfombra de terciopelo. En todas partes habia luz, en todas habia seda, y sobre un divan estaba un hombre vestido à la oriental, y con los ojos fijos en el cielo. Un bonete rojo cubria apénas su cabeza, dejando caer

sobre la espalda, los bucles de su cabellera. Tenia una túnica azul entre-abierta, que dejaba ver una placa con estas palabras: *El Padre*. Le hice una profunda reverencia.

El me miró y se quedó inmóvil. Le espliqué el objeto de mi visita y me dejó hablar, sin contestarme una palabra, empezaba ya á maravillarme la silenciosa gravedad del personage. Temiendo interrumpir sus sublimes meditaciones iba yo á deshacerme en excusas cuando el hombre azul me dijo:

—Os miro, señor.

Algo picado con el apóstrofe le contesté:—Y yo tengo el honor de dirigiros la palabra.

—Quisiera enseñaros, continuó mi hombre, que la mirada es algo.

—Deveras! exclamé, sois un grande hombre y os admiro.

—Ah! eso es porque me comprendeis.

—Cómo!

—Pues sí, á todos los que no me admiran, les digo que no me comprenden. Vos me admirais, luego me comprendeis. Nada es mas sencillo. Lo que es verdaderamente singular, es, que yo me admiro muchas veces sin comprenderme.

—Eso á mí no me admira, y lo que comprendo es, que vuestra virtud no consiste en llevar al estremo la humildad cristiana.

—Precisamente. Pero escuchad la buena nue-

va. Levantóse el apóstol, cruzó los brazos, miró hácia arriba y dijo:

—No necesito esplicaros la forma de mi palabra.... Todos mis actos están encadenados.... He hecho profesion de lógica y de matemáticas..... He....he.... Esperad que me inspire.

Se bebió un vaso de orchata, se limpió la frente y prosiguió:

—Consideradme pues, como el precursor de la muger, lo mismo que Juan Bautista preparó el advenimiento de Cristo; la muger es el Mesías que debe salvar al hombre de la esclavitud de la prostitucion, lo mismo que Cristo destruyó la esclavitud personal y la servidumbre.... la muger, la muger.... Esperad que me inspire.

—Otra vez! dije sonriéndome.

—Oh! si me interrumpis.... Decia yo pues, que la muger, sí, eso es.... la muger, la muger.... He dicho.

Y volvió à caer en su divan, con los ojos cerrados, estendiendo su cuerpo sobre los muelles cogines de seda. Estaba fatigado con el esfuerzo que acababa de hacer, tocó suavemente una campanita de bronce, y entró una jóven esparciendo flores sobre la alfombra, y su blanca mano limpió la frente del orador con un pañuelo de Persia, y perfumó sus cabellos y su barba con esencias olorosas.

MAS REFORMADORES.

Mi filósofo me hizo subir á una bohardilla.

—El Padre Moussouf, me dijo, solo habla cuando hace calor. Así, vamos á ver á su discípulo Mocer.

Abrí la puerta y ví á un hombre pálido, cuyos cabellos eran largos y mal peinados. Tenia unos calzoncillos casi blancos que llegaban hasta la rodilla, donde encontraban unas medias de seda negra. Tenia una camisa con vuelos, un cuello sucio, y una casaca tan vieja que solo era ya restos de paño. Sobre un reclinatorio se elevaba un lingam; pendian del techo una media docena de ídolos de la India, como si fueran veneno de nigromante, habia ademas vasijas y tubos que olian algo á alquimia, una máquina eléctrica, una pila voltaica, modelos de arados, y todas las obras de filosofía en volúmenes de à folio muy bien encuadernados.

—Señor, me dijo el hombre flaco, sabeis lo que es síntesis y lo que son dualismos?

—Yo me mostré admirado, mi filósofo queria ha-

blar, pero el hombre flaco se apresuró à arrebatarse la palabra.

—Os voy á explicar todo esto, dijo con una sonrisa de alegría: tomemos por ejemplo el Oriente. Es esta la parte del mundo donde los libros hebreos colocan el paraíso terrestre; del Oriente nos han venido las doctrinas espiritualistas de Platon y de Pitágoras; la filosofia occidental de Grecia é Italia admiraba sobre manera la vida austera de los gimnosofistas de la India. Sabido es el misticismo de los brahmas y de los faquires; la literatura china abunda en adoraciones á la virginidad, las mugeres del Asia cuando salen á la calle van cubiertas con un velo y su mas mínima falta se castiga con la muerte; el mahometismo funda la perfeccion en la castidad, sus sectarios nunca beben vino y ayunan con severidad: pues bien, de la pabra Oriente hacemos el sinónimo de esta otra palabra sensualismo, y á esta operacion, que en sí misma es un absurdo, la llamamos síntesis.

Consideramos del mismo modo al Occidente: este tiene dos vidas, una venida del Oriente y otra que le es propia. En la antigüedad esta doble existencia se convierte en el genio dórico y en el genio jónico, en Pitágoras y en Xenofanes, en Aristóteles y en Platon.

La vida propia del Occidente es el ionismo, es decir el predominio de la gracia en el arte y del an-

tropomorfismo en la religion: el Occidente es eminentemente materialista, sus filósofos son Hienofanes, Aristóteles, Epicuro, sus mugeres Aspasia, Laïs y Mesalina, y sus emperadores Neron, Vitelio y Tiberio. El cristianismo le viene de Alejandria y de Belen, es decir, del Oriente, y no puede impedir las irrupciones salvages de la edad media, ni las orgías de la regencia, ni la crápula elegante del siglo de Luis XV. Hacemos, pues, de la palabra Occidente el sinónimo de esta otra, idealismo, y á esta operacion, que es en sí misma un absurdo, la llamamos síntesis.

Pero léjos de detenernos aquí continuamos al traves del Diccionario. Pobre abate Giraud, cuántos sinónimos se te escaparon, por no haber conocido este maravilloso instrumento.

Por una parte tenemos, sensualismo, Oriente, carne, industria; y por la otra, ciencia, espíritu, Occidente, idealismo.

Pero esto no basta; inscribimos con el Oriente en la palabra sensualismo entre la industria y la carne, á la muger, á este ser delicado y delicioso, noble como la poesía, púdico como el amor. Colocamos con el Occidente, en el idealismo, entre la ciencia y el espíritu, al ser grosero que se llama hombre.

A esta série de contrastes, el Oriente y el Occidente, el sensualismo y el idealismo, la ciencia y la

industria, el espíritu y la carne, el hombre y la mujer, á esto, pues, es á lo que llamamos dualismos.

Puesto que tenemos nuestros dualismos, conocemos ya la ciencia universal. Esto es evidente, pues los dualismos son otras tantas fórmulas que á la vez encierran la historia, la filosofía, la filosofía de la historia, &c. &c.

Tomemos por ejemplo este hecho histórico: el Oriente es mas antiguo que el Occidente en la carrera de la civilizacion. Vais á ver todo lo que este hecho produce, gracias á nuestros dualismos. Primero dirémos: el Oriente es el sensualismo, es la carne; el Occidente es el espíritu, es el idealismo, luego la humanidad comenzó por ser materialista, lo cual es falso histórica y filosóficamente hablando, pues hallamos el espiritualismo en el fondo de todas las tradiciones y en todas las teogonías.

Tomamos despues esta frase de Ballanche: «La humanidad camina por una via de progreso.»

Esta otra de Maistre: «El número 3 es el número divino, y hasta ahora no hay mas que dos revelaciones.»

Quitamos á Schelling y á Herder algunos pasajes de su filosofía de la historia y de la naturaleza.

Y sin pararnos en la idea de que Schelling, Herder, Ballanche y Maistre son cristianos, anunciamos al mundo la muerte del cristianismo; y decimos que la humanidad ha vivido primero por la carne, des-

pues por el espíritu, y que su nueva existencia debe ser la union perfecta del espíritu y la carne.

Esto es, pues, lo que llamamos «Comunion del Oriente y del Occidente.»

Al proclamar la igualdad del oriente y del occidente, de la carne y del espíritu, necesariamente proclamamos la de la ciencia con la industria, la del idealismo con el sensualismo, la de la mujer con el hombre, &c.

—Conoceréis, sin duda, cuánta belleza tienen la síntesis y los dualismos, y cuán útil nos seria este descubrimiento, si vosotros tuviéseis sentido comun.

MAS REFORMADORES AÚN.

Salía á la calle con mi filósofo, cuando encontramos á un hombre que por pöco me tira al pasar. Tenia la vista baja y deliraba en voz alta, salian de sus labios las palabras: introduccion, estroduccion, citroduccion, cismediante mayor, cismediante menor.

—Esperad, dijo mi filósofo, voy á despertarlo.

Lo tocó con un diario que sacó de la bolsa, creo

que era un número del Globo. El hombre tembló como si hubiera recibido un golpe eléctrico.

—Quién va? gritó con voz de trueno. Qué! siempre charlatanes, siempre apóstoles?

—Desengañaos, dijo mi filósofo; es un honrado vestal de setenta años que desea engranarse en las séries de la falange armoniana.

—Diablo! Vestal! Pero estais seguro?

—Sí, dijo mi filósofo.

—En ese caso lo harémos César ú Omniarca.

Y continuó su camino diciendo entre dientes cismediante, cismediante menor, cismediante mayor....

Mi filósofo corrió tras de él, y le dijo:

—Mi respetable amigo os estima mucho.

—Tiene razon, contestó el soñador. Cismediante.....

—Nada le parece tan bueno como vuestro reino de armonía.

—Tiene razon, tiene muchísima razon. Cismediante menor.....

—Es músico, toca el violin.

—Bien. Nosotros enriquecemos à los artistas, y à los poetas.

Los convertimos en Cresos.

—Cómo! exclamé. Vuestra armonía es un paraíso, en el que nadie querrá morir.

—Querido señor, me dijo con modestia, nos comprometemos à hacer vivir à nuestros armonianos,

por medio de la educacion societaria, ciento setenta y siete años, seis meses y seis dias.

—Sea en hora buena! Con tan larga vida hay tiempo de dejar una gran posteridad.

—No mucha. Tenemos un medio de detener la poblacion: por medio de una ley establecerémos la fanerogamia ó el amor libre. Así habrá muchas mugeres que se entreguen á la pluralidad de los hombres por virtud corporativa y útil á la sociedad.

—Diantre! qué virtud? Y qué haréis con la virginidad?

—Tendrémos vestales.

—Y los domingos adoraréis el fuego sacro?

—No, no adorarémos nada. Bastará haber sido vírgen durante cuatro años para ser nombrada vestal. Creemos que el colmo del heroismo consiste en ser vírgen cuatro años. Pero qué recompensas tendrémos? de los vestales sacarémos:

Al Omniarca del Globo,

A los tres Augustos,

A los doce Césares,

A las cuarenta y ocho emperatrices,

A los ciento cuarenta y cuatro califas,

A los quinientos setenta y seis soudanes,

A las mil setecientas veinte y ocho reinas,

A los seis mil novecientos doce caciques, &c.

Los principales escogerán de entre las vestales, sus *genitricas*.

—Qué es eso de genítrices?

—Sí, cuando nuestros príncipes y nuestras princesas vayan al ejército de los trabajadores á elegir genitrix ó genitor, deben dirigirse de preferencia á los vestales y á las vestales.

Una especie de yeguacería real, dijo mi filósofo, por vía de esplicacion.

—Pero escuchad, dijo el falansteriano, la genitrix podrá subir al rango de esposa, si llega á ser madre, y el genitor al de esposo. Desde la infancia cada armoniano aprenderá á desear el trono del mundo, porque cuando los príncipes ó las princesas busquen un genitor, la eleccion puede recaer en él.

—Bravo! exclamé, adoro á vuestras princesas, á vuestros genitores, y sobre todo, á vuestra vestal omniarca.

—Verdad? Nuestro Evangelio emancipa á la muger, cualquiera armoniano puede tener cetros de reyezuelo á los doce años, de faquir á 20 ó á 25, despues cetros de ejército, de paladin, &c. &c. &c.

—Estupendo! estupendo! Cuan agradecidas van á quedar las mugeres por el alto puesto que les dais en el falansterio. Conozco mas de una que os agradecerá en el alma, ciertas virtudes cuya práctica les recomendais.

—Cuál? preguntó el falansteriano.

—Cierta virtud *corporativa*.

—Ah! Hemos inventado tantas! Sabeis que erigimos en virtud patriótica la glotonería?

No pude detener una estrepitosa carcajada.

—Señor, dijo gravemente el falansteriano, en *régimen societario*, la glotonería es fuente de luz, de sabiduría y de *consonancias sociales*. El desden *tan pronunciado* con que el seco femenino mira la gastronomía es un género de depravacion, *peculiar* á la Francia y parisiense de origen. Ese desden será reputado como un gran *vicio* en la falange; porque no puede uno *apasionarse por* la cultura ni *unir* con ardo las *intrigas de las series* agrícolas, si no *se apasiona* antes por la gastronomía, que es la via inicial de la atraccion industrial, segun se demuestra en nuestro *Nuevo Mundo* pág. 286, cap. XXXVI del *engrandecimiento* de las series por medio de la gastronomía *cabalística*.

—De todo estoy muy persuadido, exclamé con calor.

—Pues, jóven músico, continuó entusiasmado el orador, engranaos en nuestra armonía, y verémos si teneis la pasion cabalística, ó la voladora, ó al compuesta, ó la

Ya yo me habia alejado y mi filósofo estrechaba en sus brazos al buen falansteriano, que no podia librarse de su admiracion.

—Grande hombre! Grande hombre! Sí, sois un grande hombre! le decia estropeándolo como el juez de Racine hace con el saco de causas.

TAL VEZ OTRA TONTERA.

—Desde aquí se divisa el país en que vivo, y à fé que es maravilloso. Yo paso el día asomado à mi ventana viendo pasar, no trages azules ó amarillos, blancos ó negros; sino sistemas é ideas y cosas que parecen ideas; ideas de todas clases sublimes, grotescas, sencillas, estudiadas, en caricatura; llenan las calles y no me canso de mirarlas. Son los pájaros del país. Los naturales se ocupan en perseguirlas. Cuando alcanzan alguna le atan en la pata un papelito en que escriben su nombre, y despues gritan con todas sus fuerzas para que eleven su vuelo lo mas alto que sea posible. Hay algunos pájaros que llevan hasta cincuenta nombres, y seria casi imposible saber quién es el verdadero dueño. Hé aquí el párrafo 1.º del título 1.º de las leyes de este país.

Art. 1.º Nadie tiene derecho de atar su nombre à una idea, sin estar investido del derecho de ciudadanía.

Art. 2.º Nadie puede reclamar la calidad de

ciudadano, si no ha escrito àntes un libro, y si no ha encontrado un librero que lo imprima.

Se me ha comunicado un reglamento de órden público que siempre està vigente, y cuyo tenor es como sigue:

I. Se previene à los ciudadanos que anden con la cabeza erguida, con el pelo sobre las sienes, y que sus miradas sean melancólicas y feroces.

II. Dirán en alta voz que tienen una mision que cumplir, y que la multitud no los comprende.

III. Todas las mañanas declamarán contra la multitud apellidándola estúpida, ciega, brutal, material, &c. &c.

IV. Anunciaràn que llevan consigo un pensamiento, pero de un modo vago, y teniendo cuidado de no mostrarlo.

V. Gritaràn que un fuerza desconocida los arrastra à algo desconocido.

VI. Se despedazarán entre sí de todas veras, y removerán las cenizas de los muertos, &c. &c.

Tengo la fortuna de poseer una multitud de recetas admirables compuestas por un doctor del país. Hé aquí algunas de ellas.

Receta A. Para escribir un libro de filosofia.

Abranse las obras de Ballanche, de Schelling ó de Fichte, cuyas ideas son las mas generalizadas. Tienen palabras que valen tanto como una biblioteca, y que les sirven à ellos tanto como el álgebra à

las matemáticas. No trateis de saber lo que esas palabras significan, para eso necesitariais años de estudios, y entónces ya no necesitariais de esta receta. Tomais las palabras que encontréis mas largas y mas bárbaras como humanitario, binario, trinario, cuaternario, fatalístico, cosmogónico, providencial, espontaneidad, pasibilidad, perfectibilidad, síntesis, evolucion, dualismo. Echais esta sal y pimienta al primer impreso que os venga à las manos, aunque sea memoria de botica, ó folletin de periódico. Si hallais librero servís al público, y sois ya filósofo y nuestro conciudadano.

Receta B. Para escribir poesías.

Disponéis las partes de la obra y les dais nombres à la última moda, como: me gusta ver, ó nada aborrezco tanto, ó habeis visto? ó la España, ó Venecia, ó el Oriente. Escogeis rimas nuevas y ricas como dahalias y zandalias, blondos y redondos, pardo y nardo; palabras elegantes como dia, luz, sol, cristal; mezclais todo esto, lo estendeis al acaso, guardándose bien de tener ideas. Si encontráis librero, servís al público, y sois ya poeta y nuestro conciudadano.

Receta C. Para escribir novelas.

Para esto no necesitáis estudiar el mundo, ni conocer el corazon humano, ni imaginar una fábula que os permita presentar la mayor variedad de caracteres con un plan sencillo que sea dramático sin

salir de la naturaleza, y que enseñe algo al lector sin fastidiarlo. Nada de eso. Os encerrais en nuestra biblioteca, mirais como los niños, imàgenes, catedrales, fortalezas, bosques, navios, retratos, paisajes, vestidos, copiais cuidadosamente las explicaciones de estampas, unís todo con la primera intriga que os venga à las mientes, y si encontráis librero, sois ya novelista, servís al público y sois nuestro conciudadano.

Nota. Sirviéndose de estas recetas no se necesita saber gramática ni ortografía. Siguen la firma y domicilio del autor.

Fácilmente conoceréis que no tendria yo gran trabajo para obtener cartas de naturaleza en este país. Hace tiempo que estoy en mi ventana, y à veces tengo tentaciones de bajar à la calle. Si pasa por mi balcon algun pájaro y quiero ponerle mi nombre, el clamor de la multitud me obliga à abandonarlo, porque no soy ciudadano. Cualquiera que ha hecho uso de la receta de mi doctor, se cree superior à mí, y me mira con compasion porque no soy ciudadano.

—Y por qué no escribís un libro? me dijo el pintor dándome las buenas noches.

—Es verdad, es verdad, dije para mí, alcé su cuadro y comencé mi prefacio.

UN PREFACIO.

Si tuviera yo que caracterizar la época actual, diría que es artista mas bien que moralista, que vive mas bien por medio de la imaginacion que del corazon, que tiene mas caprichos que creencias. Nadie se ocupa ya de amistad, de amor, ni de virtud, palabras anticuadas que casi me avergüenzo de escribir; ahora solo se trata de inteligencia, de poesía, de arte; en todo hay arte y poesía, hasta en el vicio, y vicio es ya una palabra que deja de pertenecer al idioma. Desde lo profundo del sentimiento ha subido la vida hasta la superficie de las ideas. Es verdad que ya no se siente; pero se mira, se miran ideas lo mismo que los niños ven sombras chinescas. Se mastican ahora las ideas lo mismo que los chinos usan el opio y el betel. Tomamos nuestras pasiones como una novela, por una hora. Cambiamos nuestras convicciones en paradojas de un dia; hacemos que nuestras ideas sean de moda por un mes. Así, nuestra literatura es brillante, frívola y superficial, y la impresion que produce dura solo un instante. Viene á ser lo que Cham-

port decia del amor; el cambio de dos caprichos y el contacto de dos epidérmis. El lector y el autor quedan libres uno de otro. Como nada se arraiga en nuestro corazon, el resultado preciso es que todo se mezcla y se confunde. Recibimos lo mismo el viento que nos trae simientes de rosa, que el que nos las trae de agavanzo. Por falta de principios como *el Cid*, tenemos delirios como *Don Quijote*, y no contentos aún, cambiamos nuestros delirios todos los dias.

Todo esto es un gran mal que no puede durar. Sério es el drama de la vida del hombre. Estraña seria la burla que tuviera lugar entre un feto y un esqueleto!

Pero tenemos ya tal costumbre de interesarnos en la suerte de seres imaginarios, que nos olvidamos de nosotros mismos, como si nuestra ecsistencia no fuera mas que una fábula literaria, ó una abstraccion filosófica. Y desgraciados! Vosotros sois los que vivís, los que morís! Estudiad, pues, algo, mientras esté en pié vuestro aparato humano.

Lo que nos falta es conocernos, lo que necesitamos es una fé, es el único lastre que puede impedir que nuestras frágiles barquillas sean el juguete de las ondas. El gran apotegma de la sabiduría antigua era: *Conócete á tí mismo*.

Queda resuelto el problema en los siglos religiosos, en los irreligiosos se presenta de nuevo. Es necesario decidirse por una de estas soluciones.

La vida del hombre sobre la tierra no es mas que una vida de prueba.

O bien:

El fin del hombre en la tierra es la felicidad. El fin del hombre en la tierra es la virtud.

Por una parte el fanteísmo, por la otra el cristianismo: verémos cual de los dos triunfará.

Probemos algo el análisis filosófico:

El hombre es triple. Tiene corazón, tiene espíritu, tiene cuerpo. Hay para él tres clases de goces, los físicos, los intelectuales y los morales. No puede ser dichoso sino por el espíritu, por el cuerpo, por el corazón. Veamos si puede serlo en efecto.

Comencemos por el cuerpo. No bien abrimos paso à los apetitos materiales, cuando se precipitan en tropel. Su número se cuenta por millares, por millones, se encuentran en cada fibra de nuestro cuerpo, en cada gota de nuestra sangre, en cada molécula de nuestra materia, que es divisible hasta lo infinito. Cuántas penas para el espíritu! cuántos sufrimientos para el corazón! para luchar contra los obstáculos, para allanar las dificultades, para adquirir un poder real igual á la inmensidad de nuestros deseos! Supongamos que un epicuriano no tenga que temer ni el dobléz de una hoja de rosa. El pensamiento lo cansa, lo inquieta el amor, y la molicie del cuerpo ahoga su espíritu y su corazón,

y entónces, en medio de su embrutecimiento es presa del hastío, y ese sufrimiento sombrío, sagrado y misterioso, ese vampiro de los ricos estragados, le recuerda que es hombre.

Por lo que hace al espíritu y al corazón, ambos nos hacen superiores al poder físico, y ambos tienen sus sufrimientos que jamás curarán las cosas de este mundo. Es la imaginación una reina que en las nubes quisiera colocar su trono, y bien antigua es ya la alegoría que pinta con flechas al amor.

Así pues, el sufrimiento es lo que se encuentra siempre en el fondo de la vida humana, y este sufrimiento es la sal que impide su disolución. Cuando cesa el sufrimiento parece que la vida se detiene. La fuerza de la necesidad nos hace usar la inteligencia, así el dolor desarrolla la virtud. Ballanche es el autor de esta última frase.

Hay en el hombre tal necesidad de sufrimientos, que cuando no los tiene verdaderos se los forma imaginarios.

En todos tiempos el padecer ha tenido nombres magníficos. En la antigüedad era el destino, los judíos tenían el castigo, los mahometanos tienen lo que está escrito, y en los cristianos esto tiene algo de beatitud, de santidad.

Aun ahora que el espíritu del siglo ha despojado al dolor de su sagrada aureola, lo ha puesto como una corona sobre la frente del hombre de genio.

El orgullo humano ha cubierto de oropel el infortunio, desde que dejamos de bendecirlo en nombre de la Providencia.

Y una vez que el sufrimiento es la gran realidad de nuestra existencia, podremos vacilar aún entre una filosofía que lo niega y una religión que lo acepta santificándolo?

Cuán bello era aquel siglo en que el mendigo arrodillado bajo el pórtico de la iglesia, después de envidiar la suerte del joven caballero que le daba limosna, lo veía arrojar su toga y su ropage de seda, para acostarse en la ceniza y llamarse *San Bernardo!*

UN LIBRO.

Puede reducirse mi prefacio á cinco proposiciones:

—El hombre sin creencias vaga estraviado de ilusión en ilusión como un buque sin lastre.

—Los placeres materiales ahogan la inteligencia y el corazón.

—El hombre entregado á los apetitos del bruto, y que tiene todos los medios de satisfacerlos, no

puede librarse del sufrimiento que lo ataca bajo la forma del hastío.

—La exaltación de alma nos hace superiores á los dolores del cuerpo.

—Pero el alma tiene también sus sufrimientos que solo el cristianismo puede hacer llevaderos.

Estas cinco proposiciones se vuelven cinco cuentos en el orden siguiente:

Ideolo, Lord Chaterton, Heliogábalo, Kam-Rup y Galyot.

Ideolo, Lord Chaterton y Galyot son tres individuos á quienes he conocido y cuya vida tiene cierta relación con la mía.

Quorum pars magna fui.

El argumento de Kam-Rup está tomado de un poema hindostan de Jahcin-Uddin traducido por Tassy.

Heliogábalo es el emperador romano; la sensualidad omnipotente sobre el trono del mundo, teniendo á sus pies la Europa, el Africa y el Asia.

ADIOS.

Y ahora, amigo lector, pues bien puedo darte es-
nombre, como fabricante y vendedor de libros, si
mi filosofía no te ha fastidiado, puedes leer los cuen-
tos que ántes de morir escribí el viejo,

SAMUEL BACH, *librero.*

II.
IDEOLO.

CAPÍTULO I.

QUE DICE MAS DE LO QUE PARECE.

Los mágicos de Oriente, los hechiceros de Occi-
dente, los astrólogos que leían el porvenir en las es-
trellas, los alquimistas que buscaban en los metales
la piedra filosofal, todos esos hombres que tenían
una varilla encantada como las hadas, ó una cien-
cia como los ángeles, no hubieran logrado jamas en
la época de su poder, crear un mundo maravilloso
como el que yo dirijo *providencialmente.*

Mi universo tiene apenas veinte piés cuadrados, y encierra tantos millares de universos, cuantos caben en la esfera de lo posible. Tiene soles hasta lo infinito, lunas de todas las formas, nubes para todas las fantasías, y cielos para todos los sueños. Los hombres de mi universo son semidioses que están en todas partes, siempre volando, corriendo, saltando desde los Alpes hasta las cordilleras de América, desde la Persia hasta la China, desde el paraíso hasta el infierno, y todo sin moverse de un sillón. Se trasforman como los dioses de Ovidio, y se derraman sobre todas las ecsistencias de la creación, como las mariposas sobre todas las flores, ven el pasado como las pitonisas de Endor, y el porvenir como las adivinas de Roma. Viven fuera de las leyes del tiempo y del espacio en una sociedad mas bella que la Atlántida y que el Eldorado. Los resortes de esta sociedad son elásticos para ellos. No están sujetos á los vínculos de la familia, y el acaso del nacimiento no los coloca en tal ó cual suelo. Este universo es el gabinete de lectura de que tengo el honor de ser propietario y director como todo el mundo sabe.

Qué maravilla! Estos hombres son dependientes, estudiantes, para vosotros los que los encontrais en la calle. Tienen la cabeza baja, la mirada fria, la boca indiferente, acaban de regañar á su hijo, de hacer las paces con su muger, ó de pagar una cuen-

ta de su sastre. Pero abren mi puerta, y su frente se levanta, sus ojos se animan, sus labios sonríen; entran, y hélos ya ciudadanos de mi universo, es decir, vagando sobre todos los milagros del cielo y de la tierra.

He pasado al traves de la epidérmis de esos hombres con el escalpelo del análisis picológico, y he sorprendido el secreto de su metamorfosis, en lo que tienen de mas íntimo y de mas secreto.

Y hé aquí lo que he visto. El ángel y el demonio que habitan el ventrículo derecho y el ventrículo izquierdo del corazón habian plegado sus alas blancas y negras y se habian quedado dormidos. Los genios que siguen el curso de la sangre arterial y que siempre le dicen algo, pasaban silenciosos cerca del ángel y del demonio. El torrente los arrastraba con rapidez hácia la cabeza como si hubiera querido lanzarlos hasta las nubes y las estrellas. Iban à estrellarse contra las paredes del cráneo, y volvian à caer en las cavidades del cerebro, donde encontraban á la hada Phantasía que les daba á beber mágicos brevages. Los genios se agitaban como un enjambre de abejas, se agrupaban à cada instante, y de ellos salian zumbidos y chispas. Entónces mil visiones flotaban y se mecian en torno de los habitantes de mi universo.

Oh! Si pudieran no mas guardar como una perla ese rayo de luz que mi varilla ha hecho brillar

sobre su frente, é irse iluminados entre las piedras y las yerbas de la vida, á la manera de Don Quijote y de las luciérnagas.... qué bello seria! Ah! Yo querria entónces que mi mundo pequeño radiase sobre el grande, como el sol sobre el universo.

Pero està visto que me dejo llevar por una quimera. Mi gabinete de lectura no es un órgano y Paris no es una catedral. Las notas que toco en mis teclas no resuenan en la nave, y ni los suspiros ni los clamores de mis tubos de marfil han conmovido suave ni fuertemente los muros del grande edificio. Todo el mundo lo sabe y todo el mundo sabe tambien que el héroe de la Mancha murió sin sucesion, lo que me llena de desolacion á causa de los pesares y de las esperanzas que acabo de poner, lector, ante tus ojos.

Romperia yo mi varilla encantada y renunciaria á la magia, si no hubiera en mi pequeño mundo un jóven que me sirve de consuelo.

Este jóven es Ideolo. Preciso es confesar que goza de una facultad maravillosa. Yo os diré luego qué es lo que en él la ha desarrollado, y cómo ha sido conducido á las mas estrañas aventuras.

Ideolo nació en la punta de Montmartre.

A los cinco años pasaba ya por personaje y sabia bostezar en una tertulia sin que nadie lo notase. Contábale su abuela lindas historias de hadas, y como era bonito de cara y tenia grandes ojos

azules, sus ayas lo abrazaban oprimiéndolo contra su seno. Ideolo crecia, pues, entre cuentos y caricias.

Cuando tenia seis años, lo puso su padre en un colegio.

Dijéronle allí que debia siempre ser el primero en su cátedra y ganarse muchos premios; se le dijo tambien que debia agrandar su cabeza, y la agrandó tanto, que su corazon parecia nada junto á ella. Los genios, entónces, vinieron en tropel hácia la hada, é Ideolo vivió en la region de las visiones.

Cuando Ideolo salió del colegio no reconoció á su padre, ni á su madre, ni á su abuela, ni á nadie.

Toda esa fantasmagoría de los recuerdos de familia, era para él demasiado vaga y lejana; para fijarla y descubrirla mas de cerca, necesitaba tener corazon, é Ideolo ya no tenia mas que ojos y cabeza. Ideolo bostezó: los tres dioses lares lloraron. Pero él, podia hacer otra cosa?

Ideolo vino á verme, y ambos nos comprendimos. Hé aquí un fragmento de mi *Philosophical observations, book*, que prueba á este respecto la esactitud de mis estudios:

«Ideolo viene á mi casa como los periódicos, con el dia. Es un jóven demasiado hermoso que á las mil maravillas posee el talento de mirar sombras chinescas el dia entero. Toma una de mis seiscientas noventa y nueve mil novelas, y lee la primera página; despues una revista, despues la segunda

página de la novela, despues un diario, y así sucesivamente. Como los intermedios del café de Voltaire, mi vecino y mi rival, alternan agradablemente la lectura del *Corsario* y del *Correo frances* con los sorbos de una media taza. Una novela le dura así dos dias, y su media taza una hora. En la noche al-entrar à su casa tiene la satisfaccion de haber adquirido la ciencia de sesenta mil periódicos y la sensibilidad de una novela nueva, lo que no es poco decir. Podrémos sacar algo de este jóven. Ah! Don Quijote! Don Quijote! astro brillante! sol esplendoroso! galante y pálido caballero! que no puedas resucitar en medio de esta generacion!"

Ideolo comenzó por leer à Walter Scott, y desde ese momento mandó poner su escudo de armas en sus libros y en el papel de sus cartas, y quiso que en sus tarjetas de visita se grabase: «El conde Ideolo» con letras góticas, con su corona y sus armas color de oro.

Despues leyó à Kreisler y todos los cuentos de Hoffman; en consecuencia de esta lectura compró un piano para su cuarto, bebió ponch, fumó grandes cigarros, y no dejó de beber, ni de fumar, ni de tocar el piano, sino para pronunciar con alemana gravedad estas palabras: *artistismo é intuicion.*

En seguida leyó el *Westher*, y hé aquí à Ideolo pensando únicamente en waltzes, y en una waltz-dua como Carlota murmurando el nombre de Klops-

tock, y mirando la luna por las ventanas de un salon de baile.

CAPITULO II.

IDEOLO METAFISICO Y ENAMORADO DE LAS NUBES.

Ideolo se mandó cortar un frac por Blain. Usó pantalones de Schwartz que le oprimian la cintura como à un waltzador aleman. Sus bigotes pequeños y rubios se dibujaron con gracia sobre sus labios, y sus cabellos rubios tambien cayeron en relumbrosos bucles sobre su frente. La frente de Ideolo tenia toda la palidez necesaria para pretender à la melancolía. Sus ojos azules eran grandes, límpidos y à veces radiaban como estrellas. Era un hermoso adolescente.

El mismo pudo conocerlo en el baile de la duquesa Blue-Devil. Acaso de antemano lo habia conocido en su espejo; pero yo no me atrevo à decidir esta cuestion. En el baile su écsito fué completo. La duquesa Blue-Devil era la muger

que estaba de moda en aquella estación. En primer lugar era extranjera lo cual es en Francia el primer título para estar à la moda. Además; era hermosa, espiritual; alegre, coqueta; era rica y tenía bastante talento para formar la lista de sus convidados con la mas impertinente limitacion y la eleccion mas aristocrática. Por fortuna, el baile de la duquesa fué el *début* de Ideolo. Fué presentado á la condesa Nítida, á la marquesa Lánguida y tuvo la dicha de bailar waltz con la duquesa Blue-Devil. Los músicos eran escélerentes, los walzes llegaban de Alemania, Ideolo nadaba en un oceano de dorada metafísica en donde no faltaban ensueños, ni hadas, ni armonías, ni relámpagos de iluminación á la manera de Hoffman y de de Tieck. Se acordó de sus libros, de las bugias de Kreisler, de las princesas de Tieck, Wals de Werte y se dijo: «Sin duda alguna me divierto mucho.»

Al día siguiente Ideolo fué al concierto de la baronesa de Lieder. Tales conciertos estaban muy de moda. Reuníanse allí los mejores artistas y todos los jóvenes de ambos sexos como dicen los *dandies* de mi gabinete de lectura. Era de buen tono fingirse muy divertido en los conciertos y tomar helados. Comenzaba la música y todos guardaban silencio. La señora de Lieder sonreía y bostezaba al mismo tiempo. Otros se recojian con sus pensamientos, con sus ilusiones favoritas, y el mayor

número descansaba en su nada habitual. Acababa la música y todos despertaban para gritar: Bravo! Ideolo estaba en el cielo; pensaba en Gluck, en D. Juan y en el violin de Cremone. Contemplaba la cabeza de cada músico y le encontraba semejanza con un tipo de Hoffman. La señora de Lieder le parecía cuando ménos una Corina. Los bravos de la multitud lo electrizaraban y se decia: El arte! el arte! qué bello es el arte!

Dos días despues, por la mañana Ideolo hizo una visita á la duquesa Blue-Devil. La duquesa estaba sola, y era duquesa, y linda, y graciosa, y encantadora, con una simplicidad que es el lujo de la aristocracia. Ideolo tenía hermosos cabellos rubios, un rostro pálido, y llevaba una elegante levita de Blain.

—Señor Ideolo, dijo la duquesa, parece que amais vivamente la música.

—Señora, dijo Ideolo, la música es la voz de los ángeles y de las hadas; la música nos revela la idea que Dios puso en las yerbas y en las flores; la armoniosa unidad de la creacion, el ministerio del infinito. Ah! señora duquesa, si hubiérais estado en Alemania.

La duquesa no amaba mucho la música, y comprendia muy poco las frases de Ideolo. Es verdad que tampoco Ideolo se comprendia mucho à sí mismo; pero Ideolo estaba en pié, en la chimenea, y era un hermoso adolescente. Eso ya lo dije.

—Sí.... sí.... la Alemania.... Carlota.... Werther.... *and sky-colored love*, decía entre dientes la duquesa.

Ideolo dijo muy lindas cosas sobre el espiritua-
lismo del otro lado del Rhin; habló de simpatía, de
armas hermanas, y cuando se despidió de la duque-
sa Blue-Devil salió diciendo: — Oh! el amor! el
amor puro! decididamente yo adoro á la duquesa....

Los músicos, los poetas y lady Blue-Devil lle-
naron los días y las noches de Ideolo. Pasó las
mañanas leyendo particiones: D. Giovanni, Mosé,
Fidelio estaban sobre su mesa. Las corcheas y las
semi-corcheas le subieron á la cabeza como diabli-
tos negros. Evocó todos los fantasmas que pueden
encerrarse bajo las llaves de sol y de fa. Prestó su
ser á todas las metamorfosis de las modulaciones
alemanas, y á todas las fiorituras italianas. Mojó
su pluma en la luz de la luna para escribir car-
tas á lady Blue-Devil en papel de Bath. En cam-
bio la duquesa le enviaba frases de amistad fria que
no podían comprometerla, y de noche waltzaba con
él haciéndolo delirar.

—Os felicito, Ideolo, le dijo un día el conde Gra-
cilis.

—De qué? preguntó Ideolo.

—De nada, la duquesa Blue-Devil es encanta-
dora, y no hay quien no os tenga envidia.

—No es mas que amistad, dijo Ideolo.

—Sin duda, dijo el conde.

—La duquesa es un ángel, dijo Ideolo, es pura
como la primera gota de rocío en las corolas del
lirio.

—Precisamente.

—Mirad sus cartas.

—Cartas de muger, papel blanco, tinta simpáti-
ca que no tiene sentido mas que para el amante,
que no tiene color mas que al calor del fuego.

—Soy para ella un hermano.

—Nada mas que eso? preguntó el conde.

—Nada mas.

—O sois muy niño, ó muy reservado, Ideolo.

Un día Ideolo se encontró á solas con la duque-
sa Blue-Devil. Ideolo estuvo apasionado, y la du-
quesa llena de emoción. Ideolo llevó á sus labios
la mano de la duquesa, la duquesa puso sus manos
en los cabellos de Ideolo; la frente de Ideolo ardía;
la mano de la duquesa estaba húmeda.

—Qué hermoso eres! dijo la duquesa.

—Y tú, qué linda! dijo Ideolo.

La duquesa asustada retiró su mano de entre las
de Ideolo.

—Qué temes? dijo Ideolo, no eres mi hermana?
no hemos jurado amarnos toda la vida? no te he
prometido respetarte? Nuestro amor no puede ser
un amor vulgar.

Entonces la duquesa se acercó á Ideolo y le ha-
bló de amistad y de amor platónico; los bucles de

sus cabellos halagaron la frente de Ideolo; los labios de Ideolo respiraron su aliento. De repente Ideolo sintió una conmoción eléctrica: sus labios habían tocado la frente de la duquesa.

—*My love!* dijo Ideolo.

—Ideolo, dijo la duquesa, te lo ruego, no abuses de tu fuerza. . . . soy muger, y muger muy débil. . . . estoy sola. . . . todos los criados están lejos. . . . Esto no sería generoso de tu parte, Ideolo!

—Ah! Sería una infancia. . . . Perdon, perdon, estaba yo loco; pero te lo juro, jamás volveré. . . .

—Ideolo, dijo la duquesa, tengo tanta confianza en tí, que ahora te daría como una hermana, el beso que me acabas de robar.

Ideolo tomó el beso que le ofrecía la duquesa.

La duquesa suspiró, tembló, y cayó desvanecida en su diván.

—Oh! exclamó Ideolo, qué haré? . . . Señora, por favor, volved en vos. . . . Qué hermosa está! . . . Pero no, tan pura, tan confiada. . . . Jamas. . . . sería yo un monstruo.

Y tomó un pomito de sal de vinagre para aplicarlo á la nariz de la duquesa Blue-Devil; la duquesa abrió los ojos.

—Quereis que llame á vuestras criadas? preguntó Ideolo.

—No llameis á nadie.

—Estais mala?

—Estoy buena.

Ideolo habló de metafísica sobre la punta de un alfiler; habló de Schiller, de Goéthe, de Herder, y de Novalis: la duquesa bostezó.

—Dispensadme, señor, dijo ella, me veo obligada á despediros; tengo algunos negocios, y voy á salir.

Ideolo, ufano de su bella acción, fué á ver los cuadros del museo del Louvre, miró los paisajes del alba y del sol poniente; las cabezas en la sombra y en la luz, los ángeles, los santos y los descendimientos; murmuró los nombres de Ruysdaél, de Rembrandt, de Rafael, y entusiasmado exclamó: Oh! pintores! es un sacerdocio vuestra misión; santificais el color y la forma de la sublimidad de las ideas! Sois casi dioses porque sabeis crear! cuándo podré besar vuestros vestidos ó las huellas de vuestros pasos!

En la noche fué á casa de Lucio, gran poeta que tenía hermosos ojos y escribía lindísimos versos. Había allí poetas, pintores, escultores y músicos. Ideolo se quedó deslumbrado al entrar á aquel Olimpo; encontraba vivos á todos los ídolos que había adorado en mi gabinete de lectura. Allí estaban el pintor Romeo, el escultor Perdican, el músico Febo, el dramaturgo Claudio. Estos hombres,

pensaba Ideolo, son semidioses que llevan erguida la frente sin mirar jamás á sus piés.

—Febo, dijo Perdican, pásame la pipa grande.

—Con mucho gusto, dijo Febo.

—Señores, dijo Ideolo, sois rayos de luz emanados del cielo, sois la encarnación de la idea divina! qué don tan sublime es tener genio!

—Tra, la, la, la... murmuró Claudio.

—Romeo, dijo Ideolo, eres un gran pintor, qué idea tan bella es tu retrato de Lucio! es el tipo del pensamiento luchando contra la materia, la libertad contra la fatalidad, el hombre contra el mundo, el infinito contra lo finito. Ese retrato encierra toda una filosofía, toda una metafísica, toda una religión.

—De veras! dijo Romeo, pues por vida mía que no sabía yo nada de eso; pinté una nariz, una boca, unos ojos, con la mayor semejanza que pude; vendí el retrato en cinco mil francos, y eso es todo. Queréis fumar un cigarro?

—Lucio, dijo Ideolo, tú eres verdadero poeta. Qué bien sabes hacer hablar á las brisas, al océano, al trueno y á las nubes! Dime, qué dios te ha revelado la misteriosa armonía de la creación?

—No es verdad, dijo Lucio, que he hallado algo nuevo? Qué quieres? El cristianismo está ya agotado, la mitología ha caído en desuso, el epicurismo está mal visto; y he tenido que hacerme panteísta;

otros vendrán después que serán otra cosa. Tomamos el Champaña cuando se acaba el Burdeos.

Perdican hizo un borol de ponche, todos bebieron vinos de España y fumaron cigarros, é Ideolo se desencantó un poco.

Al día siguiente, Ideolo estuvo en el baile de la baronesa de Lieder; pidió un waltz á la duquesa Blue-Devil; pero la duquesa tenía dados todos los waltzes; escribió á la duquesa Blue-Devil en papel Bath; pero la duquesa no le contestó.

—Podría yo veros mañana, por la mañana? dijo Ideolo á la duquesa Blue-Devil.

—Salgo todas las mañanas, le contestó la duquesa.

Ideolo fué una mañana á la casa de la Blue-Devil.

—La duquesa? preguntó al portero.

—Ahí está.

—Diablo! exclamó Ideolo.

Sube, entra, la duquesa estaba sola y leyendo.

—Ah! sois vos, señor....

E hizo una pequeña mueca de asombro y de despecho. Ideolo estuvo tierno, espiritual, sentimental como jamás había estado; la duquesa estuvo fría y distraída, y bostezó sin cesar.

Pero de repente brillan sus ojos, su faz se anima, sus labios sonríen. Acababa de anunciarse el conde Gracilis.

El conde entró, saludó, miró á Ideolo al soslayo, se sentó junto á una mesa, tomó un album, y se puso á hojearlo sin decir una palabra; me equivoco, este silencio decia á Ideolo:

—Con impaciencia espero que os marcheis! No abriré mis lábios mientras esteis aquí....

Pero Ideolo no comprendió.

—.... Debeis, creer, señora, continuó Ideolo, que es grande mi asombro. Continué mi camino al traves de la oscuridad, el ruido que yo habia oido parecia irse alejando.... Y yo seguia andando sin cesar.... pero el punto luminoso permanecia inmóvil. Atravesé el gran salon, la sala azul, la cámara amarilla, entré á la galería y no pude alcanzar aquella luz que parecia estar tan cerca de mí y que no se movia. Al fin.....

—Qué estais haciendo, señor Gracilis? dijo la duquesa.

—Estoy viendo, contestó Gracilis, si puede detenerse este album en equilibrio sobre su caja: es un juego como cualquiera otro.

—Eso es encantador, dijo la duquesa; hace cinco minutos que os estoy viendo y me divertís mucho.

Ideolo tartamudeó, se puso encendido, no halló como continuar su historia, tomó su sombrero, se levantó y salió.

—Al fin! dijo Graciles.

—Qué hombre tan fastidioso! dijo la duquesa, es menester cerrarle las puertas.

—Qué linda eres! dijo Gracilis.

—Y tú qué hermoso! dijo la duquesa Blue-Devil.

CAPITULO III.

IDEOLO PANTAGRUELISTA.

—.... Vamos! vamos! dijo Ideolo, el mundo va á acabarse, el mundo muere. Todo está viejo, todo tiene que espirar. Creéis vos en alguna cosa? Yo no creo en nada. Entónces no hay mas que volarse la tapa de los sesos! Vivan los turcos! Viva el opio! Oh! El Oriente, el Oriente, Heliogábalo. Eso es todo. Todos somos emperadores del Bajo-Imperio. No estamos todos en decadencia? No somos todos soberanos? Admirable filosofía la de Vitelio y la de Neron. Coronarse de rosas y cenar entre ruinas! El fin del mundo se acerca.... pues bebamos!

—Habeis leído á Byron? pregunté á Ideolo.

Ideolo leyó también á Panurgio y su tratado de deudores y acreedores. Entónces mandó hacerse un vestido cada semana, usó guantes blancos á todas horas y asistió á los *rouls* todas las noches. Tuvo tres caballos ingleses, un tilbury, un groom. Bailó, jugó, conversó, cortejó á veinte mugeres, y siguió con descaro tres intrigas.

Primero, una jóven morena; la condesa Ethe-rea, que gustaba mucho de bailar y de lucir su dentadura. Sabia también que despues de un trage espléndido y de muchos diamantes lo que mas sienta á una muger, es un círculo de jóvenes que le hablen, y dejen sonreir sus labios de una manera graciosa.

—Bueno! dijo Ideolo, esa muger será mia mañana.

Ideolo al dia siguiente se puso hermoso, pensó en Lovelace y en Richelieu, montó un caballo de sangre pura, lo dejó en el patio en manos de su groom, halló á la condesa en su cuarto, estaba sola, le habló, le instó. . . . y fué puesto de patitas en la calle.

—Oh! dijo él, es una mogigata! Esta es mogigata pues veremos otras.

La marquesa Vaporosa tampoco estaba tan inclinada á descender á la realidad como la comprendia Ideolo.

—Bueno! dijo Ideolo . . . yo la comprometeré... Ideolo levantó la cabeza, se hundió en su corbata,

como una paloma se zambulle en sus plumas, y dijo al mundo entero que tenia relaciones amorosas con la marquesa Vaporosa.

La marquesa le prohibió que volviera á poner los piés en su casa.

—Bah! dijo Ideolo, qué me importa? Las buenas fortunas van á venirme en tropel. Conozco á las mugeres; las conozco mucho.

Apresuró, pues, la marcha de su tercera intriga con mas vivacidad. La condesa Cándida se habia dejado alucinar con la espiritual conversacion de Ideolo. Gustaba de la movilidad de su talento, de la elegancia de su palabra y de la paradójica verba que animaba cuanto decia. Amaba á Ideolo como amaba una tertulia, y hubiera sacrificado las tertulias porque Ideolo la divertia mas.

Ideolo era muy buen lógico. *Sabia muy bien la vida* para no sacar de todo esto una conclusion.

—Es mia, dijo, la he fascinado; se trata ya de dar el gran golpe.

—Señora, dijo, yo os adoro.

—Una paradoja mas, dijo la condesa riéndose.

Ideolo estuvo ardiente, apasionado, romancesco; la condesa tranquila, risueña, insensible.

—Vaya, dijo Ideolo cuando estuvo en la calle, se resiste á las mil maravillas; un tonto desmayaria; pero yo conozco bien esas naturalezas. Es una muger que es preciso tomar á viva fuerza.

Ideolo estuvo quince dias sin ir à ninguna parte. Se dejó crecer los bigotes y la barba. Estaba naturalmente pàlido y se empeñó en tomar todo el aire de un hombre loco de amor.

—Señora, dijo, he querido huir de vos.... pero vuestra imàgen me persigue por todas partes.... Cándida! Una palabra, una palabra no mas, y el paraíso se abre à mis ojos.... Cándida, estoy oprimiendo tus rodillas; si desechas mi ruego me mato en tu presencia.

La condesa asustada quiso jalar el cordon de la campana. Ideolo le tomó la mano.

—Lo quieres. Pues bien, moriré; pero antes....

—Miserable, dijo la condesa.

Se oyó ruido de pasos, se abrió la puerta, y un criado anunció:

—El conde Sylvio.

Era un hermano de la condesa Cándida. Entró y se sentó. La condesa estaba trémula y muy encendida; Ideolo agitado y muy encendido. Hablaron todos como pudieron; Ideolo se despidió. Al dia siguiente recibió una tarjeta y un cartel de desafío.

—Diablo! dijo, qué lento es el tal hermano! Batirse por eso! Qué animal es Sylvio, qué imbécil! Nó ve que compromete à su hermana.... Que no tenga un amigo que se lo advierta! Batirse, batirse, y yo que no he aprendido à tirar la espada ni la pistola.....

—Señor Ideolo, dijo una voz.

—Sois vos, señor Crediter? dijo Ideolo.

—Por fin vais à pagarme?

—Voy à batirme en duelo.

—Cómo! dijo Crediter, vais à batiros! y creéis que yo [lo consentiré? Señor, vos sois mi única prenda, mi única seguridad, me estais hipotecando, y no puedo sancionar esa enagenacion de vuestra persona, porque es contraria à mis intereses. Antes me batiré yo, que permitir.....

Al dia siguiente Ideolo se levantó temprano; lo rizó su peluquero, se puso el pantalon mas bien hecho, la levita mas elegante, los guantes mas apretados, miró sus guantes, su pantalon, su levita, fumó algunos cigarros y se bebió un vaso de grog; se miró en el espejo, jugó à la espada con su látigo, tomó el peso à una pistola de arzon, y dijo: «Soy valiente, es preciso ser valiente; pero no.... soy un cobarde.... tengo miedo, sí tengo miedo. Qué hermano tan salvaje, qué hermano tan imbécil!"

E inclinaba su cabeza tomando la posicion de un hombre que va à morir; se pellizcaba hasta sacarse sangre, para acostumbrarse al dolor; despues volvía à alzar su cabeza, y decia:

—Bah! yo lo mataré, tengo mucha fortuna, ni duda, siempre gano en la lotería. Pero es mejor hacerle con gracia una pequeña herida. Le tenderé la mano, y le diré: «seamos amigos." Entón-

ces las mugeres se volverán locas por mí, y bravo Ideolo!

Llegaron los padrinos llevando dos espadas y una caja de pistolas.

Ideolo sintió en el corazón el frío del acero, y en la frente el calor de la pólvora. Se dirigieron al campo, se midió el terreno, se cargaron las pistolas y se inventó reconciliar á los dos adversarios.

—Es un duelo à muerte! dijo Sylvio.

Ideolo se estremeció.

—Estais listo? preguntó Sylvio.

—Sí, dijo Ideolo.

—Deteneos, gritó una voz.

Era Creditor. Llegaba agitado, con el sombrero en la mano, con el pañuelo en la frente, con la frente llena de sudor, con el chaleco desabrochado.

—Deteneos, señores, y no cargueis vuestra conciencia de un crimen abominable.

—Buen hombre, dijo Sylvio, buenas noches! Memorias à las señoras, y cuidaos de un constipado!

—Cómo, dijo Creditor, creéis que se trata de una burla?... Sabed que ese jóven me pertenece.... Habéis hecho novelas? Pues yo he hecho á ese hombre. Sí, soy el autor de ese jóven; su ropa, sus guantes amarillos, los bucles de sus cabellos, todo eso es mío.

—Vamos, vamos, papá, dijo Sylvio, no os enojeis y retiraos, no sea que un accidente....

—No, dijo Creditor, no me iré. Os repito que ese jóven representa para mí una letra de buen dinero que me ha pedido prestado. Si rompeis esa letra, quién me pagará?

—El diablo.

Pero Creditor se tuvo firme. Tomó á Ideolo entre sus brazos y los padrinos no pudieron quitárselo. Preciso fué celebrar una transacion. Sylvio se obligó por escrito á pagar las deudas de Ideolo en caso que lo matase y Creditor juró que en caso contrario meteria á Ideolo á Santa Pelagia.

—Hé aquí dos probabilidades muy agradables, pensó Ideolo.

Los dos jóvenes marcharon uno contra otro. Ideolo disparó primero. Su bala se perdió bonitamente en lo alto. Sylvio fué mas diestro y rompió una costilla á Ideolo.

—Ha muerto, exclamó Creditor; señor, no olvidéis que teneis que pagarme.

—Está gravemente herido, dijo el médico; pero hay esperanza.

Ideolo escapó de los dos males que lo amenazaban: el cementerio del padre Lachaise; la prision de Santa Pelagia. Sanó, y el padre y la madre y la abuela, en el gozo de su corazón, pagaron sus deudas y la cura.

—Bah! dijo Ideolo, qué fastidio es estar enfermo! Tener siempre delante estas tres cabezas de mi abuela, de mi madre y de mi padre! Y sin embargo, han pagado mis deudas. Oye! Beau-gency!

—Señor conde, dijo el grown.

—Dame la lista de las personas que han venido à informarse de mi salud.

—Aquí està.

—Hum! El señor Crediter. . . . el conde Sylvio. . . . Esto es todo?

—Sí, señor.

—Oh! qué quiere decir esto? Mi pistoletazo debe no obstante haber hecho mucho ruido, y mi herida debe haberme convertido en hombre à la moda. Dame mi sombrero.

Ideolo dirigió su cabriolé à casa de la marquesa Amanda; era el dia de su cumple-años. Habia allí cien personas. La llegada de Ideolo hizo sensación.

—Señora, dijo Ideolo, mucho gusto me causa veros; es mi primera salida, y.

— Señor, dijo la marquesa en un tono glacial; creo que no os he dicho que estaba en casa los sábados.

Ideolo se quedó desconcertado; hizo un saludo bastante ridículo y se mezcló ante la turba de jóvenes de ambos sexos, yendo en pos de una bené-

vola sonrisa, de un apretón de manos. Todo el mundo le volvió la espalda.

Ideolo volvió à subir à su cabriolé, y se retiró furioso.

—Oh! Lara! Oh! Conrado! Oh! Szaffie! esclamaba, os comprendo, amigos, y soy de los vuestros! El mundo es infame, odioso, abominable! Es una Sodoma, una Gomorrha, una Babilonia! Detesto el mundo. Ah! Con que me cerrais vuestras puertas, y prohibís à vuestros lacayos que pronuncien mi nombre! Pues bien! yo me pondré fuera de las leyes de vuestro mundo pequeño y miserable! Incendiaré lo que adorais, adoraré lo que aborreceis. Byron! Vengan à mí tus orgías de desterrado, y tu Fornarina y tu serrallo de Venecia! Soy un verdadero Byron, sí, lord Gordon de Byron! Qué hermosas son sus memorias, y era tan pálido como yo!

Ideolo se abotonó su casaca, dejó caer sus bigotes sobre sus labios, usó botas y pantalones muy anchos, se hundió el sombrero hasta los ojos, tomó un baston entre sus manos, un cigarro, y entró à su nueva vida con un aire sombrío y determinado.

Agotó la lista de las figurantas, de las comparas, de las cantatrices, y de las damas de último orden, desde las Funámbulas hasta las de los Bufones. Dió cenas en salas entapizadas de negro, en que los cráneos servian de tazas, y las antorchas de bugías.

Una noche en un baile de la ópera, una máscara lo tomó del brazo:

—Ideolo! dijo la máscara.

—Qué! dijo Ideolo.

—Tu vida en dos palabras!

—Veamos!

—Fuiste primero un necio, despues un tonto; y ahora.....

—Ahora?

—Eres absurdo, dijo la máscara.

—Gracias, dijo Ideolo.

—Te lo puedo probar.

—Cómo?

—Fuiste un necio con la duquesa, dijo la máscara, un tonto con Cándida, y eres ahora absurdo imitando á Byron, y creyendo ocupar al mundo que no piensa en tí.

Ideolo se sorprendió de encontrar una máscara tan instruida. La máscara tenia unas espaldas encantadoras, un cuello de cisne, piés muy pequeños, delgada cintura, bajo un dominó oscuro, y guantes perfumados. Ideolo platicó mucho tiempo con la linda disfrazada, y halló en su lenguaje un no sé qué de buena compañía y de elegancia, que le dió mucho en qué pensar. Pero en vano buscó en su memoria; imposible le fué hallar un nombre para aquella mezcla de talento y de belleza que evocaba en su alma un vago recuerdo. Ideolo en un cuar-

to de hora se enamoró perdidamente del dominó oscuro.

—Estoy cansada, dijo la máscara, sentémonos en alguna parte.

Ideolo se estremeció de placer. Oprimió bajo el suyo el brazo de la enmascarada, y la condujo à un palco. Ella se dejó llevar sin resistencia. Cuando estuvieron solos, Ideolo fué mas atrevido.

—Te lo suplico, quítate la máscara....

—No, no puedo.

Ideolo le tomó la mano y se la cubrió de besos. El dominó lo dejó hacer todo lo que queria. Por fin el dominó echó sus brazos al cuello de Ideolo, y le dijo:

—Ideolo, yo te amo!

—Alma mia! dijo Ideolo.

Pero ay! Esa fué toda la elocuencia de Ideolo. El dominó furioso se desprendió de los brazos del tímido Alcibiades. En el desórden de su fuga dejó caer la careta negra que le ocultaba el rostro.

Era la duquesa Blue-Devil.

CAPITULO IV.

IDEOLO REPUBLICANO Y DESPUES FILOSOFO

A LA ANTIGUA.

—Ay! ay! el estómago, el pecho! Maldita tos! quién me librarà de esta tos? Señor Purgon!.... doctor Rondibilis!....

—Consolaos, Ideolo, le dije, ya vais mejor, ya no teneis calentura. El doctor Rondibilis os recomienda alguna distraccion. Es verdad que no podeis salir de vuestro cuarto. Pero yo puedo venir y mis libros tambien. Quereis algunos libros?

—Libros? preguntó Ideolo.

—Sí, mirad:

Amores de las Nubes, por Hügel.

Suspiros de las Brisas, por Gottin.

Autobiografía de una inteligencia, por Niralisch.

—Puf! dijo Ideolo, al Diablo!

—No quereis nada de Alemania, pues entónces:
Mañanas de un Dandy, por John Day.

Nudos de corbata, por Florville.

Ideolo hizo un ademan de disgusto.

—Entónces, bagatelas que os hagan reír y que os diviertan:

Los Vividores, por Tom Clown.

Los fumadores de opio.

Escalas de cuerda.

Escalas de seda.

—Ay! dijo Ideolo, no quiero nada de eso. No quiero vuestros libros, no los quiero!.... periódicos, revistas, eso me basta.

Un mes despues, Ideolo fué á verme á mi gabinete de lectura.

Tenia largo el cabello y rizado sobre la espalda, llevaba un chaleco á la Robespierre, levita y pantalon azul, y un sombrero de ala muy ancha.

—Ciudadano Samuel Bach! me dijo, salud y fraternidad! El mundo marcha, el mundo està en progreso y camina hácia la república. El porvenir del mundo es republicano.

Ideolo hizo que lo admitieran en todos los clubs. Raciocinó sobre el porvenir con otros profetas como él que veían las cosas futuras. Un dia esas gentes le dijeron al oído: Ideolo, toma tu fusil de caza y ven con nosotros! Ideolo tomó su fusil de caza. Bajó á la calle, donde habia mucha gente y mucho ruido. Peroraban y cantaban en las banquetas. Ideolo cantó y peroró. De repente sonó

el tambor, una descarga de fusilería se estrelló contra las paredes. Ideolo disparó á un tiempo sus dos tiros, arrojó su fusil al suelo y echó á correr sin mirar á donde podían ir sus dos balas. Las balas de Ideolo silbaron en la calle, dieron contra la pared, retacharon, rompieron una vidriera y entraron á un cuarto donde el padre, la madre y la abuela de Ideolo, pálidos y con las lágrimas en los ojos se affigian pensando en la ausencia de su hijo querido. Las dos balas rompieron un brazo al padre de Ideolo, los anteojos de la madre y la nariz de la abuela que estaba tomando tabaco. Ideolo que no sabia nada de todo esto, corrió por la ciudad huyendo de los gendarmes que se empeñaban en darle alcance. Se ocultó en unas bodegas, trepó las escaleras, se dejó caer por las paredes, corrió sobre los techos y bajó por la chimenea al hogar paterno.

—Mi brazo! decia el padre.

—Mis anteojos! decia la madre.

—Mis narices! decia la abuela.

Ocultadme, dijo Ideolo, que me persiguen.

Ahora Ideolo es grave y filósofo. Ha dejado á un lado la polémica ardiente de los partidos (estilo de periódico) y vive prudentemente á la antigua, embozado en su capa. El mundo entero puede venirse abajo sin alterar la estoica tranquilidad de Ideolo. Recita siempre en voz baja los versos de Horacio.

Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinæ.

Contempla en silencio la verdad abstracta y hace aforismos y definiciones. Se funda siempre en principios y los sigue como un cuáquero. Es tambien filólogo y calcula maravillosamente el valor de las palabras. Encuentra poco correcto el estilo de Brantome y le echa en cara que se atreviera á llamar bellas y honradas á las damas de su tiempo. Cuando de noche le gritan los centinelas:

—Hola! Quién vive? Ideolo pasa sin responder. Hola! amigo, grita entónces el centinela, qué hariais si os diera yo un balazo?

—No sois mi amigo — responde gravemente Ideolo.

Tiene sus ideas sobre la dignidad del hombre y mira con desprecio á los que piensan y escriben por dinero.

—Porque el pensamiento y el arte, dice, no son mercancías, son una mision, un verdadero apostolado.

Pero miradlo, aquí viene mi querido Ideolo.

—Buenos dias, Ideolo.

—Buenos dias, señor Bach.

—Parece que andais muy ocupado.

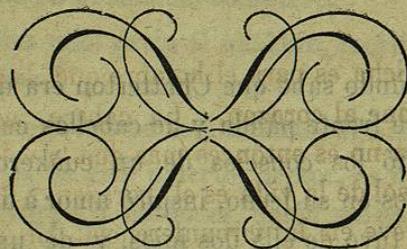
—Señor Bach, vengo á suplicaros que me recomendéis con cualquier director de periódico políti-

co, ó literario, nada importa, demócrata ó monarquista, nada importa. No tengo ni un sueldo y me convendría mucho ganar doscientos francos al mes.

Gran desdicha es para el hombre que la imaginación destrone al corazón. La cabeza, colocada á tanta altura no es entonces mas que la veleta del cuerpo. El sol de la vida es el corazón. Todo lo demas se mueve en la circunferencia. El espíritu tiende siempre á ahogar el corazón.

La historia de los pueblos nos presenta en ciertas épocas el espectáculo de tan funesta victoria; ese es el tiempo de los sofistas y de los gramáticos. Los goces de familia desaparecen bajo el techo doméstico; las creencias sociales se desarraigan tambien. No hay mas que ideas, sombras, fantasmas; el viento mas ligero las eleva, las abate, y las despedaza como hojas de otoño desprendidas del tronco. Todas esas cosas son como los emperadores romanos de que habla Bossuet; no hacen mas que

pasar; y el hombre que ve sucederse en su pensamiento todas las opiniones como si fueran imágenes de un sueño, dudaría de la realidad de su propia existencia si no sufriera infortunios y dolores.



III.

LORD CHATTERTON.

Todo el mundo sabe que Chatterton era un hermoso jóven de frente pàlida y de cabellos castaños, que no escuchó los consejos de un cuàkero; pero que hizo versos en su lecho, inspiró amor à una muger honrada, tuvo de ella dos hijos, y de un gran señor el empleo de ayuda de cámara; vió como Virgilio que sus versos se atribuían á otro, y de pesadumbre se bebió setenta granos de opio, lo cual afigió mucho à la muger que amaba. Todo el mundo sabe estas cosas, desde que sirvieron à uno de nuestros mas grandes poetas para hacer uno de nuestros mas hermosos dramas. Pero lo que no sabe todo el mundo, es lo que yo voy à referir.

Cuando hubo dicho: *Ha muerto!* y despues, *Tambien ella ha muerto!* John Bell llamó à sus criados, sacó à los niños y llevó à madama Bell à su cama.

Mandó llamar à un médico y à un notario, à éste para fijar sus derechos al albaceázgo, y à aquel para hacer constar el fallecimiento, y para venderle el cadàver del poeta. Llegaron el médico y el notario, y como Bell era un poco listo en sus negocios, ambos pusieron desde luego manos à la obra. El notario se caló los espejuelos sobre las narices, y abrió el testamento de madama Kitty Bell; el médico ecsaminó el cuerpo que acababa de comprar. El cuàkero se sentó y se puso à leer la Biblia bajo el ala de su anchísimo sombrero.

— Dios mio! decia el cuàkero, morir à los diez y ocho años.

— Este jóven no está muerto, dijo el médico.

— Y si no está muerto, doctor, es nula la venta de su cuerpo, y entónces, quién me pagará el arrendamiento de su cuarto?

El notario quitándose los anteojos, añadió:

— Pues si tampoco ha muerto Kitty Bell, lástima es haber abierto su testamento.

— Madama Bell está muerta, dijo el doctor.

Chatterton habia bebido mucho opio; pero en vez de morirse se habia quedado dormido. El cuàkero le habia creído muerto, Kitty habia creído al cuàkero y se habia dejado morir como muger honrada.

El amor es un ángel que bien pudiera llamarse el ángel guardian de los dolores. La muger es su-

blime. Sed tan desgraciado como Chatterton, y seréis tan amado como él.

Miéntas que John Bell, el cuákero y el notario hacian estas ú otras reflexiones, se oyeron en la calle chasquidos de látigos, ruido de ruedas y de caballos, y un rico carruage se detuvo á la puerta.

Chatterton ántes de retirarse á la soledad habia atravesado la vida brillante y los *routs* de Lóndres con Lauderdale y con Talbot. Se habia dejado llevar del torbellino como poeta, es decir, sin pensar en mañana. El mundo, al verlo hermoso y á la moda en sus alfombras de terciopelo, no se habia informado de si vivia en una bodega ó en un palacio. Chatterton se complacia en ese contraste. Habia adorado esa ecsistencia dupla de poética miseria y de elegancia pueril, y todas las noches abandonaba su pobre cuarto y su ropa vieja, para mezclarse vestido de seda à las fiestas de las ladies y de los lores.

Chatterton tenia un rostro hermoso y pálido y una mirada de águila. Un sol de poesía deslumbraba en sus ojos y en su rostro. Su espíritu dominaba en su corazon. Sus palabras eran dulces

y tímidas. Lady Amundeville se enamoró de él apasionadamente.

Lady Amundeville era una beldad inglesa, blanca, de esbelto talle, de cabellos rubios y de ojos azules. Era sentimental y novelesca y hacia desesperar con sus rigores á la turba de dandies y de adoradores que por todas partes la seguian. Cuando vió á Chatterton sintió que se habia fijado el destino de su vida. Chatterton veía mas alto y mas léjos que toda aquella nube de fashionables, ó mas bien era el único que viese mas allá de un liston ó de guante. Al principio Lady Amundeville sintió engrandecida su alma, cuando estaba cerca de Chatterton. Despues conoció que era sublime, y despues que era amado.

Chatterton salió de Lóndres ántes de saber tan buena fortuna. Lady Amundeville habia guardado su secreto, y á Chatterton le faltaban dos cosas para adivinarlo; no era fatuo, ni estaba enamorado. Lady Amundeville guardó en silencio su amor, y su amor crecia, como sucede siempre que tal sentimiento es verdadero. Supo ella despues que Chatterton era el autor de los poemas de *Rowley*; por fin supo que se moria porque le faltaba un pedazo de pan en la casa del honrado industrial John Bell. A esta nueva, el ángel de que ántes he hablado, desplegó sus alas en el corazon de Lady Amundeville. Viuda, sin hijos, dueña de su fortuna, tenia

bastante oro para convertir à Chatterton en conde y en nabab, bastante amor para hacerlo su marido, aunque no fuese conde ni nabab. Mandó poner su coche, y fué á toda prisa á ofrecer todo eso á Chatterton.

Una cosa igual sucedió en Francia en Mafilatre; pero Lady Amundeville es la primera en ór den de fechas. No lo olvideis.

—Dónde está M. Chatterton? preguntó Lady Amundeville.

—Decididamente, este jóven tiene hermosas conocidas, dijo John Bell.

El médico contó el drama que acababa de pasar. Lady Amundeville se ruborizó y los zelos se deslizaron en su corazon. Pero Kitty Bell estaba muerta, y las mugeres aman mucho mas al hombre que han amado otras mugeres. En qué consiste esto? Yo no lo sé.

—M. Chatterton es pariente mio, dijo Lady Amundeville.

Y llevaron á Chatterton al coche de Milady. Mi-

lady se sentó junto al poeta dormido. Volaron los caballos y la hermosa pareja entró bajo las bóvedas del castillo de Amundeville.

Cuando Chatterton despertó, sus ojos se encontraron con los de la jóven lady, sentada cerca de la cama.

—Dios mio! dijo él, habeis tenido piedad del pobre poeta. estoy en el cielo.

—Estais en la tierra, dijo lady Amundeville; pero estais en mi casa.

Las miradas de Chatterton vagaron con asombro por las cortinas de seda que estaban suspendidas sobre su cabeza, por los muebles de laca, por los vasos de porcelana, y por los espejos de Venecia que decoraban el aposento.

—Ah! dijo suspirando, no habia yo visto mas que vuestros ojos!

Lady Amundeville quedó contenta con estas primeras palabras del poeta.

—Chatterton, dijo ella sonriendo, estais aquí en el pais de las hadas. Habeis vivido diez y ocho años entre los hombres y uestra vida ha sido muy triste no es verdad? Ahora estais en casa del rey Oberon y de la reina Titania. Las lágrimas que en el mundo habeis derramado serán aquí perlas y diamantes; porque, Chatterton, el rey y la reina os aman.

Lady Amundeville estaba mas hermosa que el

cielo y que las hadas. Un ligero color de púrpura iluminaba sus mejillas; el poeta estaba inmóvil y detenía el soplo de sus labios, como si hubiera temido disipar aquella mágica aparición.

—Chatterton, dijo Lady Amundeville, los poetas en la tierra, son niños pobres y sencillos que siempre se ven punzados de espinas. Aquí seréis un lord, tendréis palacios, y pages que os sirvan de beber en copas de oro.

—Lady Amundeville! exclamó el poeta.

—Cuidado! no rompáis el encanto.... Queriais mataros, miserable!.... Pero Dios no quiso que muriérais. Llegué yo y tomé al pobre ángel entre mis brazos y lo he conducido aquí. No quiero que penseis en vuestros pasados dolores. Yo os amo yo quiero que Talbot y Sauderdale, en medio de su felicidad, tengan motivos para compadecer vuestras desgracias. Chatterton, seréis lord como ellos y yo seré vuestra esposa.

Dos meses despues, el capellan del castillo celebraba el casamiento de la alta y poderosa lady Amundeville, con el honorable lord Chatterton, conde de Rochester, de Gloucester, de Plymouth, de Falmonth, &c.

La imaginacion de Chatterton habia trabajado mucho en aquellos dos meses. Habia llorado por la dulce Kitty Bell, y aún habia comenzado sobre este asunto una balada en el estilo de Chaucer.

Pero la zelosa ternura de lady Amundeville, los hermosos ojos azules y húmedos de lady Amundeville, la gracia elegante y aristocrática de lady Amundeville detuvieron la balada de la dulce Kitty Bell.

Chatterton hizo entonces proyectos para el porvenir.

—Soy rico, pensó, y tengo una muger á quien adoro y de quien soy amado. Tengo nombre y tengo un buen lugar en la corte. No dependo ya de los caprichos de un editor. No temo tampoco el juicio del público. Puedo, pues, dedicarme al arte solo por el arte. Oh! valiente Harold! Oh! batalla de Hastings!.... Abriré mis salones á los grandes poetas y despues haré algunos viages en los que me acompañará Edith.... Verémos la España, la Italia, el Oriente.... Edith, eres mi ángel bueno! qué feliz soy!

Lord y lady Chatterton marcharon para Londres. Tenian un coche de seis caballos. Los caballos llevaban la cabeza erguida, el coche sacaba chispas de las piedras, los lacayos iban airosos en su sitio, los cokneys se ponian en la ventana para ver pasar tan magnífico tren. Era una entrada digna de un lord y de una lady como lord y como lady Chatterton.

Lord Chatterton pasó por la casa de Kitty Bell, mandó parar su coche, y bajó con su blanquísima lady.

John Bell regañaba à sus obreros mas que nunca.

—No, no, decia; ni un centavo mas si no estais contentos, idos à otra parte....

El cuákerosentado en un sillón al pié de la escalera leía la Biblia à dos niñas vestidas de luto.

—Quiero volver à ver el cuarto en que tanto sufrí, dijo lord Chatterton.

El cuákeros se levantó de su asiento, conoció à Chatterton y le apretó la mano.

Las niñas lo conocieron tambien.

—Queridas niñas! dijo Chatterton pasando la mano sobre sus rubias cabezas.

Lord y lady Chatterton subieron por la escalera por la que habia bajado Kitty Bell para morir. A medida que Chatterton se elevaba en aquella region de dolorosos recuerdos, una poesía llena de tristeza se apoderaba de su alma. Su título de conde y su riqueza le parecian muy poca cosa junto al grandioso ideal que allí volvia à encontrar. Cada átomo del aire que respiraba, le recordaba la noble musa del dolor. Su antiguo y estrecho cuarto se poblaba de las fantasmas que àntes evocaba su imaginacion y cuando vió el lugar en que Kitty Bell habia dejado de existir, parecia avergonzarse de su dicha.

—Amigo mio, dijo al cuákeros, os vendréis à vivir conmigo.

—Tom, dijo el cuákeros, no puedo dejar à estas niñas.

—Bien! dijo Chatterton, si puedo hacer algo por ellas ó por vos.

—Estas niñas no necesitan de nada, y yo mucho ménos.... Te amo con todo mi corazón, y así, escucha los consejos de un antiguo amigo; creerás que no los necesitas porque eres rico; pero sabe que el genio no basta à los ojos de Dios para absolver la riqueza. Los orientales dicen que debe tener oro, quien tiene las manos abiertas; y debe ser rico, quien esté lleno de caridad.

El cuákeros sin quitarse su anchísimo sombrero, dió à Chatterton el ósculo de paz. Los dos jóvenes volvieron al coche, los cocheros hicieron sonar sus látigos, los caballos relincharon, las hermosas casas de Lóndres pasaron con la rapidez del relámpago à los ojos del lord, y à pocos minutos se encontró en sus suntuosos aposentos de Chatterton, square.

Habia tres salones uno despues de otro. Cada uno de ellos tenia tres ventanas que caían à Hyde-Park. Los techos eran altos y estaban decorados con esculturas; colgaduras de Pekin, de terciopelo y de damasco, caían sobre las rejas, y el parque se ocultaba bajo tapices de Persia. El aposento de lady Edith estaba decorado de plata y azul; su re-

retrete octágono estaba lleno de diosas, de pastoras y de tórtolas; una puerta de espejo separaba este retrete de la biblioteca de Chatterton. La biblioteca recibía luz por una ventana gótica; en las vidrieras se veían cascós, armaduras y objetos de cuadros sacados de la batalla de Hastings. Los estantes de la biblioteca estaban llenos de poemas encuadrados á la manera de la edad media, de preciosos manuscritos, de colecciones de crónicas y de cartas. Había un perfume de poesía en la soledad en que deliraba lord Chatterton.

—Oh! Edith! decía él, ser dos y estar solos en medio de las visiones que flotan en este mundo mágico, será el colmo de la felicidad!

Aquella noche Chatterton hizo versos, y al día siguiente los leyó á Edith.

Edith encontró soberbios aquellos versos, y todavía estaba encantada con ellos, cuando entró su madre.

—Hija, dijo lady Fitz-Fulk, prolongais demasiado la luna de miel, y debíais pensar en presentar á lord Chatterton con la familia. Lord Stanley me hablaba de esto antenoche, y no sería conveniente tardarse mas tiempo.

Lord Chatterton tenía tios, y tias, hermanos y hermanas, primos y primas. Toda esta turba vivía en Lóndres y era la gente mas elegante y aris-

toerática de la corte. Todos ellos se veían, se visitaban, se aplaudían, se elogiaban, se murmuraban, se hacían pedazos á todas las horas del día. Según las leyes de la etiqueta, Chatterton empleó tres semanas en almuerzos, comidas, cenas, visitas por la mañana, visitas por la tarde, paseos á pié, á caballo y en coche, y en gastos de elegancia y de amabilidad con todos sus parientes, jóvenes y viejos. Es verdad que durante ese tiempo no pudo hacer versos; pero en compensación tuvo un éxito tan brillante en la aristocrática familia, que ninguno de sus parientes podía separarse de él ni un instante.

Bien pronto Lóndres se cubrió con su bata de invierno llena de routs, de bailes, de elegancia y de buen gusto. Edith estaba tan de moda como cualquier muger romancesca, y luego tenía un crimen que hacerse perdonar.

Sabía ella que el mundo es omnipotente, que nos tiene sujetos por medio de lazos frágiles en apariencias, como los de Liliput; pero esos lazos no pudo romperlos el gigante Gulliver, y el gigante Byron ha tenido mucho que sufrir por haberlos hecho pedazos. Lord Chatterton, con un sentimiento delicado de la poesía, tenía ese tacto purísimo que sigue la cadena de las conveniencias sociales hasta en sus mas imperceptibles ondulaciones. Se resolvió á vivir la vida de la multitud, y á no colocarse

sobre ningun pedestal para que le perdonaran los goces de su corazon al ir como los demas por el pavimento del templo.

Lord Chatterton asistió à las fiestas del gran mundo, y à ellas lo siguió su muger. Ambos eran convidados á todas partes. El embajador de Austria, el de Francia, lady Buckingham, lady Lindhurst, lady Granville, todas las notabilidades de la época y el mismo rey, dieron durante la estacion fiestas magníficas. Chatterton se vió, pues, obligado á añadir á sus trescientos parientes de ambos sexos, mil quinientos amigos y conocidas de bailes y de rout. Lady Chatterton dió un dia, y fué menester que el lord desempeñase su papel de amo de casa. Lady Chatterton dió bailes y fué preciso que lord trastornase los muebles de los salones de la cámara azul, del retrete y de la biblioteca, y la misma suerte tuvieron sus libros antiguos, para que sus bailes fueran los mas espléndidos de aquel invierno. Desde entóuces un torbellino desatado se llevaba los minutos, las horas, los dias, las noches y los pensamientos de lord Chatterton.

—Trabajaré en el verano, decia, todos los dias.

Llegó el verano. Amundeville estaba á cinco leguas de Lóndres. Chatterton tenia trescientos parientes y mil quinientos amigos, que tenian caballos de raza, landaws, calesas, wiskis y tilburíes. Una señora à la moda como lady Chatterton no

podia cerrar sus puertas à gentes tan elegantes. Chatterton tenia diariamente en su casa unas cincuenta personas que lo visitasen.

Pocos versos se hacian en el castillo de Amundeville; pero en cambio habia partidas de caza á pié, á caballo, con perros, sin perros, de liebres, de ciervos, &c. Chatterton se lastimó un brazo, se rompió las narices, se arrancó la cara, para adquirir un nombre entre los buenos cazadores. Byron se creia dandy, Voltaire gentil-hombre, y el duque de Richelieu poeta; Chatterton fincó su gloria en ser lord y gentleman entre los lores y los gentlemen.

Sin embargo, la vida elegante y fashionable le penetró todos los poros. Poco á poco sus fibras se debilitaron; si tenia voz para decir á Edith algunas palabras de amor, sus labios no podian ya pronunciar las palabras màgicas que hacian estremecer en el polvo los huesos de los héroes muertos en la batalla de Hastings.

A veces experimentaba vivos dolores, y una especie de amarga vergüenza al verse tan pequeño; pero las corrientes del mundo caían sobre él en medio de sus ensueños, y se entregaba al movimiento de las ondas.

Por fin al cabo de un año hizo un esfuerzo para abandonar una vida tan agitada y tan ociosa.

—Vamos á Italia, dijo á lady Chatterton.

Lady quedó encantada con la idea del viage.

Mandó hacer un coche à su carroceros. Dentro del coche habia cama, bufete, mesa para escribir y biblioteca. Por supuesto, el coche era enorme. Lady Chatterton queria que su hija, que tenia seis meses, y la nodriza y el aya de su hija, cupiesen en el carruaje. Los otros criados irian en otro coche. Llegaron los caballos de posta, y los viajeros marcharon à Douvres al galope.

—Italia! decia el poeta, allí estaré solo, allí estaré libre, allí podré entregarme à mis ensueños sin temer ser despertado.

Lady Chatterton llevaba cartas para todas las ciudades de Italia. Quiso pasar el Carnaval en Venecia y la Semana Santa en Roma. En Roma y en Venecia Chatterton volvió à encontrar los *routs* con el nombre de *conversacione*; volvió à encontrar los bailes y los conciertos, las visitas y los paseos à caballo, los amigos, los parientes, los ociosos. Londres, en fin, bajo un cielo mas dulce.

Si en una hermosa noche se iba à pasear al mar, lo seguian en góndola lord Gracepel y lord Dandy.

Si subia al cràter del Vesubio, como René al del Etna, veía allí la larga cara de un lord compatriota que decia à su lady: «*Very fine exhibition, very fine nideed!*»

O al baron de Thunder-ten-tronk, hablando con entusiasmo de su castillo de Westfalia, el mejor de

los castillos posibles y de su filósofo Pangloss, el mas grande de todos los filósofos.

O al presidente frances Dupatty, orgulloso de hablar con un inglés de *Newton and liberty* y de ensayar con él, el estilo alambicado de sus Cartas sobre la Italia.

Chatterton se volvió à Lóndres furioso.

—Edith, *mia cara*, dijo, qué dicha seria encerrar nuestra vida en el interior de nuestra casa, no ver à nadie, no ir à bailes, no hacer viages y crearnos una soledad para nosotros en el castillo de Amundeville!

Chatterton pasó dos dias en Lóndres. Comunicó su proyecto à lady Fitz-Fulk. Lady Fitz-Fulk se encolerizó; Chatterton no cedió, y dijo en voz alta que se retiraba al campo para no ver à nadie.

—Y vuestros amigos? preguntó lady Fitz-Fulk

—Ni un amigo, dijo Chatterton.

—Y vuestros parientes?

—Ni un pariente.

La resolucion de lord Chatterton hizo mucho ruido en el mundo. Durante un mes fué el objeto de todas las conversaciones en los salones. Cada cual esplicaba las cosas à su modo. Lord Chatterton se habia arruinado; era avaro, estaba zeloso. El castillo de Amundeville encerraba una bella prisionera que era preciso libertar, y aunque ya no estaban

de moda los usos de la edad media, mas de un galante caballero trató de dar cima á la aventura. Estas tentativas disgustaron à Chatterton con cien amigos y con mil parientes. Pero, por qué no pasa uno cuando marcha á la gloria?

Chatterton y su hermosa lady hicieron un pequeño Parnaso en el castillo de Amundeville. Los necios rumores de Lóndres morian, sin poder pasar al traves de aquellos tapices de césped, y las brisas de la noche se impregnaban de misteriosos cantos de poesía y de perfumes de rosa.

Aquella vida pastoril como la de la Arcadia pareció al principio muy dulce á lady Chatterton.

Miéntas milord hacia su poema, milady leía una novela en el fondo de su corazon. Pero el poema de milord duró mas que la novela de milady, y entónces.... entónces....

De veras que nada es tan fastidioso como un poeta. Esa pluma que cruje sobre el papel, esos ojos que se extravian, esos cabellos que se erizan, esos dedos que se crispan en la frente, esas palabras bruscas y duras que rechazan como molestas interrupciones las espresiones mas tiernas y mas amorosas....

Cuando se acabó la novela de milady, como duraba todavía el poema de milord, milady tuvo que recurrir á otra novela, á un.... á un primito que el mismo milord habia llevado al castillo de Amundeville.... Pobre lord Chatterton!

Por fin el gran poema, hijo de la soledad, y que tanto habia costado, estaba ya concluido. Lord Chatterton marchó á Lóndres; el galope de los caballos parecia lento à su impaciencia. Saludó las humaredas de la ciudad, como si saludara el humo de la gloria, y no pudo detener un grito de alegría cuando se vió en su biblioteca de Chatterton'square.

Chatterton leyó su poema: era la Conquista de la Inglaterra por los Normandos. Todos convinieron en que Guillermo se parecia á Lord Headfool; Harold á Lord Mindless; la reina Edwige à Lady Sinclair; la bruja Etelreda á Lady Pembroke, y que lord Chatterton no habia hecho mas que versificar los mil y un *«use dice de los routs.»*

Raro y singular seria un libro como ese. Seria falso. El gran mundo està tan léjos de ser una Gomorrha, como de ser un Eden. Es un país en que se dice mucho mal, y en que se hace muy poco. Pasan por él sombras de vicios, como por otras partes sombras de virtudes. Los escritores que escuchan por el agujero de la puerta las conversaciones de salon, gritan despues en voz alta, que todas las mugeres están perdidas, y todos los maridos engañados. Y así debe ser, porque no han visto mas que sombras.

Todas las reuniones de Lóndres se sublevaron contra lord Chatterton. Las mugeres se indignaron, los hombres gritaron, los viejos dijeron: «No sucedia esto en nuestros tiempos.»

Lograron alarmar tanto á lady Chatterton, que fué á echarse á los piés de su marido, sollozó, suplicó y juró que sería la mas desgraciada de todas las mugeres, si se publicaba el poema.

Lord Chatterton arrojó al fuego su manuscrito.

Lord Chatterton hizo bien. De qué habia de servirle ser poeta, si era hombre de mundo, rico, elegante? Lord Chatterton aprendió á bailar, á boxear, á beber y á cantar; contó anécdotas, buscó agudezas, y dibujó al paisaje con un raro talento para aficionado; supo hacer maravillosamente mil cortesías á las señoras, y cuando en el rincon de un salon le enseñaban un hombre pálido, grave, tímido y mal vestido.

—Oh! decia en tono de desprecio: es poeta, es artista.

Lord Chatterton fué en breve el sol de un mundo maravilloso. Donde se dejaba ver era de dia, donde no se dejaba ver era de noche, ménos que eso, era un no sé qué sin nombre en ninguna de las páginas del diccionario de la moda.

Las mugeres buscaban su conversacion como un hermoso adorno de tocador. No habia gala que mas embelleciese, que una palabra de lord Chatterton.

La *toilette* mas deslumbrante para una lady era atravear un rout dándole el brazo, y para una dandy, decirle: Tom, mi querido Tom, y apretarle la mano.

Para ponderar la elegancia de una fiesta, se decia: Estuvo lord Chatterton; para elogiar á un sastre: Es el de lord Chatterton.

Hay dos reyes: un poeta, y un hombre á la moda.

Chatterton no habia hecho mas que cambiar de trono.

En lo regio del poeta hay algo de terrible: la multitud lo admira; pero se aleja de él. El poeta vive solo, no es dios, ni hombre; se le eleva un pedestal para no tocar su mano, y sobre su frente se pone con la corona un velo, como se hace con los parricidas. Parece que su vida debe ser una escapacion.

El hombre á la moda es muellemente conducido en un mar tibio y tranquilo, mira rostros risueños, lo rodea la benevolencia universal, la respira, le sirve de aire vital; el mundo lo adora; pero como á uno de los suyos, como la personificacion de sus cualidades, de sus vicios, de su locura, de su lujo. Esa adoracion es casi amor, y ese amor es amor propio, porque el hombre á la moda es el hombre del mundo.

Y luego, qué conversacion la de lord Chatterton! Tenia verba sin pasion, originalidad sin paradojas, gracia, tacto, finura, sencillez. Cautivaba á una tertulia entera con sus palabras, y tales palabras eran ligeras y de colores, como la ala de la mariposa.

Qué amabilidad la de lord Chatterton! La mas fea apariencia lo dejaba descubrir una belleza oculta. Nunca dejaba de aprovechar en cada persona lo que podia prestar materia para un elogio, cosa que es mucho mas difícil que elogiar sin motivo. Sabia descubrir en cada carácter la línea irreprochable, y miraba á los hombres, como se ven cuadros, à buena luz.

Chatterton conversaba tan bien y era tan amable, que bien pronto no tuvo tiempo ni para amar, ni para pensar.

Un pensamiento es algo como esas apariencias mágicas que el gitano evoca en el cristal de un espejo.

Al principio es una nube ligera. Si la vista permanece fija en el cristal, la nube toma cuerpo poco à poco. Si persevera uno, la nube se condensa, adquiere formas, color, cuerpo.

Nuestra imaginacion es el espejo. La vista es la reflexion, el mágico es el dolor, ó el amor, ó el entusiasmo, todo lo que obra vivamente en nuestra fibra poética; la musa, en una palabra.

Y la musa se retiraba poco à poco de lord Chatterton.

El dolor? No lo conocia; se habia quedado inmóvil en la vida como el nadador en una onda tranquila. Habia una superficie muelle y dulce que la sostenia sin sentir.

El entusiasmo? El veía todo demasiado cerca para entusiasmarse. El hombre de mundo practica admirablemente el precepto del sabio, *Nihil admirari!* y esto lo hace tanto mas fácilmente, cuanto que hace ménos caso de los demas.

El amor? Lo he dicho ya, Lord Chatterton no tenia tiempo para amar. El Dios Cupido busca la soledad y las ilusiones. Las emociones del corazon son como las esencias preciosas; se evaporan al aire libre.

Hay, ademas, una pereza del corazon, como hay una pereza del entendimiento. El amor es un trabajo como el pensamiento. Los voluptuosos no tienen fuerza para amar.

Puede tambien decirse del amor que le gustan las profundidades. No es una fábula vana la que lo pinta con flechas. Lord Chatterton no le presentaba mas que superficies; el amor se resbalaba por encima.

Sigamos nuestra progresion.

Chatterton habia comenzado por echar su alma à la superficie. Se operó en él una doble metamorfosis; el pensamiento se volvió talento; el amor, amabilidad.

La pereza penetró pronto al traves de una naturaleza tan superficial.

Entónces aquel talento y aquella amabilidad ne-

cesitaron estimulantes para aparecer. Lord Chatterton, tan brillante, tan encantador para la multitud de un *roué*, no pudo hallar ni una palabra para Edith en la soledad del *home*.

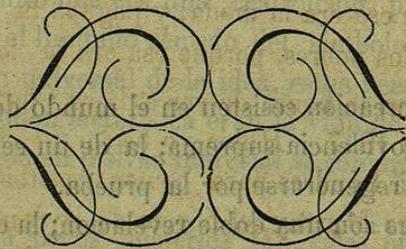
Todo su ser psicológico había sufrido las mismas modificaciones.

Su orgullo era vanidad. Su sed de gloria se había convertido en deseo de agradar. Su sensibilidad tan nerviosa, tan susceptible de exaltación por el dolor ó por el placer, no conocía mas que la diversión ó el tedio.

Se entregaba al movimiento del mundo como un jinete que se deja llevar de su caballo. Iba á los bailes porque otros iban. Pasaba en Lóndres dos meses porque esa era la moda, y pagaba la contribucion para los pobres, porque esa era la ley.

Cuando tuve la honra de ver á Lord Chatterton, era el año de 1817. Había yo hecho un viage de poco tiempo á Lóndres para comer *roastbeef* con mi buen amigo Murray, el librero de Byron. Murray se interesaba mucho por un pobre jóven que hacia lindos versos; pero que se moría de hambre. Como había yo tenido ocasion de hacer algunos servicios á lord Chatterton durante uno de sus viajes al continente, me encargué de solicitar del noble lord algun alivio á la miseria del poeta. Encontré á Su Gracia en uno de sus mas hermosos sa-

lones de Chatterton'square. Era un viejito muy colorado, muy gordo, muy aseado, y jugaba una partida de tric-trac con un sobrino suyo, futuro heredero de su dignidad de par. Lady Chatterton miraba bailar, á la música del piano, à un enjambre de niñas. Me recibió con mucha gracia, tuvo la bondad de acordarse de mi nombre y de presentarme à Lord Chatterton. Milord me escuchó con mucha cortesía, me fué á dejar hasta la puerta para despedirse y me dijo: «Lo siento mucho, señor Bach; pero nada puedo por vuestro amigo, tengo mis pobres, ya veis, y mis inquilinos no me pagan.»



IV.

HELIOGABALO.

Desde la creación existen en el mundo dos ideas: la de una providencia suprema; la de un ser decaído que debe regenerarse por la prueba.

Estas ideas son una doble revelación; la de la palabra divina; la del símbolo material.

El universo es un símbolo, decían los pitagóricos. En efecto, la influencia de los rayos del sol en la vegetación, no es un emblema de la Providencia suprema? La tritiseza del invierno y las flores de la primavera, no son emblema de la prueba y de la regeneración?

El mundo antiguo estaba dividido en dos clases de gentes: el vulgo y los iniciados. Los iniciados contemplaban á toda luz estas ideas en sus misterios; el vulgo las adoraba veladas en sus símbolos.

El sol era adorado bajo los nombres de Osiris, de Baal, de Hércules; la naturaleza fecundada por el sol era Cibéles, Astarte, Isis; la naturaleza abandonada por el sol en invierno y animada después por él en primavera, tenía el nombre de Adónis muerto y resucitado.

El idealismo del santuario se materializó en el templo; y como en la carne hay algo malo, como las ideas generales y cosmogónicas se traducían por medio de signos que representaban hechos particulares y humanos, como á esos signos se tributaba un culto que era una realización práctica mas bien en el limitado sentido del símbolo que en la acepción universal de la idea, estas verdades que en su desnudez metafísica eran la vida de la raza humana, con su disfraz material se convirtieron en veneno.

Habia pocos misterios tan ricos en tradiciones como los misterios egipcios de Isis y de Osiris.

Habia pocos símbolos tan impregnados de voluptuosidad como el culto de los dioses sirios Baal y Astarte.

Si bajo una alegoría trasparente se quiere descubrir el espiritualismo de los misterios de Egipto,

basta leer el *Asno de oro* de Lucio Apuleo, sacerdote de Osiris.

Si se quiere estudiar la influencia que ejerce en el alma el materialismo de los símbolos, basta leer la vida del sacerdote de Halgah-Baal que fué emperador romano.

Mas tarde vino el cristianismo para hacer caer la corteza sensualista que cubria las ideas eternas, y para reunir à todos los hombres bajo la palma de oro de la iniciacion.

II.

La Siria es un país delicioso. Su cielo es azul como el cielo de la India. El aire está poblado de pájaros que se alimentan de abejas y que tienen alas de colores. El mar es tibio y trasparente. Los muros de sus ciudades son blancos como la plata, y la arena de sus costas es roja como la púrpura.

Puede verse allí una ciudad que se llamó Eden, y un rio que tuvo el nombre de Adónis.

Los árboles son palmas de rubia cabellera y de gentil y esbelto tallo y algarrabos de hojas bronceadas y de relumbrantes troncos.

El sol dora con sus rayos las flores del nopal y los frutos aromáticos del naranjo. El cedro ennegrece la nieve de las montañas, y los valles donde corren las gacelas están entapizados de anémonas y llenos de limoneros, de granados, de higueras, de moreras, y de lanrel-rosa.

Los nombres de las ciudades de Siria son: Tiro, Antioquía, Palmira, Emeso, Damasco, Sidon.

Emeso està á las orillas del Oróntes. Emeso no ve el mar como Tiro, Damasco y Antioquía, pero ve el Líbano.

Sus casas blancas como el lirio están lavadas por las aguas del hermoso rio Oróntes, que es rápido como una ave y diáfano como el cristal. El cielo es puro y en el horizonte se confunde con las cimas del Líbano. Cuando la luz del dia colora esas cimas nevadas, se tiñen de color de lila, de rosa, de perla y de oro. Se mira á lo léjos un punto lejano, lleno de luz y vago como un vapor y la vista no puede descubrir donde concluye el cielo, ni donde comienza al Líbano.

En Emeso es donde se elevaba el templo de Halgah-Baal, de que fué gran sacerdote el jóven Antonio ántes de ser emperador.

El templo estaba sobre una colina. A sus piés tenia el rio y la ciudad. Estaba enfrente de la fantasmagonía de las nubes del Líbano, y la brisa le llevaba el perfume de las rosas del valle.

Bosques de olivo, de dátiles y de sicomoros lo co

ronaban de sombra y de frescura. Bajo el follage un gran lago reproducia la movable verdura de los árboles y el azul purísimo del cielo. En el lago habia una multitud de peces blancos y color de oro, de todos tamaños: algunos de estos peces tenian collares de perlas y todos eran sagrados, tenian nombres é iban á donde se les llamaba.

Las cosmogonías de Oriente dicen que el mundo salió de las aguas. Esto es una tradicion del diluvio. Habia un altar en medio del lago y á nado se iban á ofrecer flores é incienso.

El templo miraba al Oriente para saludar al sol.

Veíase primero una fachada inmensa con pórticos y con columnas como en Palmira. En Egipto y en Asia las columnas son simbólicas; figuran la llama y los rayos del sol.

En medio se elevaban dos de esas groseras imágenes que en las religiones simbólicas representaban la idea de la reproduccion.

Las puertas, los enrejados y el techo eran de oro.

Todo eshalaba un olor suave como los perfumes de la Arabia Feliz, y ese olor no cesaba jamas.

Los sonidos de la música y los fulgores de la iluminacion llenaban continuamente aquella atmósfera embalsamada; y trescientos sacerdotes con túnicas de lino y con tiaras de oro en la cabeza, adora-

ban en medio de una nube de incienso á los cinco dioses, Gad-Baal, Baal-Phegor, Halgah-Baal, Baal-Samen, Baal-Zebub, y á las tres diosas Baalis-Astarte, Baalis-Benoth, y Baalis-Derceto.

Halgah-Baal era el dios del templo. No tenia estatua. Una de aquellas piedras brutas llamadas betheles ó betylíos, recibia en su nombre las ofrendas de los sirios. La piedra era negra y de forma cónica. Halgah-Baal era el gran dios, el dios inefable, el sol considerado como criador y como conservador.

Baal-Phegor representaba al sol en su poder de fecundación.

Gad-Baal era el sol dando los oráculos, Phœbus-Apolo.

Baal-Samen, en lengua asiria significa dios del dia; Baal-Zebub, dios de las moscas que nacen y que viven en un rayo de sol.

Astarte-Baalis era una estatua de oro sentada en un trono tambien de oro, tenia tres cabezas, una mitra y torres como Cibéles y una corona brillante. Una alba cubria su cuerpo, sobre la alba tenia una túnica, sobre la túnica una faja con los doce signos del zodiaco, figurados con perlas y esmeraldas. Habia dos leones á sus lados. En la mano izquierda tenia un tímpano y un caduceo; en la derecha el rayo, en los brazos insectos, flores, frutos, un arco y una antorcha. Era la gran diosa, la esposa

de Halgah-Baal, la luna iluminada por el sol, la naturaleza vivificada por sus rayos.

Baalis-Benoth era la Vénus latina, Baalis-Derceto, la Afrodita griega; estaba representada con cola de pescado, como símbolo del mundo salido de las aguas.

Todos estos ídolos eran de oro, y estaban resplandecientes de pedrería. Sobre los altares se veían preciosas ofrendas, que venían de la Arabia, de la Asiria, de la Fenicia, de la Capadocia y del Ponto.

Los sacerdotes se adornaban como si fueran mugeres. Rasuraban cuidadosamente el vello de sus cuerpos y de su rostro. Se pintaban de blanco y de rosa su cútis perfumado. Se ajustaban con gracia sus largas túnicas, y sobre el alabastro de sus brazos y de sus manos sembraban un número infinito de brazaletes y de anillos de oro.

Bailaban delante de sus dioses y cantaban himnos al son de los instrumentos. Las mugeres tomaban parte en estas ceremonias. Luciano y Selden nos han transmitido sus pormenores; solo la pluma de un cínico ó de un sabio podía describirlas. Yo diré únicamente que eran el símbolo de la idea de la reproducción de los séres, revestida de sus formas mas voluptuosas.

En el templo de Emeso se celebraban tambien la muerte y la resurreccion de Adónis.

III. esto, la Afrodita griega, representada con cola de pescado, como símbolo del mundo salido de las aguas.

El templo de Emeso. — Están cerradas las puertas de oro. — Arden lámparas en los tripiés. — El joven Antonino duerme en un lecho de rosas. — Una túnica de oro con franjas de lino, y mangas anchas á la siria, baja hasta sus talones. — Tiene en la cabeza una corona de perlas y de piedras preciosas de todos colores. — En el lecho se ven cinceladas figuras alegóricas. — Es el lecho de Adónis, tal cual lo describe Teócrito.

HALGAH-BAAL, GAD-BAAL, BAAL-PHEGOR, BAALIS-ASTARTE, BAALIS-BENOTH.

HALGAH-BAAL.

Las gingras y las abubas han llorado bastante bajo estas bóvedas por la muerte de Adónis. Que las aves bañen sus alas en el azul del cielo, y que

las mugeres de Siria impregnen sus cabellos de agua de rosa y de íris. Mi piedra negra ha sentido los rayos del sol. Adónis va á resucitar.

BAAL-PHEGOR.

No me gusta que las mugeres corten sus cabellos; no me gusta que los sacerdotes inflen las mejillas para soplar sus gingras. Amo los sonidos de los panderos, de los triángulos y de los tímpanos, cuando las mugeres bailan con los sacerdotes.

BAALIS-ASTARTE.

Ven á mis brazos, hermoso Adónis; mis dos leones han mugido ya, mis gacelas se han estremecido, y mis mariposas blancas han extendido sus alas. Mis flores se han teñido de púrpura y de azul.— Mis frutos están ya cubiertos de pelusa, para que los cojan tus manos delicadas, y mi antorcha que se consume, quiere arder sobre tu seno.

BAALIS-BENOTH.

Las hijas de Emeso han engalanado sus frentes con guirnaldas de anémonas. Tienen ojos negros, dientes de perlas y labios purpúreos. Destilan miel los labios de las hijas de Emeso y el amor brilla en sus ojos. Sus albos pechos están devorados de deseos, y ellas dicen: Adónis, no apurarás la miel de nuestros labios, ni el amor de nuestros ojos?

ANTONINO.

(Despierta y mira en su derredor.)

Estoy solo, las puertas de oro están cerradas. Tanto perfume me ha embriagado. Siento que me sucede algo extraño. El recuerdo de aquellas mugeres que sonriendo he visto deslizarse en nuestras fiestas, llena mi sangre de llamas desconocidas. Tiemblo y languidezco. Quisiera yo ser la flor que perfuma sus cabellos, y me parece que moriría si gustara un beso de sus labios.

(Se levanta y quema incienso al dios)

Halgah-Baal.)

Halgah-Baal, hoy voy á cumplir quince años. No sé qué calor circula por mis venas. Mil fantasmas de voluptuosidad se aparecen en mis sueños, y no me bastan mis túnicas bordadas de perlas.

HALGAH-BAAL.

Los estambres del loto atraen con amor el dorado polvo del pistilo. El insecto vestido de verde busca al insecto entre la yerba, y las palomas sagradas vuelan en pos de sus compañeras á las copas de los olivares. Tú eres como las aves, como los insectos y como las flores.

BAALIS-BENOTH.

Eres jóven y eres hermoso. Bebe, come, ama; lo demas no es nada.

ANTONINO.

Quisiera yo aspirar en un solo soplo el aroma de todas las flores, y contemplar en una mirada las formas de las mugeres todas. Quisiera tener la tierra entre mis brazos, como el viejo Océano. Quisiera gustar los dátiles de Siria y los higos de Atenas, el vino blanco de Mendes, y el rojo de Scyatha; quisiera tener los carros de Sicilia y los vasos de Toscana, los tapices de Cartago y los lechos de Mileto. Para todo eso no necesito mas que dos cosas: que jamas me falte oro, y que los hombres sean mis esclavos.

GAD-BAAL.

Verás realizados tus deseos.

ANTONINO.

Oh Dioses!

GAD-BAAL.

Escucha. Los astrólogos me atormentan á menudo para conocer el porvenir. Me consagran estatuas que llaman Teraphim. Ahogan á un niño, á un primogénito, le cortan la cabeza y me la ofrecen embalsamada, y yo la acepto con placer. Pues bien! mis labios de oro son muchas veces mudos para los astrólogos. Seré menos cruel contigo: Antonino, la púrpura imperial te espera en el Palatino.

ANTONINO.

Seré emperador!.....

HALGAH-BAAL.

Ha hablado el oráculo. Roma es la señora del Universo; César es el señor de Roma: tú serás César. Y yo que soy tu dios, seré llevado por tí á Roma y gobernaré á César y al Universo.

LOS DIOSES Y LAS DIOSAS.

A Roma! A Roma!

ANTONINO.

Lo juro.

LOS DIOSES Y LAS DIOSAS.

Adónis ha resucitado.

(Se abren las puertas.— Se escuchan los acentos de la música.— Antonino se acuesta en su lecho de plata.— Los trescientos sacerdotes de Halgah-Baal vestidos con largas túnicas de lino entran en dos filas.)

CORO DE SACERDOTES

Toquemos con el plectro las cuerdas de la lira y con el cetro el nablum real. Suba al cielo la armonía de nuestras voces, mientras que la aguja de plata tañe el lyro-phenix.

El alegre tímpano, el triángulo y los timbales han reemplazado á los floros y á los gemidos. El jabalí que pisoteaba los lirios y los narcisos se ha retirado á su fangoso pantano. Toquemos con el plectro las cuerdas de la lira y con el cetro el nablum real. Las flores y las aves van á volver á Adónis.

(Entran las mugeres de Emeso coronadas de flores.—A su cabeza vienen jóvenes tocadoras de flauta.—Triángulos y timbales y tímpanos.— Bailan y se colocan en actitudes llenas de languidez y de voluptuosidad.)

CORO DE LAS MUGERES DE EMESO.

He soñado á un jóven sin barba.... no! era un dios.

Tenia hermosos cabellos negros rizados y perfumados con esencias, tenia hermosos ojos negros y aterciopelados que me hacian ruborizar.

He soñado á un jóven sin barba.... no! era un dios.

Tenia el rostro blanco como la nieve de la montaña y los labios rojos como las arenas de las costas.

He soñado á un jóven sin barba.... no! era un dios.

Tenia una túnica de púrpura y una corona de

perlas, y cuando me habló mi corazon se derritió como la miel á los rayos del sol.

He soñado á un jóven sin barba.... no! era un dios.

(Entran Scemisa, madre de Antonino; Moesa, madre de Scemisa, Gannio, Eutiquio, oficiales romanos de la legion de Emeso, pueblo, soldados, &c.)

UN SOLDADO.

Por Hércules! Este adolescente que representa el papel de Adónis, es tan hermoso como Baco.

SEGUNDO SOLDADO.

Es de raza romana, y puede llevar tras de su carro imágenes augustas; es hijo de Antonio Caracalla.

PRIMER SOLDADO.

El nombre de Antonino es querido de los romanos.

SEGUNDO SOLDADO.

Si lo viérais vestido como los galos! Podria uno jurar por las águilas de la legion, que es la sombra de Bassiano, sobre todo si conoció uno al emperador cuando era niño.

UN OFICIAL.

César es demasiado severo con las legiones.

SEGUNDO OFICIAL.

Antonino Caracalla era mejor para nosotros.

PRIMER OFICIAL.

Ni un sestercio de gratificación.

SEGUNDO OFICIAL.

Y sueldos tan bajos.....

PRIMER SOLDADO.

Y creéis que la madre de este jóven tenga mucho oro?

SEGUNDO SOLDADO.

Lo bastante para llenar nuestros cascos diariamente, durante veinte años.

SEGUNDO OFICIAL.

Creéis que se nos devuelvan nuestros privilegios y nuestro sueldo doble?

PRIMER OFICIAL.

Así me lo han jurado Eutiquio y Gannio.

MOESA.

Eutiquio, hasta cuando volveré á ver el Capitolio y la Casa Dorada? Este destierro me mata.....

EUTIQUIO.

Hoy está radiante nuestro Antonino. Los soldados lo contemplan con admiración.

GANNIO.

Acabo de recorrer todos los grupos. Macrino está aborrecido, y todos adoran á Antonino. Ha llegado el momento de obrar.

(*Los sacerdotes mecen sus incensarios.—Nubes de aromas se elevan en el Templo.—Las estatuas de los dioses se agitan en sus bases.—Se levanta Antonino.*)

LOS SACERDOTES, LAS MUGERES Y EL PUEBLO.

Eloim! Eloim! Adónis ha resucitado!

IV.

La noche siguiente fué una de las mas bellas de la primavera; el aire estaba tibio; las palmas y los sicomoros se dibujaban en el cielo, vagos aromas subían á las estrellas, el Oróntes murmuraba entre las rocas, y las ciervas á la luz de la luna saltaban rompiendo las hojas de los olivos.

Oyóse un ruido de armas y caballos.

Brillaron muchos cascos.

Un centurion dió órdenes en voz baja.

Pasó una litera conducida por dromedarios.

En ella iban Mœsa, su hija y Antonino, que se dirigian al campo de la legion romana.

Eutiquio y Gannio iban á caballo á ambos lados de la litera.

— Hermoso Gannio, decia Scemisa, tengo zelos de la luna que brilla en tu casco y baña tus cabellos. Cuando te miro, creo ver á Endymion. Si mi hijo es Augusto, me casaré contigo y serás César.

— Eutiquio, decia Mœsa, concluyó mi destierro, y seré abuelo del emperador.

— Gad-Baal, decia en voz baja Antonino, tú me lo has predecido.

De este modo se prometian el imperio del universo un niño y unas mugeres que unos transfugas conducian secretamente de noche por un campo de la Siria.

— Hé aquí el campamento, dijo el centurion.

— Estais seguro, preguntó Gannio, de que todos los legionarios se declararán en favor nuestro?

— Podemos contar ya con un gran número, y su entusiasmo arrastrará á los demas.

— Está echada la suentel exclamó Mœsa.

Bajó de la litera, tomó á Antonino de la mano y entró al campamento. Scemisa trémula se apoyaba en Gannio.

Los soldados rodearon al jóven Antonino. Lanzaron gritos de entusiasmo, le pusieron un manto de púrpura, lo llevaron en triunfo al sagrario, donde estaban las águilas y las estatuas de los dioses, y lo proclamaron emperador. La legion entera abandonó sus tiendas y no se cansó de admirar la gracia y la belleza del nuevo César; el nombre de Caracalla pasaba de boca en boca. Llenaron de lodo las imágenes de Macrino y cerraron las puertas del campamento para sostener un sitio si fuese necesario.

Macrino estaba en su palacio de Antioquia. Hablaba en voz baja y andaba con gravedad para imitar á Marco Aurelio; llevaba en la frente una diadema como los medos, dormia en cojines de seda, daba espectáculos y escuchaba la música hyperlidia. Era un egipcio que habia cambiado la sortija de fierro del liberto por el anillo de oro del emperador. Acababa de hacer la guerra á los armenios y á los parthos, y cuando supo que á orillas del Oróntes que mezclaba sus aguas á las del mar para lavar los muros del palacio imperial, un niño habia sido proclamado Augusto por una legion, se sonrió y mandó algunas tropas con un prefecto del pretorio, para escarmentar á los rebeldes.

El prefecto Didio llegó hasta el Oróntes. Iba mandando antiguos soldados romanos y un cuerpo de caballería de Numidia, que con orgullo recordaba que Macrino era un moro de Cesarea.

Algunos días despues un ginete atravesaba las calles de Antioquía, y se dirigia al palacio del emperador.

— César, dijo, te traigo la cabeza de Antonino.

El emperador abrió una caja que estaba cerrada con el sello de su prefecto. Tembló, retrocedió. . . . era la cabeza del prefecto Didio.

El mensajero habia desaparecido.

Didio habia sido vencido sin combatir. Sus tropas se habian dejado seducir por la vista de Antonino y por el oro de Mœsa. Los soldados se habian unido à los rebeldes de Emeso, despues de haber degollado à sus centuriones, à sus tribunos y al prefecto Didio.

El emperador se apresuró à reunir sus legiones. Salió de Antioquía y no tardó en encontrar al ejército de Antonino, que le ofrecia resistencia, à las órdenes de Gannio.

El hermoso Gannio, que hasta entónces no habia dirigido mas que tocadoras de flauta, dispuso à sus soldados como si fuese antiguo cónsul; les dirigió un discurso à la manera de los héroes de Homero, y comenzó la batalla. Al principio, los pretorianos de Macrino desordenaron las filas de Gannio; los soldados abandonaban sus águilas y huían; Mœsa y Scemisa bajaron de sus carros; se precipitaron en medio de las armas y conjuraron à los fugitivos à volver contra el enemigo, miéntras que el jóven An-

tonino, montado en un caballo blanco, con la cabeza descubierta y el cabello ondeando sobre su manto de púrpura, blandia en la mano una espada y escitaba à sus soldados al combate. Las tropas del emperador cedieron à su vez. Macrino huyó cobardemente, y los pretorianos viéndose abandonados por su gefe, se pasaron à las filas de Gannio.

Las ciudades de Cilicia, de Capadocia y de Bitinia, vieron pasar à un hombre pálido, con la cabeza cubierta de un cucublum, y el cuerpo envuelto en una lacerna de lana parda; iba en un carro, y para que le dieran caballos pretendia ser correo del emperador. Era el mismo emperador romano que se dirigia à Roma, despues de haber sido vencido en Siria por un niño.

Cuando estuvo en Calcedonia, necesitó dinero; lo mandó pedir al intendente, y este funcionario lo puso preso. Llegó entónces la caballería de Gannio, persiguiendo al emperador. Se apoderó de él y lo condujeron à la ciudad de Archelaïs.

Allí supo Macrino que habia sido degollado su hijo Diadúmenes. En su dolor se precipitó de su carro y se rompió la espalda. Como en tal estado no podian hacerlo viajar, le cortaron la cabeza y la ofrecieron à su sucesor.

V.

Un salon del palacio de Antioquía.—Se ve el mar de Siria y la embocadura del Oróntes.—El cielo está tranquilo.—Pasan algunos buques con sus velas desplegadas.—Antonino está reclinado en un clysmos, silla de Mileto con el respaldo muy tendido.—Su trage tiene forma fenicia, con mangas á la manera de las que usan los medos.—Su corona imperial se asemeja á una tiara.—Tiene puestos muchos collares de perlas.—Sus brazos están llenos de brazaletes, y en sus dedos brillan anillos de oro y de piedras preciosas.—Un puñal persa pende de su cintura.

ANTONINO, TOCADORAS DE FLAUTA, BAILARINAS, BAILARINES, MÚSICOS, MÁGICOS, ASTRÓLOGOS, ESCLAVAS, con canastos de flores, ESCLAVOS, con cazoletas de incienso, PARÁSITOS, GUARDIAS &c.

PRIMER PARÁSITO.

La voz de César es melodíosa como la de los poetas, y cuando canta, las ondas del mar de Siria se olvidan de mirar el cielo.

SEGUNDO PARÁSITO.

He visto que tres delfines salian sobre las ondas, cuando César pulsaba las cuerdas de su lira. . . .

TERCER PARÁSITO.

He visto que las golondrinas se detienen en el aire cuando César baila al son de la flauta lidia y de los triángulos frigios.

PRIMER PARÁSITO.

El palacio de César es una vialactea. Se pisan lirios y las piedras preciosas deslumbran la vista.

SEGUNDO PARÁSITO.

El palacio de César es el palacio de Thétis; el mar lava su pórticos de mármol, y lo visitan ninfas de ojos azules.

TERCER PARÁSITO.

El palacio de César es el Olimpo, en él se respira incienso, se bebe néctar, y se mira á los dioses.

ANTONINO.

Maghul! Maghul!

UN MÁGICO

César, qué me quereis?

ANTONINO.

Estoy fastidiado. Quisiera ver que tu barba se convirtiera en papagayo, tu túnica negra en alas azules, tus compañeros en gatos; mis astrólogos en flores, y mis parásitos en moscardones.

EL MÁGICO.

Si Vuestra Eternidad me permite traer mi esqueleto, mis dos cráneos, mi rata, y mis dos narices que corté ayer á los crucificados.

ANTONINO.

No, no, Maghul! Todo eso mancharia nuestros párpados imperiales. Qué dices de mis amuletos!

EL MÁGICO.

El mono y el pescado.

ANTONINO.

Me libran de todo peligro durante el viage, no es verdad? Bien, Maghul, merecemos la proteccion del cielo y del infierno porque honramos á los dioses y á los mágicos. Quisiera estar en Roma. Las uvas de Damasco me irritan los ojos. Cuando podré ver las viñas de Alba y de Sabinum!

(*Entra Mæsa.*)

Vereis cumplidos vuestros deseos *avia mea*. Voy à marchar à Italia. He apurado la copa de Antioquía sin dejar ni una gota para las libaciones de los dioses. Roma es el vaso de Hércules, es el elefante. Hé ahí el cráter que necesita nuestra Eternidad.

MOESA.

Mucho tiempo hace que mis deseos me llaman á Italia.

ANTONINO.

Qué teneis, *avia mea*? Pareceis triste; estais como el maestro Gannio.

MOESA.

Me entristece ver que os olvidais mucho de que sois emperador romano. Esa túnica de seda, esas mangas tan anchas, y esa tiara sacerdotal os dan mas bien el aire de nieto de Sardanápalo que de hijo de Caracalla.

ANTONINO.

No os atormenteis, *avia mea*. Los romanos se acostumbrarán á mi trage luego que yo me presente delante de ellos. Acabo de mandarles mi retrato. Estoy representado en pié, vestido de gran sacerdote, con mi dios negro á mi lado. Escribo á los senadores que coloquen el cuadro en el salon de

sus sesiones, sobre la imágen de la victoria y que todos los días le ofrezcan vino é incienso. Es menester que Roma se prosterne ante Halgah-Baal.

MOESA.

Voy á suplicar á los dioses de Roma que el envío de ese cuadro no os sea fatal.

(*Vase.*)

ANTONINO.

Derramad á manos llenas lirios y narcisos. Esparcid las esencias de rosa. Quiero tener una alfombra de pétalos de flores, y una atmósfera impregnada de deliciosos perfumes. Hermosos jóvenes de largas túnicas y de rizados cabellos, bailaréis al son de las flautas, y tú niña, cuyos ojos son límpidos y azulados como el mar de Siria, vendrás junto á mí, y unirás tu voz al acento de los instrumentos y á los compases del baile.

CANTO DE LA JÓVEN.

Por qué no soy hermosa lira de marfil para estremecerme al contacto de tus dedos?

Por qué no soy rico brazalete de perlas para estrechar tu brazo?

Tu brazo de alabastro, tus dedos de rosa, mi bien amado!

Si fuera yo amuleto dormiría sobre tu seno.

Si fuera yo gota de miel, iría á morir en tus labios.

En tu seno de alabastro, en tus labios de rosa, mi bien amado!

(*Entra Gannio.*)

GANNIO.

Podrá César concederme un momento de audiencia?

ANTONINO.

Habla, Gannio.

GANNIO.

Desearia yo estar á solas con César.

ANTONINO.

Retiraos, y tú bella cantora, dame un beso ántes de partir.

(*Salen los tocadores de flauta y las bailarinas.*)

Y bien Gannio?

GANNIO.

He cuidado de vuestra infancia, ¡oh César! con un cuidado paternal y cuando ha llegado el momento de empuñar una espada por vuestra causa, no ha temblado mi mano.

ANTONINO.

Ni la nuestra tampoco, Gannio. Por Baco! que

esos veteranos jamas habian visto tanta pedrería en manos que blandiesen una espada.

GANNIO.

Veneraria yo vuestra túnica cargada de preciosa pedrería, como la túnica del sol, si siempre cubriera como en aquel día á un emperador magnánimo.

ANTONINO.

Mañana tendremos una túnica como la deseas, Gannio. Qué piedras son mas bellas? las esmeraldas ó las margaritas?

GANNIO.

Consagrais todas vuestras horas à bailes y à festines. No llegan á vuestros labios mas que vinos, besos y rosas. Tocais el timbal y dirigis coros, miéntas que vuestros asesores se cansan en vuestros pórticos.

ANTONINO.

Dirigir coros y tocar el timbal son los deberes de un sacerdote de Halgah-Baal.

GANNIO.

Dar audiencia y hacer justicia son los deberes de un emperador.

ANTONINO.

Un emperador es un dios que bebe néctar en copas sagradas.

GANNIO.

Un emperador manda hombres, y los romanos rompen esas copas, cuando él menos piensa.

ANTONINO.

Fuerza es hacer algo por los romanos. Gannio, mándame á mis asesores.

(Sale Gannio.)

Tiene razon, el deleite no me debe hacer olvidar mis obligaciones. Y ademas, los romanos me matarian..... Mataron á Neron con todo y que era tan buen músico..... Vamos! Gannio verá que la voluptuosidad no me impide tener energía cuando es menester.

(Entran los asesores.)

Se abre la audiencia.

PRIMER ASESOR.

Epístola de Juliano, pro-cónsul de Africa. Tres esclavos de Caio Umbricio se han refugiado cerca de la estatua de César. Se quejan de su amo y Umbricio los reclama. Quid juris?

SEGUNDO ASESOR.

Hay una constitucion.

TERCER ASESOR.

Hay tambien un rescripto.

SEGUNDO ASESOR.

De Divus Antoninus.

TERCER ASESOR.

De Divus Pius.

ANTONINO.

Hablad uno despues de otro.

CUARTO ASESOR.

Gaio.

ANTONINO.

Otro mas!

CUARTO ASESOR.

Libro primero, Instituta.

ANTONINO.

Vamos á ver qué es lo que dice Gaio.

CUARTO ASESOR.

Voy á leer el artículo: «En ningun tiempo podrá hombre alguno, súbdito del imperio romano maltratar á sus esclavos, ni castigarlos fuera de los casos prescritos por la ley.»

ANTONINO.

Pues bien! que los devuelvan á su amo, y asunto concluido!

TERCER ASESOR.

La cuestion ha sido resuelta por Antonino Pio.

ANTONINO, *(aparte.)*

Estos hombres no acabarán jamas. . . .

TERCER ASESOR.

Si César permite.

ANTONINO, *de mal humor.*

Leed! *(aparte.)* Es un verdugo este Gannio.

TERCER ASESOR.

Voy á leer el rescripto. «Antonino Augusto á Marciano, pro-cónsul de la provincia Bética. Se hará una averiguacion sobre la queja de los esclavos de Julio Sabino que se han refugiado cerca de mi estatua.»

(Antonino se queda dormido.)

«Y si resultase que Sabino ha obrado dura ó injustamente con ellos, los venderéis y cuidaréis escrupulosamente de que no vuelvan á su poder.»

ANTONINO, soñando.

Dioné! mi linda Dioné!

SEGUNDO ASESOR.

La constitucion.

TERCER ASESOR.

Conforme à este rescripto es evidente que. . . .

PRIMER ASESOR.

Pero el rescripto no se opone à. . . .

ANTONINO, despertando.

Qué! qué es eso? Qué música tan atroz! Llamad á Gannio al atrio. El será quien en lugar de César juzgue hoy al universo.

(Salen los asesores.)

Temí morirme! Si Morfeo no hubiera venido en mi ausilio. Decididamente el trabajo es una ocupacion que solo conviene á los esclavos ó á los filósofos. Un emperador como yo que usa túnica de seda, no puede manchar sus

mangas con la cera, ni picarse los dedos con el estilete. Pero, y los romanos y Gannio? Ese hombre hace tiempo que raciocina como sabio y me da tantos consejos paternales, que ya se me va haciendo insoportable!

(Entra Eutiquio.)

Ah! Hé aquí mi salvador!

EUTIQUIO.

Qué tenéis, César? Os veo pálido.

ANTONINO.

Gannio acaba de echarme encima cuatro asesores, una instituta, un rescripto y una constitucion.

EUTIQUIO.

La frente de César no debe sentir mas que el peso de las piedras preciosas, y las manos de las lindas mugeres de Antioquía.

ANTONINO.

Gannio quiere que dé yo audiencia y que haga justicia.

EUTIQUIO.

César no debe escuchar mas que flautas y cítaras, y las mejores leyes son las leyes del festin.

ANTONINO.

Gannio me echa en cara las danzas delante de Halgah-Baal.

EUTIQUIO.

El primer deber de un emperador es honrar á los dioses.

ANTONINO.

Gannio quiere dirigirme como si fuera mi padre.

EUTIQUIO.

Se dice que consentís en que se case con vuestra madre Sceniisa.

ANTONINO.

De veras se dice eso?

EUTIQUIO.

Y se añale que debeis asociarlo al imperio, y que él será el verdadero emperador.

ANTONINO.

Llamad á mi guardia.

(Sale Eutiquio.—Entran los pretorianos.)

Soldados! un traidor acaba de atentar contra la vida de vuestro emperador. Esta preciosa ecซิส-

tencia solo ha sido protegida por los dioses y por la fortuna de Roma.

(Entra Gannio.)

El traidor es ese hombre!

GANNIO.

César!

ANTONINO.

Apoderaos del traidor!

GANNIO.

Si así recompensais al hombre, cuyo brazo os ha dado el imperio. . . .

ANTONINO.

Matad al traidor!

GANNIO, á los soldados.

Mataréis al que os guiaba contra Macrino?

(Los soldados vacilan.)

ANTONINO.

Matad al traidor!

GANNIO, á los soldados.

Al que cuidó de la infancia de vuestro emperador!

(Los soldados vacilan.)

tercia solo ha sido protegida por los dioses y por la fortuna de Roma.

ANTONINO.

Entonces me haré justicia por mi propia mano!
(Saca su puñal y hiere á Gannio en el corazón.)

GANNIO, *espirando.*

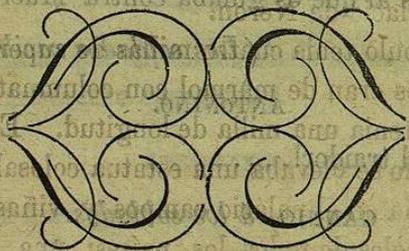
César! César!.... en mí ahogas la voz de tu razón. Contempla tu alma.... ya no hallarás en ella mas que un amo, un tirano, la voluptuosidad.

SOEMISA, *apareciendo en el fondo del salon.*

Oh cielo! Gannio.....

ANTONINO.

Vamos á quemar incienso al dios Halgah-Baal.



un dueño suspiraba melancólicamente; por medio del agua se introducia el aire en sus hondonas de marfil.

El rostro de las águilas parecia un para de las águilas. Los ojos de las águilas parecia un para de las águilas.

La ambición de Mœsa era un para de las águilas. Ella tenia lo que se llama un para de las águilas.

VI.
César! César!.... en mí ahogas la voz de tu razón. Contempla tu alma.... ya no hallarás en ella mas que un amo, un tirano, la voluptuosidad.

Un barco pintado y dorado con velas blancas y jarcias color de rosa condujo de Antioquia á Italia á Antonino, á Mœsa y á Soemisa.

Mœsa pensaba en Roma y en la corte imperial; Soemisa habia olvidado á Gannio y sus cabellos de Endymion; Antonino llevaba consigo su dios negro.

Roma, decia, es la gran magia, es el mundo concentrado en un vaso de cristal, y yo voy á tener en la mano ese vaso tan hermoso.

Antonino se hospedó en la Casa Dorada que habia sido palacio de Neron.

El vestíbulo tenia cuatro millas de superficie; sus tres pórticos eran de mármol con columnatas, y cada pórtico tenia una milla de longitud. En medio del vestíbulo se elevaba una estatua colosal de Neron. Habia en el palacio campos y viñas y bosques de árboles de todos los países; una pajarera con toda clase de aves, un lago trasparente con todo género de peces. El comedor era redondo y giraba como la tierra á cada hora del dia. En él

un órgano suspiraba melodiosamente; por medio del agua se introducía el aire en sus flautas de marfil.

Los techos se abrían como nubes para dejar pasar una lluvia de aromas y de flores.

La ambiciosa Moesa no tuvo nada que desear. Ella realizó lo que ni siquiera soñaron Livia y Agripina. Se sentó en el senado en la silla curul y depositó en su urna su voto, como si fuera él de un senador.

Para Scemisa se formó un pequeño senado de mugeres en el monte Quirinal. La sala estaba embutida de ágatas; las madres-conscriptas se sentaban sobre plumas de perdiz y la tribuna era una especie de lecho. Deliberaban sobre las innovaciones que hacerse debían en los pliegues de una túnica ó en la forma de un brazalete; juzgaban las cuestiones de supremacía: sobre si una matrona tenía derecho de ser conducida en un pilentum ó en un sagmarium, por caballos ó por mulas ó por asnos ó por bueyes, ó en litera de marfil ó de plata; sobre si en el calzado se había de llevar pedrería, ó perlas ú oro.

El dios negro no fué olvidado.

Antonino le construyó un templo en el Palatino. Le consagró hermosos tripiés de oro, cazoletas de oro, cucharas de oro para poner el incienso. La sangre de los toros caía en vasijas de plata. Las libaciones se hacían en sympulas de plata. Los cor-

deros se mataban con secespidas de mangos de marfil. En aquiminaria de mármol se presentaba el agua lustral al aspergillum.

Pero todo todo esto no era bastante Halgah-Baal quería ser el dios soberano de Roma. Antonino mandó que en todos los sacrificios su dios fuese nombrado en primer lugar.

Además mandó llevar al templo de Halgah-Baal á todos los dioses: á Júpiter, á Juno, á Mercurio, á Apolo, á Marte, á Vénus, á las deidades de primer orden, á las inferiores, á los semi-dioses, á los héroes, y todas las cosas sagradas, hasta la piedra de Pessínunte, el palladium de Troya, Vesta, y los escudos de Numa.

Todas las divinidades eran oficiales, pro-cónsules, prefectos, parásitos, cortesanas y criados de Halgah-Baal.

Júpiter era una especie de chambelan, Apolo tocador de flauta, Marte gefe de la caballería, y Hércules gladiador.

Antonino buscó una esposa para Halgah-Baal, porque era triste que estuviera solo en el monte Palatino.

Primero pensó en la diosa Palas de Atenas, y la mandó conducir con la mayor pompa; pero no agradó al dios, y Antonino la despidió.

Antonino se encontraba en un grande embarazo. Por fin conoció que la Vénus de Cartago tenía

seda inflados de viento, ó llenos de plumas de cisne y de perdiz.

Sus mesas eran de plata, los manteles de brocado, y los convidados se limpiaban los dedos con mantilia de lino con franjas de púrpura.

Le pareció que un festin no tenia bastante gracia con el triclinium é imaginó el stabadion y el sigma. Era una mesa en forma de arco, un solo lecho se estendia en semi-círculo en la sala redonda de la Casa Dorada. Aquel festin en que las flores estaban regadas por todas partes y los convidados coronados de rosas, formando un grupo que tenia la figura de una media luna, presentaba un espectáculo encantador.

Sus vasos eran magníficos.

Tenia vasos etruscos, rojos con figuras negras y blancas, vasos corintios de tierra cocida y de madera de Terebinto con dibujos de Théricles, vasos con pintas de púrpura que olian á mirra, vasos de Rhodas perfumados de azafran, de bálamo, y de cinamomo; vasos de todas las formas, con asas, sin asas, en figura de góndola, de pájaro, de cabeza de leon, y de cabeza de muger.

Sus copas eran de vidrio, de cristal, de ámbar, de onyx, de oro y de plata.

A cada plato que en la mesa se le servia cambiaba la corona de sus cabellos, se ponía una de rosas, y despues otras de violetas, de mirtos, de narcisos,

de yedra, de papyrus y rosas egipcios, y de lotus de Alejandría.

Recibia perfumes de todos los puntos del universo: el iris de Elida, la esencia de rosa de Nápoles, el azafran de Rhodas, el nardo de Farsia, la menta de Chipre, la alheña de Egipto, la mejorana de Melos.

Tenia distintos aromas para cada parte de su cuerpo; se perfumaba los cabellos con iris, las cejas con sérpul, la frente con lirio, el rostro con rosa, el cuello con narciso, los brazos con menta, y las manos con nardo.

Se le servian de comer crestas de gallos arrancadas á estos animales vivos; lenguas de pavos y ruiseñores, sesos de tordos y de perdices, y cabezas de faisanes, de canarios y de papagayos.

Cuando iba á sus pórticos para montar á caballo ó salir en sus carros, regaban su camino de rosas y de polvo de plata.

Nunca salian ménos de sesenta carros para acompañarlo; pero de noche algunas veces se escapaba solo de su palacio vestido con un cucullum y una lacerna, para tener el placer de pasearse por Roma sin ser conocido, y para visitar á las cortesanas del circo, del teatro y de los baños.

Pero lo que sobre todo lo recreaba eran las maravillas de la magia.

De todos los paises mandaba llamar mágicos y

astrólogos, y supo con júbilo que en Roma había un abogado llamado Lucio Apuleo que había estado convertido en asno, y que además era sacerdote de Osiris y mágico.

El cubiculum de una casa romana.—Es de noche.

—Está entreabierto el velo de las ventanas.—Se

mira el cielo, ligeras nubes, la luna y las estrellas.—Un lecho cincelado de oro.—Dos sillas.—

Una mesa.—Una lámpara de plata encendida.—

Un hombre sentado, con el pelo corto, y el cuerpo envuelto en un pallium.—En una mano tiene

tabletas, y un estilete en la otra.—Parece meditar profundamente.—En la mesa hay un rollo

de papyrus, una esfera con alas, una cruz de oro, y una calavera.—Este hombre es Lucio Apuleo.

LUCIO APULEO.

Soy lo que ha sido, lo que es, lo que será!....

Misterioso abismo en que se pierde el pensamiento.... el infinito!....

Cuando se rompen las denominaciones de las cosas, cuando se pasa al través de las formas para descubrir las ideas, cuando se levanta el velo de tu estatua, oh Isis! qué extraño asombro embarga el alma del hombre á la vista de la insondable unidad de Dios!

(Mira á la ventana.)

Acaba de salir la luna, las estrellas brillan en el cielo. Qué bella es esta iluminacion de la noche! Dios reviste lo ideal con un magnífico ropage, y yo miro que los mortales adoran ese ropage en vez de adorar lo ideal.

(Se vuelve á sentar y continúa sus meditaciones.)

Sí, en la tierra debe haber iniciados y profanos. Las verdades del santuario no pueden entregarse á la multitud. La tierra es una mansión de prueba. Es menester que no se llegue á la ciencia sin haber pasado ántes por todos los grados de la iniciacion. Los iniciados están en los campos Eliseos, los profanos en el infierno. Es menester que los profanos tengan espiacion, porque el mandó ha sido condenado. Se llega al cielo por medio del ayuno, de la castidad, de la muerte y de la resurrección.

(Toma sus tabletas y se pone á escribir.)

Insensatos! Bajo el velo de la alegoría les he dicho el secreto de nuestros misterios y no me han

comprendido. Han creído en la realidad de mi metamorfosis y me tienen por mágico. Y se entregan á sus goces materiales y se figuran el Olimpo como un teatro de pantomimas en que hay Júpiter-Batilio y Juno-Laís buscando actitudes voluptuosas para provocar los sentidos.

(*Continúa escribiendo.—Entra Antonino, con la cabeza cubierta del cucullum, y con el rostro inflamado.—Su túnica está en desórden.—La lacerna mal ceñida le deja descubierta la espalda derecha.—Trae en la mano una corona de rosas.—Acaba evidentemente de entregarse al libertinage.*)

ANTONINO.

Salvel sacerdote de Iris y de Osiris.

LUCIO APULEO, *sin alzar la cabeza.*

Quién me ha hablado?

ANTONINO.

No lo digas á nadie. . . . el emperador.

APULEO.

César.

ANTONINO.

Para tí no quiero ser César. . . . yo tambien soy sacerdote, sí, soy sacerdote de Halgah-Baal.

APULEO.

Mas de una vez he admirado vuestro amor á esos dios.

ANTONINO.

Halgah-Baal es un númen poderoso. Osiris es un dios agradable y por eso lo he hecho primer cónsul del mio. Tambien amo mucho á Osiris y tengo en mi palacio un cocodrilo, un hipopótamo y un reinoceronte.

APULEO.

Y qué divinidad propicia os ha conducido bajo mi techo á estas horas de la noche, divino emperador?

ANTONINO.

He visto luz en tu ventana y te he visto á tí tambien. Pregunté tu nombre y como eres mágico pensé que estabas haciendo algun conjuro.

APULEO, *mostrando sus tabletas y su estilete.*

Hé aquí, César, toda mi magia y todos mis sortilegios.

ANTONINO.

Nada me sale hoy bien. He atormentado mi imaginacion para idear placeres. Todo es frio, todo me adormece. Dejo las rosas (tira su corona)

esperaba ver aquí tres buhos, tres lechuzas, huesos de ajusticiado, orejas de muerto y un mágico vestido de negro que me divirtiera, y lejos de esto encuentro un abogado con pallium de lana blanca, quien sin duda me hablará de rescriptos y de institutas. (*Se acuesta en el lecho con mal humor.*)

APULEO, *aparte.*

Pobre omnipotente!

ANTONINO.

Como Nabucodonosor te has transformado en bestia. cuéntame esa historia. Me divertirá algo.

APULEO.

Voy á obsequiar vuestros deseos, benigno emperador. (*Aparte.*) Verémos, si comprende la lección que mi fábula envuelve. (*Alto.*) La Tesalia es el país de los magos y de las magas. Yo he estado en Tesalia. Era yo muy jóven, hermoso y rico; pero adoraba á las musas que son castas, y á la diosa Minerva que aconseja la castidad. (*Antonino comienza á bostezar.*) Aún no habia yo respirado el aliento de una muger. En la casa en que yo vivia habia una esclava que se llamaba Fotis. Jamas he visto ojos mas grandes ni mas bellos brillando en una frente de alabastro y bajo una cabellera de ébano que los de Fotis. Por ella olvidé á Minerva

y á las musas, y en sus brazos conocí á Vrnus por la primera vez.—Un dia. (*Antonino escucha con la mayor atencion.*) Fotis me dijo: acabo de ver un extraño espectáculo.

—Qué espectáculo, dije yo á Fotis.

—Acabo de ver que mi ama se ha convertido en buho.

—Tú ama?

—Mi ama.

—Y para qué se transforma en buho tu ama?

—Para ir á visitar á los hermosos jóvenes que ama?

—Fotis, no sé lo que yo te diria si fueras lechuzita.

—Bebe agua de la fuente y vuelve á su forma de muger.

Aquí quedó nuestra conversacion. Al dia siguiente le dije á Fotis.

—Quisiera yo ver lo que tú has visto.

—Qué curioso eres! me dijo.

—Querida Fotis.

—Pues bien, sígueme.

Subimos á lo alto de la casa. Habia un pabellon de madera, abierto por todos lados para recibir los cuatros vientos y poder contemplar los cuatro puntos cardinales. Fotis me ocultó en un gabinete desde donde poder yo presenciar la ceremonia sin

ser visto. El pabellon estaba lleno de plantas aromáticas, de hojas de acero grabadas con caracteres desconocidos y de pedazos de fierro arrancados à los restos de los navíos. Habia ademas clavos con carne de ajusticiados, narices y dedos de cadáveres, vasos llenos de sangre humana, cráneos medio devorados por animales feroces.

(*La atencion de Antonino está en su mas alto grado.*)

El ama de Fotis entró al pabellon y comenzó por derramar aromas en un tripié. Hizo una libacion con leche de vaca, de miel y de agua de la fuente. Inmoló dos carneros negros y sobre las entrañas de las víctimas profirió misteriosas palabras. Despues se quitó sus vestidos hasta quedarse enteramente desnuda, abrió un cafre, sacó algunas esencias y con ellas se frotó todo su cuerpo, se dirigió hácia la lámpara, murmuró dos ó tres palabras en un idioma ininteligible, sacudió suavemente sus miembros, y de repente partió, voló convertida en buho que aleteaba y que gemia.

Fuí à ver á Fotis.

—Mi cara amiga....

—Qué?

—Quiero volverme pájaro.

—De veras?

—Quiero tener alas.

—Pérfido!

—Para estar junto à tí, como el amor al lado de Vénus.

—Adulador! Y si vuelas, dónde he de ir à buscar-te?

—Ah! no. Estoy ligado á una cadena que va de tus ojos à mi corazon.

—Viste lo que hizo mi ama?

—Sí, bien mio.

Me desnudé, me froté, me sacudí. Quise volar; pero estaba yo pegado á la tierra; en lugar de plumas tenia yo un pelo corto, pardo y duro, y en lugar de alas unas orejas enormes. Quise lamentarme y no pude mas que rebuznar. Me habia yo transformado en asno.

(*Antonino ríe á carcajadas.*)

Así fué como se operó la metamorfosis.

ANTONINO.

Qué historia tan divertida! Y cuánto tiempo permaneciste en tan bella apariencia?

APULEO.

Un año entero.... Fuí asno [de ladrones, de mendigos, de buhoneros, de jardineros, me ensillaron, me apalearon y me hicieron padecer à fuerza

de golpes y cansancio! Pero en una hermosa noche de primavera, llegué à orillas del mar, cerca del templo de Isis.

El mar estaba tranquilo y azulado. Me arrojé en la arena y rogué à la diosa que tuviera piedad de mí.

Lucio, me dijo una voz que salía de las ondas; mis iniciados y mis sacerdotes celebran mañana mi fiesta al salir el sol. Vendrán à la playa en procesion, y mi gran sacerdote llevará en la mano derecha una corona de rosas. Tú te dirigirás à mi sacerdote. La multitud te dejará libre el paso. Te comerás las rosas y volverás à ser Lucio Apuleo.

Al dia siguiente por la mañana no habia en el cielo ni una nube, las aves cantaban bajo el follage, y las hojas cantaban tambien bajo el ala del zéfiro. Cuando brillaron las ondas al recibir los primeros rayos del sol, ví que la multitud venia hácia la playa. Era la procesion de la diosa Isis.

Por delante iba una infinidad de hombres vestidos con disfraces. Uno iba de soldado con lanza, casco y coraza; otro de cazador con sable curvo y venablo. Un tercero llevaba ropas de muger: una larga túnica con franjas y zapatos dorados. Mas léjos se veía un gladiador con botines rojos que agitaba en el aire su espada y su escudo. Por la toga adornada con muchas bandas de púrpura y por

os lictores que llevaban sus estandartes se reconocia à un grave magistrado, y à un filósofo por su baston, sus sandalias, su capa de lana oscura y sus barbas de chivo.

Veíanse ademas pajareros con cañas y ligas, pescadores con redes y anzuelos; un oso en una litera adornado como una matrona de la raza de los patricios, un mono con túnica amarilla à la frijia y con una copa de oro en la mano para representar à Ganimedes; un asno con alas que cojeando seguia un viejo, para representar à Pegaso y à Belerofonte.

Despues seguia una multitud de mugeres vestidas de blanco. Llevaban en la cabeza coronas de flores de primavera, y regaban de rosas su camino. Muchas llevaban espejos à la espalda; otras con peines de marfil parecian separar la cabellera de la diosa, y otras derramaban sobre su cuerpo aceites y perfumes.

Luego venian hombres y mugeres con antorchas de cera y lámparas de plata.

Seguian músicos con flautas, trompas y timbales y un coro de jóvenes vestidos de blanco cantaba un himno compuesto para aquella fiesta.

Advirtiósse al pueblo que formara valla para que pasaran las estatuas de los dioses.

Ví que vestidos de lino se acercaban los iniciados, esos astros terrestres, con cirios de plata y oro

los hombres con el cabello cortado y las mugeres perfumadas y con el cabello levantado sobre una diadema.

Los sacerdotes terminaban la comitiva. Llevaban en los brazos imágenes de los dioses Isis, Anubis, Osiris, y Horus, y el gran sacerdote llevaba en la mano la corona de rosas.

Atravesé por entre la multitud que me abrí paso, me acerqué al gran sacerdote, me comí las rosas, mi piel de asno cayó, y aparecí en mi humana forma á los ojos del pueblo admirado.

Lucio, me dijo el gran sacerdote, los males que habeis sufrido os han procurado la clemencia de los dioses. Ni vuestro nacimiento patricio, ni vuestra ciencia profana podian libraros del destino que vos mismo os proporcionásteis, por haber seguido la inclinacion de una juvenil curiosidad, despues de haber debilitado vuestra alma al soplo de la voluptuosidad.

Besé la mano al gran sacerdote, y durante siete dias hice abstinencia de carne y de vino. Fuí puesto en la tumba, resucité y quedé iniciado en los misterios de Isis.

ANTONINO.

Viste una hermosa procesion. (*Se levanta del lecho y se pone bien su lacerna.*) Mañana celebraré la fiesta de Halgah-Baal, y quiero que la pre-

sencias. Te mandaré dar un lugar de honor. Ahí me dirás si la procesion vale tanto como la de la diosa Isis.

(*Vase.*)

APULEO, en la ventana.

Ya se va. La luna ilumina su camino; la luna, hé ahí toda la escolta de César.... Se detiene.... entra á los baños de Caracalla. Va á pasar la noche entre cortesanas y mañana dispondrá las pompas de su dios. (*Vuelve á sentarse.*) Destino extraño! Abrazar el símbolo con tanto fervor y quedarse tan léjos de la idea que el símbolo envuelve! Y ese hombre es así emperador romano?..... (*Vuelve á tomar sus tabletas.*) Octavio Augusto se hizo iniciar en los misterios de Eleusis.

ANTONINO.

VIII.

Antonino bebía hastío en sus copas de oro. Fatigaba su pensamiento en imaginar nuevos deleites voluptuosos. *Vita ejus erat, dice Ælio Lampridio novas exquirere voluptates.*

Pensó que seria un raro contraste arrebatar à una viuda del lecho fúnebre y desolada colocarla en un nuevo lecho nupcial. Quiso proporcionarse este placer y mandó matar à un sénador llamado Pomponio-Basso, que tenia una muger hermosa de la raza de los Antoninos. Se robó à esa muger en el momento en que entregada à su dolor inundaba de lágrimas el cadáver de su esposo, y le declaró que ya no debía llorar, pues tenia que presidir las fiestas y los juegos del circo porque iba à ser la esposa del César. Los juegos fueron magníficos. Se vieron en ellos cincuenta tigres y cincuenta elefantes.

Hubo tambien osos, tigres, panteras, camellos é hipopótamos. Hubo ademas un combate naval entre buques plateados en un lago de vino y de agua de absintio. La triste desposada recibió el título

de Augusta. Al dia siguiente fué arrojada del palacio imperial porque Antonino se fastidió de ella.

Quiso gozar despues del amor de una vestal. Una vírgen arrancada del altar, pálida, suplicante y aterrada con la idea de que iba à atraerse la cólera de los dioses, y de que los hombres tal vez la enterrarian viva, formaba todas las ilusiones de Antonino. Un matrimonio sacrílego; pero que seria visto con placer por Halgah-Baal, un matrimonio inaudito y sin ejemplo en la historia de los pueblos, todo eso le prometia un placer extraño y desconocido.

Habia en el templo de Vesta una jóven llamada Aquilia Severa; su frente era limpia y tranquila, en su mirada habia inefable dulzura, y en su sonrisa mucha gravedad. Se decia que estaba iniciada en los misterios. César la habia admirado en las ceremonias, y se habia recreado en contemplar su velo, sus cabellos cortos y su túnica de lino. Cuando andaba por la ciudad precedida de un lictor los romanos la comparaban à Minerva, y à Diana cuando era conducida en su pilentum tirado por mulas blancas.

César fué en persona à robarsela junto al fuego sagrado. La llevó palpitante à su palacio y le puso en el dedo la sortija de las nupcias legítimas, y ella entretanto desviaba la cabeza y bajaba los ojos. Fué conducida despues à la càmara nupcial y en la

frente llevaba el flammeum de púrpura en lugar de llevar el velo de lino.

— César, decía la virgen, vos sois hermoso; yo soy joven y siento que mi alma se estremece cuando estoy á vuestro lado. Decís que me amais y que soy muy linda; dejadme mi hermosura que consiste en mi pureza virginal y entonces os amaré tanto! . . . Sabeis que Psiquis fué dichosa mientras no conoció á Cupido. Voy á cometer un crimen porque os voy á decir el secreto de nuestros misterios. Psiquis es nuestra alma, Cupido es el amor. Cupido y Psiquis para gozar de felicidad no deben mirar sus cuerpos. Yo os lo ruego, César! dejadme mis velos virginales. . . . Psiquis por haber visto el cuerpo de Cupido bajó á los infiernos y sufrió duras pruebas antes de ser devuelta al dios del amor.

Al día siguiente la vestal habia dejado de ser virgen y Antonino la repudió porque se habia cansado de ella.

No sabia como distraer su omnipotencia. Se vestia de cochero y conducia carros al circo. Pedia paga por esto y recibia monedas de oro.

Reunió á todas las cortesanas del circo, del teatro y de los baños, y formó con ellas un senado, cuyas sesiones presidia. Admitió á su lado á los disolutos mas famosos de Roma. Pronunciaba dis-

ursos entre ellos y discutian todos sus diferentes géneros de voluptosidad.

Hizo conducir su carro por el interior del palacio, tirado por perros, y en público por ciervos, por leones, ó por tigres.

Alimentó sus tigres con faisanes, sus leones con papagayos, sus perros con garzas, y sus ciervos con uvas.

Mandó reunir millares de moscas vivas para verlas volar en vasos de cristal, llamándolas sus abejas domésticas.

Otra vez pidió á la ciudad diez mil arañas, otra diez mil gatos y otra diez mil ratones. Un día mandó reunir al pueblo, subió á una torre y les arrojó piedras preciosas, perlas, monedas de oro, estafas de mucho precio, cabritos, ciervos, carneros y bueyes. La multitud disputaba por apoderarse de todas esas cosas. Se entabló una gran batalla. Hubo muchos muertos y muchos heridos y esto distrajo un poco á Antonino.

Después de una fiesta en el circo, como estaba harto de combates de gladiadores, mandó lanzar sobre el pueblo áspides y serpientes. El temor se apoderó de todo el mundo. Las gentes se oprimian unas á otras para poder salir, hubo un desorden espantoso y muchas personas quedaron ahogadas.

Neron habia gozado del espectáculo de un incendio. Antonino quiso recrearse viendo un naufr-

gio. Entraban al puerto de Ostia tres buques cargados de trigo, los mandó echar á pique y se divirtió mucho con el miedo y la agonía de los marineros que se ahogaban.

Convidó á los principales magistrados de la ciudad, al prefecto de Roma, al prefecto del pretorio para que lo acompañaran á cenar, y obligó á personajes tan graves á beber y á embriagarse hasta caer debajo de la mesa. Cuando estuvieron dormidos mandó introducir al salon del festin todos sus tigres y todos sus leonos domesticados. Al dia siguiente cuando los magistrados abrieron los ojos, y se encontraron en medio de aquellas bestias feroces, tuvieron un miedo mortal que hizo reír á César de muy buena gana.

A veces se distraia un poco atormentando á sus parásitos.

En vez de manjares les servia pedazos de marfil y de cristal. Los parásitos fingían que comian, bebían á cada plato y se limpiaban las manos á cada servicio.

En lugar de camas les daba cogines inflados de viento. Un esclavo tocaba un resorte y al instante los parásitos rodaban por el suelo.

Los mandaba atar á una máquina hidráulica. La rueda los metia en el agua y despues los dejaba en la superficie.

Les mandaba vasos de perfumes, cerrados con

su sello, y en esos vasos recibían ranas, sapos, escorpiones y culebras.

Por fin, dejaba caer sobre sus cabezas en medio del festin, una lluvia de violetas, de rosas, de lirios y de margaritas. Recibían con gusto este rocío aromático. La lluvia continuaba hasta llenar la sala, y al dia siguiente los parásitos se quedaban ahogados bajo las flores.

Ay! decia Antonino, qué difícil es encontrar un placer!.... Halgah-Baal! Yo te pedia tener la tierra toda entre mis manos; ahora quisiera yo derramar mi ser por el mundo entero. Quisiera convertirme en leon, en tigre ó en leopardo. Quisiera volar como el águila cerca del sol, y nadar en el mar como el delfin. No es bastante ser hombre y gozar de la vida humana. No es bastante ser emperador y disfrutar del poder imperial. He probado los placeres de cochero, de músico y de bailarín. Conozco el júbilo que causan los aplausos al tocar la lira, al bailar y al alcanzar los límites del circo. Quisiera yo conocer los deleites que goza la muger, trabajar lana en el lanificio, y llamar á un hombre: Esposo mio!

IX.

El gineceo del palacio imperial.—Lecho de plata y de marfil cincelado de oro.—Sillas de Chio y de Mileto.—Alfombras de Africa.—Piedras transparentes en las ventanas.—Pinturas al fresco representando á Penèlope y á Cornelio.—Muchas matronas con túnicas de lino y mantos de púrpura, trabajan tejiendo lana.—Algunas esclavas cantan y tocan la flauta.—Antonino vestido de muger y sentado en su lecho tiene una aguja en la mano.—Su túnica es de seda, su manto de púrpura bordado de oro.—Tiene el cabello entrelazado con perlas como la diosa Flora.—Tiene un collar de perlas, brazaletes y anillos.

ANTONINO, MATRONAS Y ESCLAVAS.

CORO DE ESCLAVAS.

Thalassio! Thalassio! Los jóvenes romanos han cantado á Thalassio y han dicho á la desposada:
«No hay muger mas bella que tú.»

PRIMERA ESCLAVA.

Mi país es la Iberia, y mis mejillas son rojas como las naranjas de mi país. Las naranjas y las mugeres se coloran en Iberia con los rayos del sol.

SEGUNDA ESCLAVA.

Mi país es la Siria, y mi país nada tiene que envidiar á la Iberia, porque sus arenas rojas conservan aún las huellas del breve pié de la desposada.

CORO.

Thalassio! Thalassio! Los jóvenes romanos han cantado á Thalassio y han dicho á la desposada:
«No hay muger mas bella que tú.»

PRIMERA ESCLAVA.

La desposada tiene en la cabeza un velo color de rosa, y una corona de verbena. Ya le llevan la lana y la rueca.

SEGUNDA ESCLAVA.

El esposo da nueces á los niños. Los augurios son favorables. El incienso arde en el altar de Júpiter-Perfectus y de Juno-Perfectas.

CORO.

Thalassio! Thalassio! Los jóvenes romanos han cantado á Thalassio y han dicho á la desposada:

«Ninguna muger es tan bella como tú.»

PRIMERA ESCLAVA.

La desposada ha pasado por encima de bandas de lana llenas de aceite sin tocarlas, porque está consagrada á Penates y à Vesta.

SEGUNDA ESCLAVA.

Ya se han dado las llaves á la desposada. Las llaves son el símbolo de las tareas domésticas.

CORO.

Thalassio! Thalassio! Los jóvenes romanos han cantado á Thalassio y han dicho á la desposada:

«Ninguna muger es tan bella como tú.»

ANTONINO, á las matronas.

Mis amigas, qué pasais vuestra vida entera co-siendo é hilando?

PRIMERA MATRONA.

Consagro algunas horas á mi espejo para pintar mis párpados y separar mis cabellos con la aguja discriminallis.

ANTONINO.

Adornarse es un placer de que he gozado siendo emperador.

SEGUNDA MATRONA.

Tengo un carro con mulas que me conduce por as calles, y los romanos al verme pasar dicen: Qué hermosa es!

ANTONINO.

Mucho tiempo ha que los romanos admiran mi hermosura.

TERCERA MATRONA.

Voy al teatro y miro pantomimas que son muy bonitas, sobre todo la de Hedimeles.

ANTONINO.

Me parece que el teatro es fastidioso.

CUARTA MATRONA.

Voy al circo y enteramente conmovida contem-plo los combates de gladiadores.

ANTONINO.

Pues cuando yo veo que se los comen los tigres no puedo conmovirme.

QUINTA MATRONA.

Tengo un amante que es caballero romano.

ANTONINO.

He tenido queridas de todos los países del mundo, y todas son lo mismo. Y bien, es eso todo! En eso consiste vuestra existencia de muger? Decididamente, escepto la ceremonia nupcial que es demasiado entretenida, y la primera hora que se pasa cosiendo en el gineceo que no carece de cierta novedad, no vale la pena vestir la túnica femenina y comienzo à creer que no la usaré por mucho tiempo.

TERCERA MATRONA.

Y tendréis razon; triste cosa es ser muger. Ayer quise ir al teatro para ver la pantomima de Hedimeles, y mi marido se opuso. Me escapé de la casa, porque Hedimeles es un hermoso actor.... y esta mañana me pegó mi marido.

ANTONINO.

Cómo! Qué decís? Os ha pegado?

LA MATRONA.

Me tiró de los cabellos, y si yo descinera mi túnica, veriais mi seno y mis espaldas hechas pedazos

ANTONINO.

Al fin... ya hubo algo nuevo!... Qué le pe-

guen á uno debe ser una cosa encantadora.....
Qué pensais de esto, amiga mia?

LA MATRONA.

Que duele: os lo aseguro.

ANTONINO.

Duele.... Pues en toda mi vida no he sentido dolores. Quiero, pues, que me pegue Hiérocles. Qué bien hice, amigas mias, de alistarme entre vosotras!

(*Entra Hiérocles.*)

HIÉROCLES.

Salud! Celeste emperador!

ANTONINO.

No me digas emperador: ahora soy emperatriz.

HIÉROCLES.

Benigna serenidad!.....

ANTONINO.

A qué vienen tantos títulos? Deja à los romanos los tratamientos honoríficos; para tí no soy mas que Antonina.

HIÉROCLES.

Antonina Augusta.....

ANTONINO.

Estoy quejosa de tí, Hiérocles. No te conduces conmigo como marido. No me hablas mas que palabras doradas. Hé aquí una matrona que esta mañana ha sido apaleada por su marido. Eso es tener marido!

HIÉROCLES.

Si César lo dispone.

ANTONINO.

Todavía.... Eres incorregible. Te mando crucificar si no me das ahora, como contra veneno de tus melosas frases, una buena andanada de palos.

HIÉROCLES.

Os obedeceré.

(*Le pega.*)

ANTONINO.

Parece que no sabes pegar mas recio.

HIÉROCLES.

Como gustéis.

(*Le pega mas recio.*)

ANTONINO, (*gritando.*)

Ay! Ay!.... Cruel, verdugo! Asesinas á tu emperador.....

EUTQUIO.

Qué veo?.... Hiérocles.... Guardias! Matadlo en el acto.

ANTONINO.

Y si yo quiero que me pegue?

X.

El espiritualismo jamas ha abandonado al mundo. Formaba la vida del antiguo Oriente, donde las castas de los iniciados lo conservaban misteriosamente como fuego sagrado, y donde las castas inferiores lo adivinaban todo por medio de esa intuicion magnética que se llama filosofía. El Oriente lo transmitió, en las mistagogias occidentales. Al lado del paganismo, habia misterios, y los misterios conservaban precisamente el idealismo de las tradiciones. Ademas de la consagracion religiosa en

Occidente, el espirirualismo habia aparecido à toda luz en el Pórtico por medio de las indiscretas, aunque disfrazadas revelaciones de Pitágoras y de Platon, ambos iniciados en la ciencia egipcia. Sus doctrinas se estendieron en la antigüedad por medio de sus discípulos, y en la època de la historia que vamos refiriendo los estoicos tenian en Roma à Séneca y los platónicos à Proclo en el museo de Alejandría.

Así, pues, habia dos ecsistencias para el espiritualismo; una, exterior y flotante como el vapor; otra oculta y viva como el foco; la filosofía idealista y los misterios; y al mismo tiempo el materialismo con sus dos fases: la filosofía sensualista y el simbolismo religioso.

Notable sigularidad de aquellos tiempos es que el mundo habia llegado, á un grado en que no podia vivir ni con el símbolo en la religion, ni con el sensualismo en la filosofía, y que tampoco lo satisfacía el idealismo de los misterios, ni el del estoicismo.

Octavio-Augusto era iniciado, Marco-Aurelio estoico; y cuando mas tarde, Juliauo quiso rehabilitar el culto de los ídolos, tuvo que recurrir à las interpretaciones mistagógicas de la escuela de Alejandría.

Acabamos de ver en Antonino, la personificación mas completa del materialismo religioso en su mas alto grado de poder. Nos falta referir su caída y

fácilmente podriamos mostrar el idealismo filosófico personificado en Alejandro Severo.

Scemisa tenia una hermana llamada Mamea. Mamea era tan grave y tan pura, cuanto Scemisa era voluptuosa y frívola. Habia instruido à su hijo Alexiano en las letras griegas y latinas, y en la virtud que vale mucho mas que todas las letras. Alexiano adoraba en su sagrario, en lugar de impuras imàgenes, estatuas de Marco-Aurelio, de Platon, de Sócrates, de Pitágoras, de Abraham, de Orfeo, de Apolonio, de Tyanes y de Jesucristo.

Se alimentaba con leche y con frutas como los sabios, y durante su comida no veía bailar españolas desnudas, sino que escuchaba las lecciones de los filósofos, y miraba aves volando en el salon, ó luchas de gallos con perdices. No se vestia de muger en el palacio; pero se divertia en ver faisanes, patos, pavos y papagayos; en componer versos y en leer las obras de Séneca, de Virgilio y de Ciceron.

Mæsa veía con pesar las locuras de Antonino.

Esa muger ambiciosa conocia que los romanos pronto arrancarian el imperio de manos de su nieto, y espantada veía que se acercaba el momento en que dejaria de ser abuela de un emperador.

Fijó su vista en el hijo de Mamea. Resolvió que fuera adoptado por Antonino para poder nombrarlo César, y tener en su familia un candidato para el imperio, cuando llegase el dia fatal.

Dijo al sacerdote de Halgah-Baal:

—Tú debes vivir en las esferas celestes entre los dioses. Los cuidados del gobierno no son para tí. Toma à alguien que te ayude, cuidando de las cosas humanas, mientras tú miras el cielo.

Antonino quedó encantado de la proposición de su abuela. Adoptó desde luego à Alexiano, le dió el nombre de Alexandro y el título de César, é hizo que lo nombraran cónsul para el año siguiente.

Habia visto con placer esta asociación. Quiso educar à su hijo adoptivo que casi era de su misma edad; quiso enseñarlo à bailar y à cantar delante de Halgah-Baal, à beber en la mesa del festín, à pintarse las cejas y las mejillas, y à conducir carros en el circo delante del pueblo romano.

Pero la piadosa Mamea, como la llama el obispo cristiano Eusebio, no tenía sobre la educación las mismas ideas de Antonino, y el joven Alexandro no se manifestaba inclinado à aprovecharse de las lecciones de su padre adoptivo.

Antonino irritado mandó matar ó desterró à todos los profesores de Alexiano. El rector Silvinio fué asesinado, y el jurisconsulto Ulpiano desterrado.

—Todos esos filósofos, decía Antonino, corrompen la juventud de mi hijo.

Alexiano era otro Gannio para el emperador. Era un reproche vivo de su vida voluptuosa y bru-

tal; en medio de sus vasos de oro y de sus lechos de púrpura era algo semejante à la calavera de los egipcios. Era un libro de moral entre rosas, una mirada austera entre sonrisas, un sabio entre locos. Era algo mas que todo eso; una protesta de la virtud contra la voluptuosidad, del espíritu contra el cuerpo, de la razón contra los sentidos. Y cuando los sentidos materiales han adquirido imperio en el pequeño mundo que se llama hombre, ejercen sobre él, el despotismo mas brutal y mas celoso. No se contentan con arrancar de su campo, toda simiente del pensamiento, invaden los campos vecinos y todo lo destruyen como temerosos de sombra ó de contagio. Antonino intentó envenenar à Alexiano, ahogarlo en el baño, matarlo à puñaladas; pero todas estas tentativas se frustraron por la vigilancia de Mamea que incesantemente cuidaba de su hijo, y lo rodeaba de un círculo de buenos y desinteresados amigos.

Antonino dió orden à los senadores para que quitaran à su hijo indócil el título de César, y à los pretorianos para que arrastraran por el lodo sus imágenes.

Los senadores palidecieron en sus sillas curules, y contestaron à la orden del emperador por medio del silencio y de la consternación. Sabían que en el palacio de César, como en el poeta Ovidio:

..... Non hospes ab hospite tutus,
Non socer a genero, fratrum quoque gratia rara est.

Se acordaban de Geta y del día en que Caracalla el fratricida obligaba á Papiniano á hacer su apología.

Los pretorianos adictos á Moesa por su prodigalidad, é irritados contra Antonino por sus desmanes, se enfurecieron tanto que la sedición estalló en su campamento. Se precipitaron sobre la ciudad, unos fueron á presentarse á Alexiano para servirle de guardias y defender su vida; otros se lanzaron gritando sobre la Casa Dorada para degollar á Antonino.

El hermoso emperador se ocupaba en preparar una corrida de carros. Cuando oyó el tumulto corrió á esconderse, y mandó al prefecto del pretorio para que arengara á los sublevados. El prefecto del pretorio, á fuerza de ruegos y de súplicas, obtuvo de los soldados que concedieran la vida al emperador; pero bajo la condición precisa de que había de presentarse en el campamento para oír las reclamaciones de los pretorianos.

Antonino obedeció. Fué temblando al campamento. Lloró, se humilló, juró conducirse mejor en lo futuro, despedir á los que lo acompañaban en su disolución, ofreció dejar de bailar, dar audiencias, y tratar como hermano á Alexiano. Qué cambio se había operado en Antonino, desde el día en

que con la espada en la mano conducía á sus soldados al combate dispuesto á vencer ó á morir!

Un mes despues, dos soldados de la guardia pretoriana tenían el diálogo siguiente junto á la estatua de Júpiter-Stator.

—Lucio, si no me engaño, nuestro Sardanápalo Augusto acabará por mandar á la Estigia al César Alejandro, que es verdadero romano.

—Por Júpiter! Dolabella, si tal cosa permitieran los dioses, mi escudo me bastaría para acabar con ese gusano de la Siria vestido de seda.

—Sabes que el día primero de Enero no quiso ir al Capitolio para ofrecer con César el sacrificio de los cónsules.

—Es verdad y ese día bastante agitamos nuestras lanzas y dejamos oír nuestros clamores en Roma.

—Pues bien, Lucio, ese Sardanápalo, ese Leno, esa meretriz acaba de disponer que los senadores todos salgan de la ciudad.

—Y lo han obedecido?

—Sí, y no se les ha dado tiempo ni siquiera para disponer su viage.

—Por Hércules! Eso es infame, y razón hay para llamar á los senadores miserables esclavos togados.

—No tienen armas como nosotros para hacerse respetar.... Pero ese destierro podría.....

En este momento un gran ruido se dejó oír en el campamento.

—Corramos, dijo Lucio, hay algo.

Un soldado á caballo estaba rodeado de una multitud de pretorianos que le dirigian mil preguntas llenas de ira. Se formaban grupos y por todas partes se alzaban lanzas y escudos.

—Qué hay de nuevo? preguntó Lucio.

—Alexandro acaba de ser asesinado!

Esta noticia era falsa. Antonino la habia mandado dar para sondear el ánimo de los pretorianos. La esplosion fué terrible. Toda aquella soldadesca furiosa quiso marchar sobre Roma y quemar al emperador en su palacio imperial. En vano anunció Antonino que la noticia era falsa; tuvo él mismo que presentar á Alejandro en el campamento.

Mil aclamaciones de entusiasmo saludaron al joven César. Mil insultos se lanzaron contra el emperador. Antonino quiso aprehender á los culpables y pronto se entabló una reyerta. Se formaron dos partidos. Scemisa y Mamea recorrian todos los grupos enardeciendo los ánimos. El hermoso Antonino huyó, sus partidarios fueron asesinados, y Alejandro quedó proclamado emperador.

Los astrólogos habian predicho al emperador Antonino que pereceria por su propia mano. Habia reunido espadas de hojas de oro, cuerdas de seda, y venenos perfumados de rosa en copas de ága-

ta para morir con elegancia. Habia empedrado con piedras preciosas el pié de una torre de mármol, para romperse ricamente su cabeza imperial. y à pesar de esto, tres pretorianos lo mataron en unas letrinas con su madre Scemisa.

Le cortaron la cabeza, arrastraron su cadáver desnudo por las calles de la ciudad, lo llenaron de lodo, lo hicieron pasar por los sitios mas inmundos y lo arrojaron al Tiber, llamándolo por irrision, emperador tiberino.— Su dios negro fué arrojado de los templos de Roma é ignominiosamente enviado á Emeso.

Tal fué el fin de Antonino, à quien los pueblos llamaron Heliogábalo, alterando el nombre de su dios.

Doscientos años hacia que Cristo habia muerto en la Cruz para lavar con su sangre el anatema antiguo.

El velo de los misterios habia caído.

Las ideas entrevistas por la filosofía resplandecian á la luz de los dogmas religiosos.

El mundo conocia su destino, y venian abajo las barreras de las castas para hacer lugar à la caridad.

V.

KAM-RUP.

Míranse hombres en los puntos todos del globo. Los hay blancos, negros, amarillos y bronceados. Cada país produce su fenómeno humano lo mismo que su fenómeno vegetal ó mineral. El búfalo es indio y el buey europeo. El perfil de un árabe en nada se parece al perfil del chino. Mucha distancia hay de las pirámides de Egipto á las pagodas de Bengala. El mundo es un clave, cada país es una tecla, el hombre es el sonido.

Hé aquí nuestra historia hasta ahora.

Si interrogamos, dice Ballanche, á las doctrinas místicas de todas las religiones, encontramos en ellas bajo mil formas diversas un ser que sufre la muerte, cuyos miembros destrozados se dispersan por toda la tierra; y un ser que busca igualmente por toda la tierra los miembros esparcidos de la gran víctima à fin de recomponer su cuerpo.

En diferentes épocas esos hombres de todos colores, esos miembros esparcidos de la gran víctima han procurado encontrarse, acercarse, unirse por medio de movimientos convulsivos.

Dos crisis sobre todo; la crisis macedonia y la crisis romana merecen observacion, porque à la vez agitaron el Oriente y el Occidente, la superficie material de los pueblos y lo mas profundo de la inteligencia.

La primera se reasume en estos dos nombres: Alejandro el grande y Aristóteles.

La segunda en estas dos cosas: el Capitolio y el Museo alejandrino.

Hoy, el movimiento vuelve á comenzar por todas partes, las naciones se unen, se mezclan, se juntan; y esto se hace sin ruido, sin convulsion, sin sufrimiento, y decirse puede que ha llegado el momento solemne.

Cada pueblo siente un instinto misterioso que lo impele hàcia otro pueblo.

El egipcio se corta las barbas, el francés bebe punch, y el alemán charla de una manera agradable.

Antes el blanco se reía del negro, el negro del rojo, y el rojo del cobrizo.

En Francia hace algunos años tres académicos se encerraron en una bohardilla, donde permanecieron ocho días. Salieron pálidos. Habian leído y

releído, meditado y discutido sería y concienzudamente á Shakspeare y á Byron. El resultado fué que no habian comprendido nada.

Un sentido nuevo se ha desarrollado entre nosotros y es el del bello ecsótico y extra-nacional.

Cuando por primera vez se vieron aparecer en Francia los nombres de Byron y de Shakspeare, de Schiller y de Goethe, se habló de romanticismo, de inclinacion bárbara al extranjero y de sacrílego desprecio á los griegos y á los romanos.

Pero esto no era esacto. La nueva escuela no desechaba ni á los griegos, ni á los romanos, sino que al contrario, los adoraba; pero no los adoraba solos. Sus órganos habian aprendido á abrazar el Proteo de la inteligencia humana en todas sus transformaciones.

Lo he dicho ya: se desarrollaba un nuevo sentido. El cosmopolitismo se introducía por la fibra literaria; era el rayo visual de las nacionalidades que se modificaba para que el hombre cobrizo dejara de reírse del hombre rojo, el hombre rojo del hombre negro, y el hombre negro del hombre blanco.

Los pueblos se contemplaron y se encontraron hermosos. Un atractivo maravilloso los inclinaba mutuamente entre sí. Ecsaminaron su poesía y su religion.

En su poesía, bajo formas diferentes, reconocieron la identidad del corazon humano.

La escencia humana es una; la oposicion de razas debe cesar.

En su religion, bajo símbolos diversos, encontraron un mismo fondo de tradiciones primitivas que tarde ó temprano debe resolverse en el cristianismo.

La cruz es el talisman que recompensará á la gran víctima y le devolverá la unidad.

El cristianismo es plebeyo y occidental; debe haber pues una reacion del Occidente al Oriente.

La reaccion ha comenzado: Byron, Chateaubriand, Lamartine, marcan la huella de sus pasos en la arena del desierto. Jacquemont levanta al morir los ojos hácia el cielo indio. Algunos oficiales europeos hacen maniobrar en Constantinopla á los Topchis de Mahmoud; otros ingenieros franceses abren las bocas del Nilo á las naves de Ibrahim, y la bandera de la Francia tremola sobre los muros de Argel.

Nuestros sabios recorren el Asia en todas direcciones. Humboldt mide sus valles y sus montañas. Schlegel busca en su lengua sagrada la genealogia de las razas de Europa. El baron de Ekstein Ballanche, La-Menais, remueven la antigua ciencia de los Brahmas que está toda impregnada de la primera ciencia de la humanidad.

Poco á poco se descorren los velos de la India, escuchamos sus cantos, miramos los ojos de su musa, sus aves, su cielo dorado, su mar tibio y sus palmeras.

Qué obra tan deliciosa es el drama de Sakontala, según nos lo ha referido el pobre de Chezil! Cuánta poesía y qué colorido tan bello tienen esos dramas del Indostan que Wilson llevó a Inglaterra y que Langlois ha revelado á la Francia! Apud nos ha mostrado las cien perlas de la corona poética de Amaront que es el Tíbulo de la India, y Tassy acaba de publicar el poema de Tahcin-Uddin, titulado «las aventuras de Kam-Rup.» Todas las producciones de la literatura del Indostan tienen un tinte que no se encuentra en ninguna otra parte. Es el tinte del aire, del follage, del agua, de todas las cosas terrestres que el arte y la poesía deben transfigurar.

En ese tinte que me parece admirable, hay mucha seriedad. He querido dar de él una idea, y me he valido del Kam-Rup de Tahcin-Uddin y de Tassy. He derramado en él cuanto mi erudición india ha podido ministrarme para dar un color local. Espero que se encuentre algún placer en esta evocación sencilla de una naturaleza lejana y estrangera.

Había un rey que se llamaba el Maharaj-Pit, reinaba en Auda y en Gorakh. Tenía hermosos palacios muy bien pintados, elefantes que con sus trompas lo saludaban, gacelas negras que le lamían los piés, y eunucos que le espantaban las moscas del rostro con colas de pavo. Tenía seis amigos; pero qué amigos! Su ministro, su médico, su pintor, su pandit, (*) su joyero y su músico. Pero no tenía hijos, y esto lo llenaba de aficción. Sus seis amigos tampoco tenían hijos; pero esto no le consolaba.

Un día les dijo:

—Ya no quiero ser rey; mi palacio está negro y mi corona sombría, porque no tengo hijos. Me pondré una túnica sucia, frotaré mi cuerpo con estiércol de vaca, me rasuraré la cabeza, me pondré un collar de fierro y haré penitencia, y después saldré á mendigar por las ciudades con un vaso de barro en la mano. Brahama se compadecerá de mí y me dará un hijo.

(*) Brahman que enseña la lengua sagrada ó sanscrita.

Los seis amigos del Maharaj-Pit reflexionaron mucho y no decidieron nada. Eran hombres muy sabios los seis amigos del Maharaj.

Por fin el ministro dijo:

—Señor, sois rey y debéis habitar en palacio y llevar en las sienes una corona. Hay mendigos y penitentes que pueden vagar por los desiertos pidiendo limosna á los rafahs. No pidais limosna, debéis darla. Ellos rogaràn al cielo por vos, y el cielo os darà un hijo.

El rey pensó que su ministro le habia dicho palabras de oro.

--Karamchan, exclamó, sois un omhra muy sabio!

El ministro mandó construir una gran casa de ladrillo. La llenó de trigo, de arroz, de plátanos, de mangos, de telas y de algodón. Cuando llegaba un mendigo á la ciudad, lo conducian á la gran casa, le daban de comer y le decian:

—Orad porque el rey tenga un hijo.

Un dia llegó un dervis muy venerable; vestido con una piel de oso, y el ministro le dijo:

—Venerable dervis, tomad y comed; vuestro rey no tiene hijos, y le haréis un gran favor rogando á Dios por él.

El dervis sacó de la piel de oso una manzana del tamaño de una naranja, y dijo:

—Si el rey ama á la reina, y si la reina come de esta manzana, Dios les concederà un hijo.

El ministro corrió á llevar al rey la maravillosa fruta.

El rey quedó encantado de júbilo; atravesó rápidamente su palacio, pronunciando el nombre de Dios, y presentó la manzana á la reina Sundarrupt.

La reina fué á bañarse sintiendo el cielo y las estrellas en el corazon. Se perfumó y comió de la manzana. El rey la encontró hermosa, la abrazó, y ella concibió ese mismo dia.

Qué maravilla! Las mugeres de los seis amigos del dichoso rey concibieron á la misma hora.

Y esto es para que los reyes y las reinas que no tengan herederos, den arroz y telas á los mendigos de sus reinos.

Las mugeres alzaron los velos que les cubrían el rostro, se adornaron las orejas con flores de siricha é hicieron sonar los ghungrus (1) atados á sus piés. Fumaron huca, comieron frutas secas y dulces.

II.

Los pandits llegaron á sacar el horóscopo del Kunwar. (2) Estendieron el navakiraha-sakkaram, (3) miraron al cielo, pensaron en los nueve planetas, en Schiven, en Parvati y dijeron al Maharaj:

Nueve lunas despues, el rostro de Sundar-rup que era encendido como la flor del árbol de Judea, se puso tan pálido como la raíz del veti-ver. El palacio resplandecía como los palacios de las hadas, y el Maharaj supo que habia nacido el Kunwar.

Llamó á sus omhras, (1) á sus rajahs y á sus mansebdares. (2) Se puso una túnica de raso verde y un collar de rubíes.

El Kunwar era blanco como la luna y rojo como el sol en el Oriente. Los omhras le ofrecían rosas, incienso, perlas y piedras preciosas. El buen rey lloró de gusto, mandó que hubiera fiestas en la ciudad, y quiso que todo el mundo estuvi-se contento.

Todos se vistieron de verde esmeralda, mascarón betel, y se llenaron de perfumes. El aire resonó con las notas del tál, del mirdang y del daf. (3)

(1) Título de honor.

(2) Oficiales de la corona.

(3) Instrumentos indios. El tál es una especie de címbalo y el mirdang un tambor oblongo mas ancho de en medio que de los lados.

Las mugeres alzaron los velos que les cubrían el rostro, se adornaron las orejas con flores de siricha é hicieron sonar los ghungrus (1) atados á sus piés. Fumaron huca, comieron frutas secas y dulces.

Los pandits llegaron á sacar el horóscopo del Kunwar. (2) Estendieron el navakiraha-sakkaram, (3) miraron al cielo, pensaron en los nueve planetas, en Schiven, en Parvati y dijeron al Maharaj:

—Tu hijo será hermoso como el paraíso, amará como Nala y como Damayanti (4); pero será desgraciado á causa de su amor. A los doce años las estrellas lo amenazan con un gran peligro: su nombre debe ser Kam-Rup, «forma de amor.» Así lo quiere Brahma.

El rey se afigió mucho, interrogó á los pandits, sobre todo al que era su amigo.

—Ya que habeis predecido el peligro, no podríais impedirlo?

Los pandits reflexionaron mucho y no decidieron nada.

Por fin el ministro dijo:

—Si á los doce años es cuando las estrellas ame-

(1) Anillos de metal con cascabeles.

(2) Príncipe.

(3) Cuadrado astrológico de los brahmanes llamado círculo de los nueve planetas.

(4) Famosos amantes indios.

nazan al príncipe, es menester vigilarlo mucho hasta que pase de esa edad.

El rey abrazó á su ministro.

—Karamchaud! dijo, sois un grande omhra.

El ministro mandó construir un gran palacio en la ciudad. Los muros eran de mármol y brillaban como espejos. Habia hermosas estatuas y pinturas de hadas y de peries. Habia un jardin al redor del palacio con kioskos, flores, cespedes arroyos y bosques de amarantos. Ciervos, liebres, papagayos, garzas y pavos hacian sonar sus voces debajo de los árboles. Allí fué educado el príncipe.

Tuvo por compañeros á los hijos de los seis amigos del rey.

A los cuatro años, el príncipe aún no habia salido del palacio.

A los cinco años le dieron tabletas de oro. Comenzó su educacion y la de sus seis compañeros. El hijo del ministro aprendió la ciencia del gobierno, el del médico la medicina, el del joyero la joyería, el del teólogo la teología, el del pintor la pintura, y el del músico la música.

A los siete años se permitió al príncipe salir del palacio, pero no del jardin.

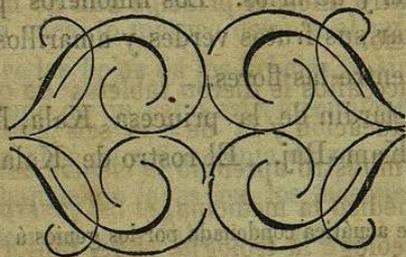
De dia se divertia en volar papelotes y de noche montaba á caballo y galopaba á la luz de la luna. Cuando el príncipe estaba cerca de los doce años,

el ministro Karamchand redobló su vigilancia. El príncipe no estaba solo ni de dia ni de noche.

Llegó la hora fatal. Kam-Rup volvia de cazar y tuvo ganas de dormir, y ya dormido tuvo un sueño.

Qué maravilla! A trescientas leguas de Auda, Kala, hija de Kam-Raj, emperador de Sarandip, sintió precisamente á la misma hora, que sus lindos ojos se cerraban al sueño, y ya dormida soñó lo mismo que Kam-Rup.

Y esto es para que los reyes y las reinas que saben el destino de su kunwar, no traten de oponerse á los decretos de Brahma.



III.

Hé aquí cuál fué el sueño del Kunwar y de la princesa Kala.

Kam-Rup vió un hermoso jardín. Unos cuerpitos negros volaban por el aire, y unos ruiseñores cantaban entre el follage, un río transparente corría sobre la arena, unos tchacravacas(1) nadaban en aquellas aguas entre las flores azules del lotus(2), las orillas estaban esmaltadas de rosas, de nenúfar, de violetas y de lirios. Los limoneros presentaban al Kunwar sus frutos verdes y amarillos y mil aves jugaban entre las flores.

Era el jardín de la princesa Kala, hija del emperador Kam-Raj. El rostro de Kala era blanco

(1) Ave acuática condenada por los genios á pasar las noches separada de su compañera. Hay una leyenda india que las representa á ambas nadando, cada una por el lado de un río, llamándose siempre sin poder responderse. Kalidas ha dicho en Sakountala: "El tchacravaca llama á su compañera; señal segura de que van á estenderse las sombras de la noche."

(2) Planta sagrada de bellas y elegantes corolas, unas azules y otras purpurinas, y de un delicioso aroma.

como la flor de la málica, sus mejillas redondas como la manzana del gulab, su voz se parecía al canto del cukila, su mirada era mas dulce que la de la gacela, sus piés pequeños y desnudos estaban teñidos de rosa con polvo de mendhi (1) y el missi, daba á sus dientes el color del kajal. Mil niñas la rodeaban como si formaran un collar de perlas. Era pura como una vírgen, y sencilla como un niño. El rey Kam-Raj escuchaba con delicia el ruido de los pendientes de oro que adornaban sus tolillos, el sol se agitaba á su vista, y la luna se ocultaba bajo una nube de plata.

Kam-Rup vió pasar á varios eunucos por el jardín.

— La princesa Kala viene por este lado, dijeron que todo el mundo se retire.

Pero un encanto mágico detenía al príncipe. Se ocultó entre las hojas de los árboles, y sintió el corazón agitado de un vago estremecimiento.

Un enjambre de niñas venía detrás de los eunucos; vagaban como aves en los bosques; estaban vestidas de rosa y se daban la mano. Descubrieron al Kunwar.

— Ah! exclamaron, un hombre! no nos acerque-

(1) La moda en la India es teñirse color de rosa las manos y los piés. Un poeta ha dicho: "Sus piés encantadores compiten en brillo con la naciente aurora."

mos á él; no le hablemos, quedémonos aquí y mandemos avisar á Lata.

Era el aya de la princesa Kala, no tardó en venir, y al ver al príncipe se quedó sorprendido de su belleza.

—Quién eres? le preguntó, qué haces aquí? eres príncipe, genio, hada ó demonio? Por qué levantas la cabeza para mirarme? Sabes que estás en el palacio de la princesa Kala? Sabes que te mandará encarcelar cuando sepa que has osado penetrar á su jardín?

Kam-Rup se tocó la cabeza, y sin dejar su escondite de hojas, respondió:

—No pertenezco al cielo, sino á la tierra; ignoro dónde estoy, y por qué me encuentro entre vosotros.

Lata se llevó un dedo á los dientes, inclinó la cabeza y corrió al palacio para ver á la princesa Kala.

—Hija de Kam-raj, le dijo, en tus jardines está un jóven, cuya boca parece boton de rosa. Mira tu nombre con temor y con respeto, y si quieres les mandaré que salga.

Kala replicó con un aire de dignidad:

—Traedlo á mi presencia, avisad á mis esclavos negros para que lo carguen de hierros. Es preciso que su castigo asuste aún á los mas atrevidos.

Las jóvenes fueron por Kunwar, y lo condujeron de la mano.

—A dónde me llevais? dijo él.

—Obedecemos á la princesa Kala; si resistes, te llevaremos por fuerza.

Entonces lo tiraron de los bucles de sus cabellos, y le ataron las manos con lazos de Koumouda.

Una de ellas dijo:

—La princesa sabrá castigar tu audacia, y nadie se sentirá inclinado á imitarte en lo sucesivo.

Otra añadió:

—Te pondrán en una prision mas negra que la noche.

Y otra:

—Allí estarás entre hormigas y escorpiones.

Y despues cada una le dijo lo que se le vino á las mientes.

Kam-Rup guardaba silencio y se arrodilló ante sus hermosas carceleras.

—Yo os lo suplico, dijo al fin; no me conduzcáis ante la princesa Kala. . . . dejadme salir de este jardin.

Y las miraba á todas; sin encontrar ni una sola mirada de piedad. El pobre Kunwar lloró y gimió tristemente. Con las lágrimas en los ojos se presentó delante de la princesa Kala.

Kala era hermosa como Maia (1). Sus cejas eran

(1) Maia, la ilusion, es la madre del amor.

arcos y flechas sus miradas. El Kunwar al verla sintió herido el corazón, y cayó ante ella sin conocimiento.

La princesa, por su parte, al ver á Kam-rup, se estremeció como la hoja delicada del assouatha (2), y olvidó todas sus amenazas. Se precipitó sobre el Kunwar. Lo hizo respirar ámbar y le echó agua de rosa en el rostro.

Kam-rup se reanimó, su primer mirada fué á buscar los ojos de la princesa; pero no pudo contemplar su brillo sin deslumbrarse, y volvió á quedar desmayado.

Cuando volvió en sí, contempló á Kala con mucha admiración. Kala miró también al Kunwar en silencio, y no hubo palabras para decir lo que ambos sentían en el corazón.

Por fin, habló Kala.

—Cuál es tu patria y quiénes son tus padres?

—Hada encantadora, respondió Kunwar, mi padre se llama Raj-Pit, mi madre Sundar-rup y yo Kam-rup. Mi país es Auda, é ignoro qué divinidad me ha conducido aquí.

—Bien! dijo Kala, nada temas, vive conmigo en este jardín y en este palacio, viviremos juntos. Yo soy Kam-kala y mi padre es Kam-raj, el emperador de Sarandip.

(1) Especie de biguera muy fina.

Kala, tomó entonces una copa llena de vino y la ofreció á Kam-rup, quien apuró aquel brebaje de amor. El tál y el mirdang resonaban en su derredor. Algunas mugeres medio desnudas, con los párpados teñidos de colirio y los dedos de mendrú, unían á la música una danza voluptuosa. Parecían ninfas de la corte de Indra, el rey de los genios. Jamás se había figurado el Kunwar imágenes tan graciosas. A cada instante Kala se inclinaba sobre el príncipe y le decía al oído palabras llenas de ternura, que él respondía con mayor ternura todavía.

Pero ay! Del mas hermoso sueño, se despierta luego!

Kam-rup despertó, abrió los ojos y no vió ni músicos, ni danzas, ni à la reina de los músicos y de la danza, que era ya reina de su corazón. Suspiró, lloró, rasgó el raso de su túnica, se dejó caer de su lecho y se quedó sollozando.

Los seis amigos de Kam-rup lo rodearon y le dijeron:

—Qué teneis, príncipe? os ha tocado algun assuora con sus alas ó habeis visto algo espantoso en vuestro sueño?

Kam-rup no respondió ni una palabra, parecia no oír, suspiró, se golpeó la frente, hizo pedazos su ahoti y su jamah y se desmayó.

Pronto se avisó este accidente al Maharaj-Pit.

—Kam-rup, dijo el maharaj, hálbame, mírame, soy tu padre . . . y lo tocó con su mano.

Pero el Kunwar no oía, ni veía, ni hablaba nada. Entónces avisaron á la reina Sundar-rup.

—Hijo mio, dijo la reina, hálbame una palabra, yo te lo ruego, una sola palabra para tu madre

Sundar-rup. Y se golpeó las mejillas hasta ponerse las azules como la flor del nenúfar.

Pero Kam-rup ni veía ni oía, ni hablaba nada.

Todo se olvida, padre, madre, y á sí mismo cuando se tiene amor.

Vinieron, médicos, magos, pandits, brachmanes, y mullas. (1) Los médicos dijeron que el Kunwar sufría del vazo y del hígado; los magos que le habian hecho mala suerte; los pandits que era preciso que diera muchas limosnas; los brachmanes que habia caído sobre él la sombra de algun genio malo, y que debia orar á Siva, el dios del mal y de la generacion, los mullas le dieron un gran número de amuletos, y aseguraron que un Djin ó Racka se le habia acercado. (2)

Pero á pesar de todo esto, el Kunwar lloraba y se lamentaba.

(1) Se encuentran en el Hindostan diversas civilizaciones. Hay allí persas é hindous, mahometanos y brahmas. Las mullas son los doctores del mahometanismo persa, los brachmanes son los depositarios de las tradiciones indias y de la lengua sanscrita. De aquí proviene una mezcla de supersticiones nacidas bajo diversos climas. No es raro encontrar en las leyendas del Hindostan, reunidos los Djin y los Rackas. Djin es una palabra persa que representa una creencia persa tambien y Rackas es una palabra sanscrita.

(2) Los rackas son una especie de genios que devoran á los hombres. Se les llama Ougras, terribles, palabra sanscrita de donde viene probablemente nuestra voz *ogro*. Analogía notable entre los Rackas, los Ogros, y los Cíclopes.

Vinieron los tesoreros con todos los tesoros, y el Kunwar no tuvo ni un deseo. Entonces se conoció que su mal no tenía remedio.

Sus seis amigos estaban llenos de aflicción.

El hijo del ministro sacó su puñal, lo apoyó sobre su cuello, y dijo:

—Príncipe, voy á matarme delante de tí, si no me revelas la causa de tu dolor.

El príncipe se enterneció. Sus lágrimas corrieron en abundancia.

Tomó la mano de Mitarchaud y le contó su sueño.

—Príncipe! exclamó Mitarchaud, dime el nombre de esa princesa, y corro á robármela para tí, aunque esté mas allá de los mares, ó mas alta que el sol.

—Ay! dijo Kam-rup, el nombre de la princesa y el de su país los he olvidado, y solo su imagen me queda en el corazón.

—Pues bien, dijo Mitarchand, pon tu esperanza en Brahma, enjuga tus lágrimas, y yo haré tantas investigaciones que al fin descubriré donde está esa estrella de tu corazón.

Mitarchaud mandó como en otro tiempo había mandado su padre, trigo y arroz á la casa de ladrillo, para distribuir á los pobres y á los extranjeros. No se les decía: «Orad porque el rey tenga un hijo,» sino: «Id al palacio, y contad al príncipe

historias de vuestro país, y si le recordais lo que él ha olvidado, os dará plata y oro.

Pero Kam-rup no cesaba de llorar, y nadie le hablaba ni de Sarandip, ni de la princesa Kala.

V.

Quando la princesa abrió sus lindos ojos, buscó al jóven de la boca de boton de rosa, y no lo encontró. Entonces se echó á llorar, porque el amor había entrado á su corazón. Sus miembros frescos y delicados languidecieron como los lirios al recibir el rocío de la noche. Sus mejillas se hundieron y la sonrisa huyó de sus labios. Ni los médicos árabes del rey Kam-raj podían curarla, ni sus hermosas amigas consolarla. Era consumida por el pesar de la ausencia, como los vapores del cielo por los rayos del medio dia.

Fué á la pagoda de Hardwar. Ofreció flores é incienso á Siva, se prosternó ante ese dios, y le dirigió esta plegaria:

—Siva Mahadeo, si haces que mis ojos vuelvan á ver al príncipe, vendré á ofrecerte mil dones; y si no, no vendré porque moriré.

El guru de Siva era el brachman Sgmit. Su túnica era blanca, su barba cana y estaba haciendo su oracion matinal, cuando entró á la pagoda la princesa. Oyó su plegaria, se levantó y le dijo:

Kala, deposita tu secreto en el pecho del brachman y volverás á ver al príncipe.

Kala levantó los ojos y sencillamente refirió lo que habia soñado. Repitió todas las palabras del príncipe y describió sus facciones.

—Traédmelo, concluyó, y cuando este aquí nos casaremos.

—De dónde es? preguntó el brachman, y cómo se llama?

—Ah! respondió Kala, se me ha olvidado; pero su frente es como la luna y su sonrisa como la estrella Rohini.

El brachman reflexionó un momento.

—Tranquilízate, dijo, voy á ir de ciudad en ciudad; de palacio en palacio y llegaré á encontrar al príncipe que quieres ver.

Sumit vagó de dia y de noche, de reino en reino, sin encontrar al amante de Kala. Por fin llegó á la ciudad de Aoudhpur y fué conducido á la casa de ladrillo donde le dieron arroz, y lo mandaron al palacio del príncipe para que le contara historias,

—Nací, dijo Sumit, en la ciudad de Sarandip.

Al oír este nombre el príncipe cayó sin sentido. Vuelto en sí, Sumit añadió:

—Mi emperador se llama Kam-raj.

—Kam-raj! exclamó el príncipe es el padre de mi princesa y su patria es Sarandip.

—Mi emperador, continuó Sumit, tiene una hija bella como el medio dia y hermosa como la aurora, que se llama Kala.

A estas palabras el príncipe conmovido gritó:

—Kala! Kala! Este es su nombre! Brachman, llévame á ver á la princesa y te daré perlas y oro y un reino entero!

El rey quiso detener á su hijo.

—No, dijo el príncipe, no puedo vivir lejos de ella. Quiero viajar; acompañaré á Sumit, y veré á Sarandip, el país de Kala.

—Ay! dijo el rey, estaba escrito! Mi hijo habia de ser víctima del dios Kama. En vano es oponerse á los decretos del cielo.

Kam-rup marchó para Hougly acompañado de sus seis amigos. Las velas del navío eran de púrpura, los remos de oro, y la jarcia de seda. Había sesenta remeros y al ver deslizarse aquel buque con su tripulación bajo el cielo diáfano y en las ondas luminosas de los mares meridionales, parecía que era una hoja sagrada de douvras, con sus mil flores de esmeralda y de rubí. (1)

El mar y el cielo parecían sonreír al amor de Kam-rup. El agua estaba como un espejo; un tinte aperlado coloraba el firmamento, y á lo léjos, como una ciudad entre nubes se dibujaba Sarandip, con sus pagodas y sus cúpulas que parecían flotar sobre las ondas.

(1) El douvras es una gramínea sagrada en el Hindostan. Sus flores vistas con lente parecen rubies y esmeraldas que el menor viento basta para tener en continuo movimiento.

— Ahí está el palacio de Kam-Raj, decía Sumit; allí el templo de Hasdwar y el jardín de Kala. Dentro de una hora estarás al lado de la que soñaste.

En ese momento el huracán azotó las aguas. Las olas se irritaron. El buque fué arrebatado por montañas de espuma y al fin se estrelló en un banco de coral.

Kam-rup desapareció, se había ido á fondo. Vió el fulgor verdioso que indica las focas y los caimanes. Pero el pensamiento de Kala llenó su alma y sintió que su cuerpo volvía á la superficie en el oceano de cristal.

Cuando llegó á la superficie, no vió mas que agua y cielo. La aérea reina de su corazón le prestó fuerzas. Nadó tres soles y tres lunas; después una brisa perfumada acarició sus cabellos; y sus ojos descubrieron amras (1) en flor que se inclinaban sobre el agua.

El príncipe llegó á tierra. Entró á un jardín, cojió higos y plátanos y se acostó en la yerba á la sombra de un asoca. (2) De repente un ruido de pasos hirió sus oídos. Levantó los ojos y se encontró entre veinte mugeres que tenían un arco en

(1) Hermoso arbusto de delicioso fruto.

(2) Árbol de medianas dimensiones. Tiene flores color de naranja, desde el mas claro hasta el mas oscuro, y al salir el sol ecshala el mas exquisito perfume.

la mano, y un carcax á la espalda y que cargándolo de cadenas le dijeron: Vas á ver á nuestra reina Raota.

La reina estaba acostada sobre una piel de tigre. Sus cabellos negros estaban adornados con tres víboras de plata. Al ver al príncipe frunció el ceño y dijo:

—Has mostrado la frente de un hombre á las mugeres de Tirya-raj y morirás. Que lo lleven á la prision, y mañana al salir la luna, yo misma le cortaré la cabeza.

El príncipe fué conducido á un calabozo. Derramó abundantes lágrimas pronunciando el nombre de Kala. De repente la luz de una lámpara disipó las tinieblas de la prision. Una muger vestida de blanco se deslizó junto á Kam-rup y le hizo seña de que la siguiera. El príncipe obedeció la muger, lo dejó en una sala de mármol, donde habia baños y fuentes de agua de rosa que corrian de dia y de noche. Kam-rup se quedó por algun tiempo á oscuras. Despues se abrió una puerta y el príncipe descubrió en un oceano de luz la forma fantástica de una muger acostada en esteras de Bengala. La muger se sonreía, y su cuerpo estaba mal velado entre una nube de perfumes. Era la reina Raota.

—Ven á mí, dijo la reina, y nada temas, hermoso estrangero, no te haré morir; pero cuéntame las

historias del cielo en que habitas entre aves y ángeles.

Pero el príncipe no pudo mas que verter su llanto, repitiendo el nombre de su bien amada Kala.

—Kala es amiga mia, muchas veces viene á verme. Háblame de tu amor.

El príncipe le fió todo lo que pasaba en su corazon. La reina le apretó la mano, y se quedó mirándolo con tierna contemplacion.

—Estrangero, dijo, déjame llenarte esta copa en nombre de tu querida Kala.

El príncipe acercó á sus labios el vino que la reina le presentaba.

—Bebe mas, dijo la reina.

Kam-rup obedeció. La reina entónces destrenzó y estendió sobre él sus cabellos perfumados. Poco á poco el príncipe tuvo mas abandono, la reina mas ternura y mas compasion, y cuando el sueño vino á cerrar los párpados de Kam-rup, lo sorprendió en brazos de la hermosa reina Raota.

VII.

Aquella noche Kam-rup vió en sueños á la princesa Kala. Fruncia las cejas y tenia el dedo meñique entre los dientes (1).

—Me has engañado, le decia. El pesar de tu ausencia me consume, y tú, hombre sin pudor, puedes acariciar á otra muger.

Kam-rup despertó llorando, y desesperado se dejó caer del lecho.

—Qué tienes? dijo Raota.

—Tenia yo miedo.

La reina ayudó al príncipe á levantarse del suelo. Le aconsejó que no tuviera miedo y que durmiera bien. Apénas hubo ella cerrado sus ojos, cuando el príncipe se deslizó fuera del palacio. Vagó entre los árboles, gimió, lloró, llamó á su amada y cayó en la arena sin sentido.

(1) Señal de sorpresa ó de disgusto.

La hada Chandar-Muckh pasaba entónces por el cielo. Venia de visitar los cuatro puntos cardinales. Estaba fatigada y queria descansar. Dijo á las doce hadas que llevaban su palanquin en las alas, que bajaran al jardin de la reina Roata. Paseándose á la luz de la luna en el césped esmaltado de flores, percibió entre los rosales á Kam-rup que estaba desvanecido.

—Oh! qué hermoso rajah! dijo la hada, ponédlo aquí junto á mí en el palanquin.

Las doce hadas levantaron su vuelo entre las nubes, atravesaron los siete océanos aéreos y llevaron á su soberana á su palacio real.

No hay hombres, ni gacelas, ni elefantes, ni moscas en el palacio de Chaudar-Muckh; no hay allí más que hadas y rackas. El palacio está edificado en una cadena de montañas escarpadas donde no hay árboles, y que se llaman los montes de Caf. Allí es á donde los héroes de la raza de Adan lanzaron á los dioses y á los genios. El monte Caf es la clavija del globo, sin él, este pobre mundo se haria pedazos, porque está hendido desde la creacion.

El príncipe abrió los ojos.

—Hermoso rajah! le dijo la hada, yo te amo y quiero que me ames. No volverás á ver á Raota. Ni el vuelo del águila puede volverte á la tierra. Debés decir adios para siempre á los hijos y á las hijas de Adan.

El príncipe se golpeó la cabeza, se amorató el rostro y lanzó suspiros y sollozos.

—Ay! Ay! dijo á Chandar-Muckh, estaba escrito. Brahma es un dios muy poderoso. El hombre no puede mas que plegarse á su voluntad. Ay! Ay! Esto es demasiado cruel.

La hermosa hada no lo dejó ni un instante; lo obligó á respirar perfumes, le dió perlas y diamantes y lo vistió de telas preciosas. Pero el príncipe seguía suspirando y diciendo siempre: Kala! Kala!

Habia un parizada, príncipe de los genios, que era novio de la hada Chandar-Muckh. Supo que ya ella no sabia á viajar con sus compañeras, ni á visitar los cuatro puntos cardinales. sino que de dia y de noche estaba con el jóven rajah, de quien estaba apasionada. El parizada se encolerizó mucho. Espió el momento en que el príncipe estaba solo, lo llevó á su palacio, y golpeándole el rostro, le dijo:

—Miserable gusano de la tierra, cómo te atreves á mirar los ojos de una perfi?

—No es culpa mia, respondió Kam-rup. La hada Chandar-Muckh me ha traído aquí por la fuerza. Yo no la amo, pues solo adoro á la princesa Kala.

—Parizadas, exclamó el genio, que se coman á ese insecto los rackas.

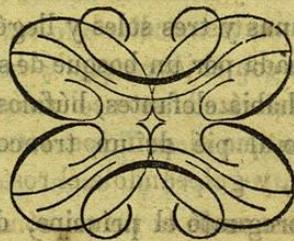
Los parizadas se llevaron á Kam-rup en las alas.

Buscaron á los rackas en los desfiladeros de las montañas; pero no pudieron encontrarlos.

—Rajah! dijeron los genios, vamos á hacer una de estas tres cosas. Escoge; ó te dejamos en la tierra á los rackas, ó te echamos al rio á los cocodrilos, ó te dejamos como perla en el mar.

Y á todo esto Kam-rup no decia mas que Kala! Kala!

Los parizadas lo mecieron un momento en las nubes, y lo dejaron caer en el océano.



CAPILLA ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VIII.

El pensamiento de Kala volvió á salvar al príncipe en las olas.

Nadó tres lunas y tres soles y llegó á una playa arenosa sombreada por un bosque de samis (1).

En la selva habia elefantes, búfalos, leones, y un anciano sentado al pié de un tronco cubierto de musgo.

—Es aquí, preguntó el príncipe, donde vive la hermosa Kala?

—Sí, dijo el anciano, sentaos junto á mí, y os hablaré de ella.

Kam-rup se sentó con el júbilo en el corazon. De repente sintió su cuerpo oprimido por una fuerza de fierro, y la voz del desconocido esclamo:

(1) Especie de acacia. La madera es dura é inflamable. Se frotan unos pedazos contra otros para encender el fuego de los sacrificios.

—Bien! Hé aquí un caballo que me llega del mundo invisible.

Era un Tasma-pair (1).

Kam-rup quiso resistir; pero el Tasma-pair lo llenó de golpes, le apretó el pescuezo con las piernas, lo sofocó, y el príncipe tuvo que ceder.

Sus piés de lirio se destrozaron con las espinas; su cuerpo de plata se empañó con el polvo.

El Tasma-pair dormia sobre las espaldas del príncipe, y este tenia por lecho las malezas y los breñales.

Un dia condujo á su ginete á una altísima montaña. El sol estaba ardiente. Kam-rup vió unos racimos de uvas que relucian entre las hojas. Arrancó muchas y esprimió el jugo en calabazas. Tres dias despues era un vino delicioso color de púrpura; lo ofreció al Tasma-pair, que al gustarlo saltó de gozo y lanzó un gran grito que se oyó hasta la ciudad. Los otros Tasma-pairs acudieron galopando en sus cabalgaduras humanas. Se pusieron á beber, se embriagaron, cantaron, la mitad

(1) Este episodio recuerda los viages de Sindeba del marino. Tassy observa que estas dos fábulas pueden provenir de una realidad. El rey de los basmanes acostumbra hacerse conducir en las espaldas de un hombre, y Wischnou en los dibujos mitológicos de Colema está representado á caballo sobre las espaldas de Gar.

de ellos se durmieron, y los otros se quedaron sin fuerzas al cuello de sus caballos.

—Matémoslos, dijo Kam-rup.

Cada uno degolló á su ginete. Despues todos se echaron á los piés de su libertador.

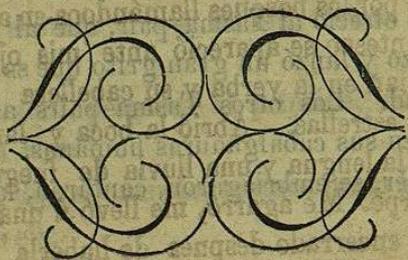
—Es menester que nos separémos, dijo Kam-rup. Cada cual debe volver á su pais natal.

—Yo me quedo con vos, dijo uno de aquellos hombres.

—Quién eres y á dónde vas? le preguntó Kam-rup.

—Soy Mitarchaud, hijo de Kamarchaud; vengo de Auda, y busco á mi príncipe el Kunwar Kam-rup.

—Yo soy, dijo el Kunwar.



IX.

Mitarchaud hijo de Karmachaud, contó su historia al Kunwar.

Cuando el barco se fué á pique, dijo, me apoderé de un banco de remero. Las ondas me agitaron en todas direcciones y me arrojaron á esta isla. Vagué por los bosques llamándoos en alta voz. Un dia gigantesco se apareció ante mis ojos. Sus piés se hundian en la yerba y su cabellera se perdía entre las estrellas. Abrió la boca y lanzó llamas. Sacó la lengua y una lluvia de fuego cayó sobre su cuerpo. Me agarró, me llevó á una caverna y me dejó encerrado despues de haberla tapado con una roca muy grande.

Cerca de mí estaban tres hambres sentados y con la cabeza baja.

—Dónde estoy? les pregunte, habeis visto al príncipe Kam-rup.

Me respondieron sin levantar los ojos:

—Estás en la bodega del div Schwegrougra.

Por la mañana entra, toma un hombre y se lo come; tal vez eso te sucederá si así está escrito.

Esto me dió gusto. Toda la noche estuve pronunciando vuestro nombre, y por la mañana cuando entró el div corrí á su encuentro con la cabeza erguida y el semblante risueño.

El tambien se puso á reír y llevándome á su boca me dijo:

—Eres un rajah muy gracioso, ¿sabes que te voy á comer vivo?

—Lo sé, dije, y por eso estoy contento. Kam-rup, mi querido príncipe, ha desaparecido en un naufragio, y si no he de volverlo á ver, prefiero morir.....

—Has conmovido mi corazón, dijo Schwegrouga. Prescindo de comerte, y además me comprometo á llevarte á donde quieras.

—Llévame al lugar de donde me tomaste, le dije, y seguiré buscando á mi príncipe Kam-rup.

Schivergrouga alzó su vuelo y descendió al bosque. Me puso suavemente sobre la yerba y me dió uno de sus cabellos.

—Si alguna vez me necesitas, dijo, pon este cabello en la llama y me verás al instante.

El div voló, yo vagué por los bosques y un Tasma-pair se montó en mi pescuezo. Llegasteis príncipe, y estoy libre, y vuestra presencia ha sido para mí mas dulce que la libertad.

Me respondieron sin levantar los ojos:
—Estás en la bodega del div Schwegrougra.
Por la mañana entra, toma un hombre y se lo come; tal vez eso te sucederá si así está escrito.
Esto me dió gusto. Toda la noche estuve pronunciando vuestro nombre, y por la mañana cuando entró el div corrí á su encuentro con la cabeza erguida y el semblante risueño.

X.

Mitarchaud y el príncipe se acostaron en la yerba á la sombra de un asoca. Un papagayo azul volaba sobre sus cabezas y al fin se paró en la mano de Kam-rup.

—Hermoso pájaro azul, dijo el príncipe, tú quieres ser nuestro amigo, no es verdad?

El papagayo inclinó su cuello de una manera graciosa. Erizó sus plumas azules, y bajó su pico de plata hasta tocar sus patas. En una de ellas tenia un liston color de rosa. El pájaro lo desató, y de repente desaparecieron sus plumas y su pico, y un hombre se arrojó á los piés del Kunwar.

Y con sus manos me ató este listón color de rosa en un pié. De repente tuve plumas, alas, y me convertí en papagayo. La hada me tomó en la mano, me acarició y volvió á decir:

XI.

Soy vuestro pandit Acharaj, dijo. Cuando naufragamos, la brisa meridional me llevó entre las ondas, como si fuera una hojilla de lotus. Llegué á tierra, á un árido desierto donde no habia ni flores, ni mariposas. Anduve por la arena y repetí llorando el nombre del príncipe Kam-rup. Descubrí un palacio de ágata que brillaba como estrella entre ramas cargadas de fruto. Me apresuré á entrar á aquel paraíso, y me llegaba á los labios una naranja, cuando una hada encantadora se presentó ante mi vista.

—Estàs en mi casa, soy hada, te amo y no me abandonaràs, me dijo.

Tomó un polvo rojo y lo derramó en sus cabellos. Tomó una piel de elefante y se cubrió con ella como si fuera túnica. La trompa le servia de turbante.

—Nada temas, me dijo.

Y con sus manos me ató este listón color de rosa en un pié. De repente tuve plumas, alas, y me convertí en papagayo. La hada me tomó en la mano, me acarició y volvió á decir:

—Nada temas, yo te amo.

Dos ó tres veces al dia me quitaba el listón y volvía yo á la forma humana, despues lo volvía á atar, y quedaba yo convertido en papagayo.

Esta noche, miétras la hada dormia, me escapé de su lado con el listón, vine á este asoca, os oí llegar, os he oído hablar, y me he apresurado á tomar la forma del pandit Acharaj, para poder ponerme á los piés del príncipe Kam-rup.



Y con sus manos se cubrió el rostro de los
 es un punto, porque sus labios están
 con un papel de oro, y en sus manos
 manos, y en sus manos, y en sus manos.

—¿Qué es esto? dijo Kam-rup, ¿qué es
 esto? ¿qué es esto? ¿qué es esto?
 ¿qué es esto? ¿qué es esto? ¿qué es esto?

XII.

—¿Qué es esto? dijo Kam-rup, ¿qué es
 esto? ¿qué es esto? ¿qué es esto?
 ¿qué es esto? ¿qué es esto? ¿qué es esto?

Kam-rup y sus amigos vagaban á la ventura. El sol era abrasador, la arena ardía. Una que otra palma de esbelto talle y delicadas hojas se dibujaba en el azul del cielo. Oíase el rugido de tigres y de leones y á veces pasaba un búfalo entre una nube de polvo. Se apareció un viejo cubierto de una piel de oso.

—Si será Tasma-pair! dijo Kam-rup.

—A dónde vais? preguntó el viejo. Ignorais que esta tierra no se hizo para los hombres?

—Cállate, contestó el Kunwar. Eres Tasma-pair y quieres atraernos con tus palabras para montarte despues en nuestras espaldas, y oprimirnos el pescuezo.

—Soy dervis, replicó el viejo, y habito en este desierto hace setenta años. Solo una vez lo he



abandonado, porque me habló mi Pir (1). Oculté entónces en esta piel de oso una manzana que era para Sundar-Rup, la reina de Aoudhpur.

—Ay! dijo Kam-rup á esa manzana debo yo el ser. Mi vida ha sido muy amarga; pero dios es grande, y estaba escrito.

El príncipe contó su historia al dervis.

El viejo agitó su barba cana y puso la mano en su piel de oso.

—Brahma, dijo, manda al hombre á este mundo para hácer nacer la virtud por medio de la prueba. Has conservado la chispa de amor que puso en tu alma. El soplo de tu destino no ha podido estinguirla ni empañarla. El nombre de Kala no ha podido volar de tus labios. Mereces recompensa y verás á tu amada; voy á mostrarte el camino de la ciudad de Sarandip, y á darte los medios de que á ella puedas llegar.

El dervis sacó de la piel de oso una piedra y la entregó al príncipe.

—Esta piedra, dijo, tiene la virtud de convertir las cosas en oro. Te la doy porque has sabido amar. Con el oro se vencen los obstáculos que nos separan

(1) En la India se da este nombre á las personas sansta que viven de modelo y que dirigen á las gentes religiosas. Tienen el don de profecía y pasan por ejercer una especie de autoridad absoluta sobre los tigres.

del objeto amado; pero solo con el corazón se ama y se logra inspirar amor.

El viejo dijo otras muchas cosas à Kam-rup. Le enseñó con el dedo el camino sobre la arena entre palmas del desierto.

XIII.

Kam-rup y sus amigos llegaron à la orilla de un gran río. Estaba tranquilo y trasparente. A los reflejos del sol brillaba como una hoja de acero. y hermosos árboles lo rodeaban sirviéndole de vaina. Kam-rup vió à un hombre que contemplando el curso de las aguas, decía:

—Oh río! oh padre mío! porque toda la creación es hija de las aguas, (1) voy à seguir tu curso y si no me guías à donde està mi Kunwar, quiero que tus ondas me quiten la vida que me diste.

Kam-rup se acercó à ese hombre y le dijo:

—Quién es el Kunwar que andais buscando?

—Kam-rup, el hijo de Raj-Pit. Soy su joyero Manikh.

(1) En el Occidente se cree que el mundo salió de las aguas.

XIV.

Manikh el joyero contó su historia al Kunwar.

—Las olas me llevaban aquí y allá. Ví una montaña que se elevaba sobre el mar. Una multitud de hombres armados coronaban su cima. Dos ó tres me hacían señas con sus turbantes luego que me vieron. Los ví bajar y cuando yo llegué à tierra se rodearon de mí.

—Quién eres y de dónde vienes? me preguntaron.

—Soy Manikh el joyero, les contesté y he naufragado con mi príncipe Kam-rup. Tengo muchos diamantes y os los daré si me conducis à donde el príncipe está.

Me dijeron riéndose que no conocían al príncipe Kam-rup, tomaron mis diamantes y me hicieron seguirlos.

Era la cuadrilla de Thag y de Phancegar (1) cuyo oficio era robar en los caminos. Cuando hubimos avanzado unos cien pasos la caballería del rey se precipitó sobre nosotros. Los ladrones huyeron y los soldados se apoderaron de mí.

—A dónde están tus compañeros? me preguntó el gefe de la tropa.

—En el mar, donde naufragamos, respondí.

—De veras? Con que tú eres el bufon de la cuadrilla?

—Soy Maniteh el joyero, dije yo, y busco à mi príncipe Kam-rup. Si lo habeis visto, decidme donde está.

El gefe me mandó apalear, me llevó à la ciudad y me encerró en la càrcel.

Ayer me mandó llamar.

—Mira esa piedra, me dijo, mi joyero no sabe pulirla, ni montarla. Me he acordado de lo que me dijiste. Voy à poner à prueba tu talento. Si lo haces bien, estàs libre, si lo haces mal, te mando matar.

Tomé la piedra. Era uno de mis diamantes. La monté perfectamente, y salía yo de la ciudad cuando os encontré.

(1) Célebres gefes de bandidos indios.

XV.

El Kunwuar y sus amigos tomaron el vaso de barro que llevan los penitentes que recorren el país.

Atravesaron los campos y las ciudades con un collar de fierro, y saludando à los transeúntes à la manera de los faquíres.

Llegaron à una ciudad que pertenecía al Maharaj Ka-Pit quien tuvo informes de su llegada y quiso verlos. Les ofreció pan y fruta, los convidó à que vieran bailar à sus mugeres y escucharan tocar à sus músicos.

El tal y el mirlang resonaron en el palacio. Lindas bailarinas agitaron graciosamente sus brazos por en cima de sus cabezas y levantaron sus piés hasta la altura de sus bocas de rosa. Los faquires con un tono grave y vestidos de penitentes conversaban con el rey.

Acabado el baile uno de los músicos se acercó à los faquires y entonó los cantos del país. El prín-

cipe admiraba la dulzura de aquella voz y la armonía de sus acentos despertaba en él un vago recuerdo.

—Cómo te llamas tú, que me haces llorar y en qué tierra afortunada se abrieron tus ojos á la luz? le preguntó.

—Ay! dijo el cantor, me llamo Rasrang. Nací en el reino de Auda y de Gorackh, donde era yo músico del noble príncipe Kam-rup.

La música y el baile duraron seis horas. El rey se marchó. El príncipe se acercó al músico. Cruzó los brazos y le dijo:

—Mírame bien, Rasrang, y reconoce en mí á tu señor Kam-rup.

XVI.

El músico contó su historia á Kam-rup.

Floté sobre las olas, el mar se serenó, descubrí á lo lejos las velas de un buque que poco á poco se iba acercando á mí. Llegué á su bordo. Tenía ochenta remeros.

Al verme salvo, canté en loor de mis libertadores. La brisa acompañaba mi voz agitando dulcemente la jarcia. Los remos azotaban el mar cadenciosamente, y los marineros se agrupaban en el puente, dando señales de admiración.

De repente un huracán tronchó el palo mayor, y puso en peligro el barco. Los marineros palidieron, y el capitán dijo:

—Ese músico nos trae su mala estrella.

Y me arrojó al agua. Todo lastimado fuí arrojado por el agua á unas rocas escarpadas. La noche había ennegrecido la frente del firmamento, y la tempestad había cubierto las estrellas bajo un ve-

lo de nubes tan negras como el kajal. Me tendí en la arena y me quedé dormido à la luz de los relámpagos y al lejano rugido del trueno. Cuando abrí los ojos, el cielo estaba sereno y el mar recibía reflejos de una luz purísima. El sol despuntaba en el Oriente y algunos pescadores echaban sus redes en aquellas aguas iluminadas por la primera luz de la mañana.

Me acerqué á los pescadores.

—La tempestad, les dije, me ha conducido á vuestras playas; compadeceos de un pobre naufrago.

—Ignoras, dijo un viejo, que estás en la isla de Ekh. Aquí nadie puede llegar, y los que entran no vuelven á salir. En la isla no hay ni una hoja de árbol, ni una ave, ni una yerba, ni un insecto. El agua que baña estas playas solo da á los pescadores perlas y coral. Somos trescientos los habitantes de la isla de Ekh. Un día cada año el viento nos trae un navío. Le damos nuestro coral y nuestras perlas por los víveres que necesitamos para todo el año. Bién ves que no podemos librarte del hambre sin esponernos á la muerte. La cólera de Siva te ha lanzado á la isla de Ekh.

Los pescadores siguieron echando al agua las redes. Yo ya me moría de hambre. Quise merecer su reconocimiento ya que no había podido obtener su compasion. Subí á una roca que estaba sobre sus cabezas, soné las manos una contra otra

para imitar el sonido del tal y comencé á cantar. Creía yo que los insulares me adorarian como á un dios, y se burlaron de mí como de un loco. Bajé lleno de ira y les grité que eran unos osos y unos ignorantes. Entónces me apalearon y me dejaron en la playa ensangrentado y medio muerto.

Al día siguiente tomé un cackol (1) en la mano y fuí de casa en casa. Recogí las migajas que quedaban en los manteles, y así me mantuve muchos días. Al fin apareció un buque.

El capitan consintió en llevarme á bordo; pero con la condicion de que viera lo que viera en la navegacion, no habia de preguntar nada.

El buque levó anclas. Con gusto me alejaba de aquella isla en que no habia ni yerbas ni pájaros. Ya no me alimentaba con granos de arroz recogidos del suelo. Bebia vino de Persia, comia pimienta de China, y dátiles y dulces, y pescados, fumaba hooca, mascaba betel, y reía como los genios del jardin de Swerga (2).

En alta mar, el buque se detuvo. No se veía mas que agua y cielo, y el agua estaba tan azul como el cielo. Los marineros pusieron en el puente las perlas y el coral. El coral era tan rojo como las yemas de los dedos de una doncella, las per-

(1) Vaso que usan los mendigos.

(2) Paraíso inferior, morada de los genios.

las brillantes como estrellas, verdiosas como las alas de las moscas del Mediodía, doradas como la cabellera del sol ó azules como las pupilas de la diosa Maïa. Un reino entero no bastaria para pagar aquel cargamento.

Los marineros tomaron las perlas y el coral y lo arrojaron todo al mar.

Me quedé estupefacto. Una pregunta espiró en mis lábios. El buque desplegó sus velas todas y continuó navegando.

La curiosidad me devoraba. El fatal por qué? estaba en la punta de mi lengua. Cuando estaba yo en riesgo de pronunciarlo, me ponía á cantar y á bailar sobre el puente, ó comia dátiles y dulces. Pero no pude evitarlo, al fin se me escapó.

Un grito terrible se oyó en el barco. Una mano vigorosa me meció en el aire y oí las palabras siguientes:

«Músico, músico, tu alma quiere penetrar los misterios de la creacion. La ciencia es un perfume que el hombre respira á la hora de su muerte. Esa hora te ha llegado. Somos los guardianes de las islas del mar. Hay algunas cuyo suelo no se engalana de flores, ni de frutos; pero Brahma no abandona á los hombres que las habitan. Les dice que pesquen perlas y coral y en cambio les da vino y arroz. Entónces el Oceano dá á luz sus rique-

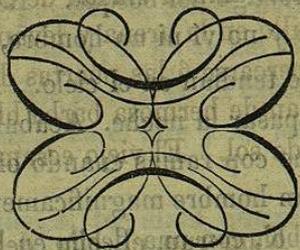
zas misteriosas. El hombre obedece una ley superior, el trabajo, y produce maravillas; pero, qué valen sus mas bellas obras maestras á los ojos de Brahma! Damos un paso y todo vuelve al abismo de que salió.»

Dichas estas palabras me dejaron caer en el mar. Un vapor luminoso cubria las velas y la jarcia del navío y una especie de alas azuladas adornaban los rostros de los marineros. Nadé un día y una noche. La aurora me hizo ver una costa risueña que lavaba en el mar sus extremos cubiertos de verdura, y levantaba al cielo su cabeza coronada de árboles. Salté á la playa, me acosté sobre la yerba, y me oculté bajo el follage del bosque. Estuve andando hasta la noche y no ví ni un hombre, ni una casa. Las sombras se tendian en el cielo. Me subí á un platanar para pasar la noche. Acababa yo de formarme un lecho con ramas cuando oí el galope de un caballo, y un hombre magníficamente vestido se acercó á mi árbol, con una flecha en la mano.

Se apeó y me estremecí al verlo subir al mismo árbol en que yo estaba. Me quedé entre las hojas sin moverme. El hombre ecsaminó el plátano con una mirada de águila. Me vió y preparó una flecha.

—Señor, grité no me mateis, no me mateis, soy un pobre músico.»

Y para probar lo que decía, me puse á cantar. Guardó su flecha, y permaneció tranquilo; pero en cuanto cesaba yo de cantar me tendía su arco. Muchos hombres armados se acercaron al plátano, saludando á mi vecino con el título de Maharaj. Era el maharaj Kar-Pit que se habia extraviado siguiendo las huellas de un ciervo. Le habia cogido la noche y por casualidad habia ido à refugiarse al mismo árbol que yo habia escogido. Volvió à montar á caballo, me hizo seña para que lo siguiera y me tomó á su servicio en mi calidad de músico.



El Kunwar y sus amigos continuaron su viage. A los nueve dias de camino descubrieron grandes pagodas y elevadas cúpulas que á lo léjos se dibujaban en el mar. Era la ciudad de Sarandip. Kam-rup se arrodilló en la arena y levantó sus manos al cielo. Al acercarse á las puertas de la ciudad vió á un brachman de hermosa barba blanca que se paseaba tomando sol. El viejo ecsaminó al Kunwar y le dijo:

—No eres Kam-rup, el hijo del maharaj Pit?

El Kunwar no quiso engañar á un brachman.

—Sí, dijo, soy Kam-rup, el hijo del rey de Gorackh.

—Y yo, dijo el viejo, soy Sumit, sacerdote de la princesa Kala.

—Cómol! exclamó Kam-rup. Eres tú quien fué á la ciudad de Aoudhpar!

Y le contó sus trabajos, sus penas y sus esperanzas, pidiéndole consejo.

—Ven conmigo, dijo el brachman, al templo de Hardwar. Allí verás á tus amigos y pasarás la noche, mientras yo aviso tu llegada á la princesa Kala.

Todos se pusieron en marcha. El brachman los condujo á la colina en que la pagoda elevaba al cielo su aguja decorada de arabescos y coronada con un globo dorado.

El Kunwar encontró en la pagoda á su médico Kunwal-rup y á su pintor Chitarman. El mar los habia arrojado á las costas de Sarandip, y en su profesion habian servido al maharaj; pero nunca habian olvidado á su querido Kunwar.

—Príncipe, dijo Chitarman, he dado tu retrato á la princesa Kala. Te pinté en el buque en medio de nosotros en el momento en que la brisa nos alejaba de Hougly. La princesa te mira sin cesar y llora al mirarte.

—Príncipe, dijo Kunwal-rup, muchas veces he hablado de tí con la princesa Kala. Sufre y languidece como la flor del lotus abrasada por los rayos del sol. Tu nombre es como dulce rocío para los dolores de su corazón.

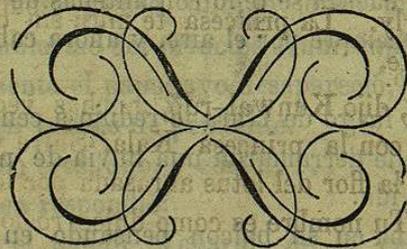
—Príncipe, dijo el brachman Sumit, el rey Kam-raj quiere que su hija elija esposo. Ha reunido á los Kunwares de todos los países vecinos para un

swayambar (1). Mañana la princesa debe poner el collar de nau-lakh al que mas ame. Gime y suspira; pero se ve obligada á obedecer. Cuál será su gozo al saber que el príncipe Kam-rup está en Sarandip! Pero yo no soy mahran (2), no puedo entrar al serrallo, y hasta mañana es cuando debe venir aquí, velada bajo las cortinas de seda de su palanquin.

—Puedo atarme al pié mi liston color de rosa, para volverme papagayo; volaré hasta la mano de la princesa Kala y le hablaré al príncipe Kam-rup.

(1) Así se llama la asamblea solemne en que las princesas escogen esposo.

(2) Mahram es el que tiene derecho de entrar al harem.



XVIII.

El dios amor es hijo del cielo y de la ilusion.
Su esposa es Reti, la ternura, y su amiga es
Wassah, la primavera.

El dios amor es tan grande como una rosa de Irem (1). Tiene en su carcax flores de amras y de nagacesar. Su arco se formó de una caña de azúcar, y la cuerda se tejió con antenas de mariposa. Vuela siempre por el aire, y ahora cabalga en un papagayo.

Un día el fuego de Hara lo redujo á cenizas; pero los dioses le derramaron una lluvia de néctar y volvió á la vida.

Kala estaba en su balcon pensando en el dios amor, cuando vió que un hermoso pájaro azul revoloteaba sobre su cabeza.

(1) Maravilloso jardin de Arabia.

—Un papagayo! exclamó. Oh Kama!
Tendió uno de sus dedos de rosa, y el pájaro se paró en él, inclinó graciosamente su cuello, silbó, y lamió sus patas con su lengua negra. La princesa lo llevó al interior del palacio.

XIX.

—Hermoso pájaro, dijo la jóven princesa, no puedes hablarme del príncipe Kam-rup?

De repente el papagayo desapareció, y Kala vió á un jóven vestido de penitente.

—Quién eres, dijo, y cómo?

El jóven respondió:

—Soy el pandit Acharaj, de la casta de los brachmanes y uno de los seis compañeros del príncipe Kam-rup. Si miras ese cuadro del pintor Chitarman, fácilmente me reconocerás, y no temerás fiarme los secretos de tu corazon.

La princesa vió los dibujos de Chitarman, y exclamó:

—Sí, eres tú. Pero, por favor, dime dónde está el Kunwar? Está en Sarandip? Quiero verlo.

Acharaj calmó su impaciencia, refiriéndole las desgracias y la fidelidad de Kam-rup.

—Toma, dijo la princesa, toma mi dopatta, llévala à Kam-rup y dile que se la ponga en la cabeza, que te lleve en la mano, y que entre al swayambar. Yo le daré el collar de nau-lakh.

Acharaj se ató el liston, desplegó las alas y voló por la ventana llevando en el pico la dopatta.

XX.

Suryah (1) acababa de aparecer en el cielo. Arun, que es su cochero, guiaba sus siete caballos verdes. Los rayos rojos caían en el mar oriental y reflejaban en las cúpulas de la ciudad de Sarandip. Los Kunwares llegaron al palacio. Parecian estrellas del cielo ó genios de la corte de Indra. Uno estaba cubierto de perlas y diamantes, otro llevaba un turbante de brocado recamado de oro. Este ostentaba sobre la espalda una túnica de raso azul salpicada de estrellas de plata; aquel apoyaba su puño en un sable engastado de ópalos y de topacios, de zafiros y de esmeraldas.

Kam-rup se frotó el cuerpo con ceniza y con estiércol de vaca, y se alzó el cabello sobre la frente como los penitentes, se ató el dopatta de la prince-

(1) El Sol.

sa y llevó en la mano á Acharaj con su liston en un pié. Kunwal-rup, Mitarchaud, Manikh, Ras-rany y Chitarman se vistieron del mismo modo, y los penitentes se colocaron entre los Kunwares en el palacio.

Pero nada habia tan bello como la princesa Kala. Se habia bañado con agua del Ganges. Sus mugeres habian derramado esencias de ámbar y de rosa sobre todas las venas de su cuerpo. Habian frotado con la mano su cútis fina y perfumada, y la habian dejado tan brillante como un espejo. El polvo del sandal teñia color de oro los lirios de su espalda y el alabastro de su seno. Sus piés delicados estaban teñidos de rojo, sus dientes y sus párpados pintados con missi, y habia mascado betel para volver violeta la púrpura de sus labios. Los negros bucles de sus cabellos se separaban en medio de su frente, y parecian flores de nábzo. Perlas y flores de jazmin adornaban su cabeza, y entre las perlas resplandecia una media luna como si estuviera entre las Pléyadas. El dhukdhuki radiaba sobre su pecho y en su brazo se veían las nueve piedras del nauratan.

Cuando se presentó la princesa Kala, su belleza hizo destrozos en las filas de los príncipes. Las flechas de sus ojos derribaron á cincuenta, los demas quedaron prendidos en los bucles de sus cabellos, y

permanecieron mudos é inmóviles como un grupo de estatuas.

La princesa pasó delante de ellos montada en un caballo árabe, corrió hácia donde estaban su dopatta y el papagayo, y puso á Kam-rup el collar de nau-lakh.

XXI.

—Mueran los hechiceros! Mueran los mágicos! Han hecho mal á la princesa Kala. Qué horribles penitentes llenos de estiércol de vaca! Y ellos son los que se llevan el nau-lakh! Es menester enterrarlos y que se los coman las hormigas! Las aves deben anidar en sus cabellos!

Los Kunwares arrancaron á Kam-rup el collar de nau-lakh. Le golpearon el rostro, destrozaron su túnica y lo llevaron ante el Maharaj.

Cuando el Maharaj supo lo que habia pasado, su rostro se puso amoratado como la flor de lotus que se abre á la luz de la luna. Se encolerizó mucho

contra su hija, juró que no la dejaría casar, hizo que los Kunwares se retiraran, y dijo á sus oficiales:

—Que paseen à esos faquires por toda la ciudad, y que los empalen despues.

Pasearon al príncipe Kam-rup con su papagayo y con sus seis compañeros llenos de harapos por todas las calles de Sarandip. Les ataron las manos y el verdugo fué á preguntarles si tenían algun deseo ántes de morir.

Kam-rup acarició á su papagayo, oprimió la dopatta sobre su corazon, y exclamó:

—Si tienes piedad de un moribundo, condúceme delante del palacio de la princesa Kala. Quiero que me vea empalar, quiero al ménos tener ese placer. Los mansebdares comunicaron esta súplica al Maharaj, y le dijeron que el suplicio del empalamiento era demasiado cruel para el crimen de los penitentes.

—Bueno! dijo el maharaj, que los arrojen en la cisterna de Karan, y les echen piedras encima, que vivan ó mueran nada me importa, con tal que no vengan à hechizar á mi hija.

XXII.

—Hermoso papagayo, decia el príncipe Kam-rup, está esto muy oscuro. Si salieras de aquí, nos echarias tu liston color de rosa, y todos nos iriamos volando.

—Señor, dijo el pájaro azul, he andado volando y he visto que la piedra no deja salida ni para un papagayo.

En este momento saltaron chispas de la cisterna, porque Mitarchaud sacaba lumbre con las piedras. Despues llegó al Kunwar un olor de cuerno quemado.

—Mi buen amigo Racka, exclamó Mitarchaud, llegará á tí el humo de tu cabello?

De repente una patada hizo saltar la roca á una legua de la cisterna, y el div Schwergrougra bajó en medio de los presos.

—Héme aquí, Rajah, qué me quieres?

—Mi querido Schwergrouga, dijo Mitarchaud,

te presento á mi Kunwar y á mis compañeros. No te los comas; pero condúcenos á cincuenta leguas de aquí.

—Partamos, dijo el Racka.

El Kunwar se colgó de los cabellos de Schwergroug, Rasraug y Mitarchand se colgaron de sus brazos, Kunwal-rup y Manikh de sus piernas, y así salieron de la cisterna de Karan. El papagayo se posó sobre la cabeza del Racka.



XXIII.

Un mes despues el Maharaj andaba paseándose en la azotea de su palacio. Estaba mirando el mar transparente que lamia los muros de mármol de la ciudad de Sarandip. A lo lejos miró una nube de polvo. Se oyó un rugido sordo como el del trueno lejano, y parecia que á lo lejos se miraba el brillo de las armas. Se frotó los ojos y llamó á su ministro; la nube se acercaba, y bien pronto se percibió el ruido de las trompetas. Ondeaban ya los penachos y un ejército innumerable, el mayor y el mas brillante que se ha visto en la India, se extendia al rededor de Sarandip.

Habia caballos árabes que galopaban al frente de las columnas; los mansebdares agitaban en el aire sus cimitarras doradas, rajahs armados de lanzas iban montados en elefantes cubiertos de seda. Era un espectáculo que á la vez llenaba al maharaj Kam-raj de asombro, de espanto y de terror.

Por fin vió venir un embajador, vestido de brocado y lleno de diamantes que arrodillándose ante su trono, le dijo:

«Kam-rup, hijo de Raj-Pit y de Sundar-rup, Kunwar de Auda y de Gorackh, al Maharaj Kam-Raj emperador de Sarandip.

«Estaba escrito que habia yo de amar à tu hija Kala. He atravesado los mares y he naufragado; he sido trasportado hasta las nubes entre hadas y he sido arrojado á una cisterna con un papagayo. Ahora, escucha, si consientes en darme à la princesa en matrimonio viviré contigo y con los tuyos en buena amistad; pero si me la niegas mis elefantes llegarán á tu palacio y te quitaré á la princesa bajo el ala de tu cimitarra.»

Tal era el mensaje del príncipe Kam-rup. Si causa admiracion verlo tan pronto convertido de faquir en conquistador, con un ejército tan numeroso como el del Perú, es menester recordar que llevaba consigo la piedra que el dervis le habia dado para convertir todos los metales en oro.

XXIV.

—Gaudbarb, dijo el Maharaj, llamad al astrólogo Maujhun!

El astrólogo llegó.

—Quero el horóscopo de mi hija! dijo Kam-raj.

El astrólogo saludó y salió.

El maharaj mandó dar betel al embajador y se puso á formar su hooça con la mayor gravedad.

A poco volvió el astrólogo, tray endo en la mano el navakirt sakkaram.

—Maharaj, dijo, hé aquí el horóscopo de la princesa Kala. Un kunwar extranjero debe ser su esposo.

—Bien, dijo el maharaj, que se preparen las bodas de mi hija con el kunwar Kam-rup.

XXV.

Los astrólogos no dejaban de contemplar el cielo. Iba à verificarse un grande acontecimiento. La estrella del príncipe Kam-rup debía unirse con la de la princesa Kala. Era menester escoger la hora favorable. Se calculó, se computó, se discutió, y a fin quedó señalado un día.

Ese día hubo fiestas en todas las tiendas del kunwar. El maharaj le envió sus omhras y sus mansebdares. Kam-rup tenia una corona de perlas en la frente. En su cimitarra resplandecian los diamantes, y su túnica de tela de oro sembrada de rubíes y de záfros, brillaba como un campo de arroz esmaltado de flores de estío. Era de verse el lujo de los rajahs en salas perfumadas de agua de rosa y de ámbar de China. Formaban varios grupos y hablaban de la hermosa pareja y de la dicha que iban á disfrutar. Habia betel, hooça y gulal! (1) Qué

(1) Polvo de rosa.

hermoso es echarse gulal en el rostro! Una nube de polvo de rosa se elevaba en el aire y se mezclaba al humo del hooça. Parecia la fiesta del Holí. Los rajahs atravesaban riendo aquel polvo aromático, las mugeres vestidas de seda bailaban à la música del mandila, y el Kunwar sentado con las piernas cruzadas en un cojin de brocado se embriagaba con los perfumes.

Llegó la noche, se corrieron las cortinas de la tienda y á lo léjos se vió la iluminacion de la ciudad de Sarandip, en la que habia una luz que parecia la del sol. El kunwar montó en un caballo blanco. Los omhras y los mansebdares lo acompañaron con antorchas. Las bailarinas y los músicos iban por delante de la comitiva. El barbat, el manjira, el mirdang y el chang, resonaban en medio de la multitud, el tal y él daf marcaban el compas; cantaban alabanzas á Kam-rup, y bailaban en honor de la princesa Kala. Así fué como el kunwar se dirigió al palacio de su amada.

Kala bajó los ojos é inclinó graciosamente la cabeza en el seno de su favorita Lata, cuando el príncipe tocó con mano trémula su brazo de marfil.

Despues, la favorita se retiró discretamente, Kam-rup olvidó sus penas pasadas y la diosa Reti sonrió al dios Kama entre los pliegues de su lecho nupcial.

XXVI.

Esta historia nos enseña que un amor fiel encuentra recompensa tarde ó temprano, Brahma lo protege desde el cielo, porque nada le parece en la creacion tan bello como el amor.

Cuando el mundo rodó en el universo por primera vez, Brahma habló á las nubes, al mar, al desierto, y al hombre.

Dijo á las nubes:

—Vagaréis con el rayo en medio del viento y de los relámpagos.

Dijo al mar:

—Todo lo tragarás en tus aguas.

Dijo al desierto:

—Todo lo devorarás en tus arenas.

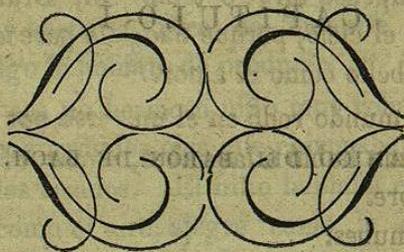
Dijo por fin al hombre:

—Vencerás el desierto, el mar, y las nubes, si hay amor en tu corazon.

Qué importa à Raujah el estrecho que lo separa de Hir? (1)

El hombre que el Dios Kama penetra con sus flechas adornadas de flores, deja de ser hombre, es un dios, porque es superior al sufrimiento y à la muerte.

(1) Hir y Raujah son dos amantes indios cuya historia se parece à la de Hero y Leandro.



VI.

GALYOT.

CAPITULO I.

UN AMIGO DEL BARON DE BACH.

Lo repito, no siempre he sido lo que soy ahora. No siempre he sido viejo, pobre y director de un gabinete de lectura. Fuí joven, fuí rico, y me llamaban entónces Samuel, baron de Bach.

Hay una maldicion en la vida de ciertos hombres. Si no me he matado, es porque tal cosa no era de moda en Paris en mi tiempo.

En cambio uno de mis amigos, parecia muy dispuesto à volarse la tapa de los sesos de puro amor

à mi muger, lo cual no me agradó. Voy à contaros todo eso.

Mi amigo habia nacido en Blois. Su padre era dueño de algunas viñas. Vivía en la plaza muy cerca del castillo y los soldados conocian la puerta de su casa, porque les vendia vino. El castillo de Blois es triste y poético à la luz de la luna. Muchas veces me ha parecido ver en lo alto de la torre de la escalera al duque de Guisa contemplando el Loire; pero las fantasmas que de noche se desprenden de las ruinas no habian turbado jamas el sueño del padre de Galyot, porque era un hombre *positivo*, capaz de ir hasta el Pico de Tenerife à plantar viñas si algo le habian de producir.

Su hijo era un hermoso niño muy robusto y muy colorado con grandes ojos que chispeaban, con largos cabellos rizados. El niño hablaba con viveza, era libre como el aire, alegre como la alondra, y siempre corria y saltaba contento sobre la yerba de los prados que se estendian junto al rio protegidos por el muelle de sus caprichosos desbordes.

Ya sentia ilusiones en el alma y su corazon nadaba en esa poesia aerea de la infancia, que no comprendemos cuando somos viejos y meditabundos.

No se recreaba en perseguir à las vacas en las campiñas ni en jugar con los caballos que tiraban el arado; pero muchas veces al descubrir un buque

que como un arco estendia sus velas en el viento, exclamaba:

—Quiero ser marinero, é ir muy léjos, y perderme en las aguas!

Un dia su padre abrió tamaños ojos, estuvo contemplando el techo de su aposento, se rascó mucho la cabeza, se quitó el sombrero, tosió y vació su caja de polvos. Un mes despues de ese dia memorable, tenia yo por compañero en la Universidad á Cristóbal Estévan Galyot.

Su padre calentándose al fuego de la chimenea y sentado entre su muger y su perro, se frotaba las manos y decia:

—Cuando nuestro hijo tenga el título de bachiller, habrá hecho su fortuna!

Galyot se graduó de bachiller y con toda su ciencia volvió al país natal.

Su padre salió á encontrarlo. Al acercarse à Blois decia Galyot:

—Oh! qué paysage tan admirable! esas rocas, esas viñas, esas praderas, esas veredas llenas de polvo, ese rio, esas riberas, ese sol!

—Hem! Hem! dijo el padre, bonita vista, de veras muy bonita. . . . y sobre todo buen vino. . . . caramba! y vino que me dará dinero para todo el año.

—Esas velas blancas. . . . y esa isla con sus saúces que se inclinan en la ribera.

—Hem! Hem! es el tio Patouille con sus lanchas. Trajo de Nantes muy malos efectos, yo prefiero lo del país, y tú, hijo mio, tú que has estudiado, debes ser de la misma opinion.

—Hé ahí el castillo, la iglesia, el obispado, la ciudad toda en anfiteatro! Aún hay tropas en el castillo?

—Ya lo creo, y muy buenos soldados, que en este año me han comprado todo mi vino.

—Vándalos! Convierten en cuerpo de guardia el palacio de Catarina de Médicis.

—Tienes razon, piedras viejas como decia el furil. Seria mejor que lo echasen abajo y construyeran uno nuevo, eso animaria un poco el comercio.

Descender hasta aquí desde la altura de Virgilio y de Teócrito, es una caída terrible.

Pero hay una hora en la vida, en la que el mundo que habitamos no es el mundo exterior, la tierra tosca y material, sino el santuario de nuestro pensamiento.

Y en esa hora estaba Galyot.

El arado, la hoz y las siembras de su padre, las paredes desnudas y el patio fangoso de su casa, todo eso era nada para él.

Su universo era el palacio diáfano de una imaginacion en el que la luz no penetraba sino al traves de un prisma de cristal, y donde mil fantasmas vestidas de hadas, brillaban en un rayo de sol.

Galyot compuso versos, vió à Chaumont, à Chambord, à Amboise, à Azay-le-Rideau, y à Ussé.

Gustaba mucho de vagar en las crillas del Loire. Su alma gozaba de dulce embriaguez y de olvido al mirar las olas plateadas por los rayos del sol, las islas, las rocas, las arenas y el azul del cielo; su boca y su pensamiento callaban, era entonces río, montaña, álamo verde, cielo azul, vivía con Dios la vida universal y pasaba delante de todas las cosas como un espejo en que se retrata la creacion.

Galyot volvió á Paris. Su padre lo obligó á estudiar Derecho, y se hizo sapaz de litigar con buen éxito ante el tribunal de Blois.

Yo amaba mucho á Galyot, y lo volví á ver con gusto.

Mi tío el marqués me habia presentado en el gran mundo, y yo introduje á Galyot.

Cuando las gentes me conocieron, preguntaron: Quién es este señor de Bach? Es el sobrino del embajador, les contestaron. Cuando vieron à Galyot, preguntaron: Quién es este señor Galyot? Es un jóven de mucho talento, fué entonces la respuesta.

Y el mundo que me habia recibido como á uno de los suyos sin cumplimiento, recibió à Galyot como à un extranjero distinguido. Se engalanó delante de él y le dijo todos los días: «Teneis genio,»

con la voz dulce de sus grandes damas, y las frases corteses de sus grandes señores.

Galyot encontró que el mundo era muy amable, y cuando en medio de aquella nube de incienso, lo asaltó el pensamiento de las causas, de los litigantes y de los careos, se apresuró á desechar ideas tan desagradables.

Galyot habia leído novelas. Se habia dejado mecer por esa poesía dorada que adorna é idealiza las cosas mas fútiles de la vida. Su imaginacion tomaba un vuelo inmenso al oír la gran palabra de *artistismo*. Se recreaba con la paradoja favorita de nuestra época: la rehabilitacion de la voluptuosidad frívola y pueril por medio de la filosofía y del arte.

Era una alma de niño con una ciencia de hombre. Incrédulo y escéptico en el fondo, se rodeaba de bellas y fantásticas imágenes.

Lo espantaba el aspecto grave y serio de una idea *positiva*. Necesitaba ese no sé qué vago é indeciso que engañaba su pensamiento como la bala de plomo que despues del naufragio mascaba el hambriento D. Juan. Contemplaba indolentemente la vida como un espectáculo cualquiera y olvidaba que era un drama, en que él mas que nadie, estaba condenado por su nacimiento á representar un papel activo.

Se apasionó de las utopias sociales y políticas,

Miraba en todas partes Atlántidas y Eldorados. Escribió versos y estuvo enamorado. Se apasionó perdidamente de una jóven que era bonita, que era rica, y como él tenía toda la sencillez de un poeta, creyó ser amado porque ella decía que su conversacion era espiritual y sus versos encantadores. Ve-
ló todo este idilio del mas espeso misterio, y tuvo escrúpulos de fiarme el nombre de la deidad que adoraba.

De repente recibió una carta de su madre. Lo llamaba porque su padre se estaba muriendo. Galyot marchó para Blois.

Hay muertes hermosas y poéticas, porque dejan al moribundo hasta su último suspiro la llama del pensamiento, y hacen radiar sobre su tumba la gran vision de la eternidad.

Estaba escrito que todo sería prosaico en el padre de Galyot, su muerte como su vida, y que todo serviría en él para helar la poesía de su hijo.

Un cuerpo lívido y descarnado, ojos hundidos en sus órbitas, vidriados, quebrados, que miraban sin ver, mejillas amarillas, labios blancos y entreabiertos, un brazo flaco que de cuando en cuando se agitaba en movimientos convulsivos, un vicario con sobrepelliz recitando monótonamente las palabras de la Iglesia sobre un cuerpo insensible que no las oía: tal fué el espectáculo que ofreció á Galyot el lecho mortuario de su padre.

Por fin se hizo oír un estertor sordo durante algunos minutos y el moribundo espiró.

Tal muerte sin esperanza de otra vida anonadó á Galyot. Quedó algun tiempo sin poder pensar en sus trabajos, ni aún en su amor. La terrible cuestion de qué sirve vivir? se apoderó de su alma y poco faltó para que se suicidara. Pero la primera palabra que recogió de la boca de su heroína le pareció una resolucion satisfactoria de la cuestion y volvió á la vida bajo la mirada de la muger que lo adoraba.

Yo, no adoraba á nadie y hé, aquí la conversacion que con él tuve una noche.

—Galyot, eres un loco. No me has dicho cómo se llama la beldad de diez y ocho años que te trastorna la cabeza. Has hecho bien y tú debes olvidarla. Sí amigo, eres un loco, á tu edad y sin fortuna, y siendo ella rica y bien nacida. . . . Vamos! eres un loco!

Galyot lanzó un suspiro y sin responderme dejó caer su frente entre sus manos.

—Te hablo con durezza, Galyot; pero tengo razon. Escúchame, cuando te veía yo al son de la música, con tus coronas debajo del brazo, coronado yo tambien y abrazado por el buen rector de la universidad me decía: «Ambos serèmos alegres algun dia.» Yo me detuve porque tropecé en mi camino con veinticinco mil libras de renta y desde en-

tónces vendí mi alma al diablo. Pero tú que tienes la dicha de no poseer ni un cuarto, tu que tienes el aguijón de la necesidad y del sufrimiento, es menester que seas algo, que seas grande hombre por tí y por mí, Galyot, y que no cortes tu porvenir entregándote á esas locas ilusiones que nos asaltan á los veinte años.

Galyot dió vivas señales de impaciencia.

—Es verdad, Galyot, es menester empezar por el principio, por el trabajo, por el trabajo oscuro é ingrato. Pero no! tú anhelas desde luego grandes palabras, grandes cosas; una cartera de ministro al salir del colegio, ó sin haber hecho nada la gloria de un gran poeta de cabellos blancos. No piensas mas que en papar moscas y en andar á la ventura.

—Ay! Samuel, soy muy desgraciado.

—Porque quieres, amigo mio. Has cometido un grande error. Has desdeñado tener una profesion y no has comprendido la saludable influencia que en el alma ejerce una carrera positiva. Te has dejado llevar de pensamientos sin fin y sin objeto. Has elegido la vida novelesca y estraviada á que inclinan en nuestra época algunos espíritus falsos. Has hecho castillos en el aire, te ha parecido prosaica la profesion de abogado, ya lo creo, te crees un hombre tan superior! Sin embargo, no te engañes, ese misticismo no es mas que superficial. La realidad se agita sobre él con sus intereses eterna-

mente vivos. Debes tocar esa realidad como todos los hombres fuertes de nuestro siglo, en lugar de hacerte el Don Quijote contra los molinos de viento. Limita tu genio á una profesion; y le darás mas fuerza y mas alcance. Hazte una existencia, adquiere una fortuna. Deten las oscilaciones de tu pensamiento y presenta á su actividad un objeto determinado. Así no solo serás hombre, sino que dentro de poco esa pasion insensata que te ha sorprendido en medio de tus delirios ya no tendrá imperio sobre tí.

—Samuel, dijo Galyot, mi padre ha muerto, no tengo fortuna, ni carrera; si ella no me ama, qué me queda en la vida?

—Y tus amigos, Galyot, y yo que me desgañito dándote buenos consejos, no somos nada para tí? Bien, tú y yo no nos parecemos en nada, á mí me van á casar, y lléveme el diablo si estoy enamorado de mi novia! Pero mi padre lo manda y es buen negocio, veinticinco mil libras de renta desde luego, cincuenta mil despues, y una muchacha muy bonita.

—Cómo se llama? preguntó vivamente Galyot.

—Ah! dije yo, ese es mi secreto. Tú me has ocultado el nombre de tu adorada. Quieres fumar un cigarro?

Dos meses despues me casaba yo con la señorita de Bellisle, jóven encantadora que bailaba á las

mil maravillas y gustaba mucho de las gentes de talento. Las amó mucho cuando fué mi muger; pero no es su historia la que ahora voy à contar.

Mis bodas fueron magníficas. Convidé à Galyot y no concurrió. Al dia siguiente recibí una carta cerrada con lacre negro, y un gran rollo de papeles rotulado para mí.

La carta decia:

«Mi querido amigo:

«Me has dado escelentes consejos, que mucho te agradezco. Estoy persuadido de que el baron de Bach tenia empeño en curar de su pasion à Galyot. Pasó ya el tiempo en que hablaban los animales y en que las reinas se casaban con pastores. Te mando adjuntos algunos pensamientos que podrán servirte de epitalamio.

«Siempre tuyo,

«GALYOT.»

Confieso que no comprendí perfectamente esta carta, y que al principio me pareció una especie de chanza. Abrí el paquete de papeles, y encontré lo que en el capítulo siguiente se sabrà.

CAPITULO II.

LOS PAPELES DE MI AMIGO.

Habia en primer lugar quejas sobre un amor desgraciado, como el de los personajes de novelas; despues en una página estas palabras: Me faltó aire y plegué las alas. Adios! En otra página esta inscripcion latina:

PERFECTUS SCILICET HOMO

QUI

FATA PERFECIT;

PERITUS,

QUI

PERIIT;

CONTENTUS

QUI

TUMULO DEMUM CONTINETUR.

Música y unos versos con este ritornelo: «Tu

canto escucho, hermosa niña." Una paráfrasis metafísica de esta idea. De qué sirve la vida? Lágrimas y gemidos por la pérdida de una ilusión.

Por último estos fragmentos sobre su posición material que voy à copiar, porque se asemejan poco á los lugares comunes; y porque prueban que no era solo el amor lo que lo impelia al suicidio.

I.

.....Hé aquí como habla un pensador alemán:

«Si se calcula cuántos niños llenos de capacidad se encuentran en las escuelas de las ciudades y del campo; si se reflexiona que el pueblo como mayoría numérica de cabezas, debe dar mayor número de buenas inteligencias, causa sorpresa, veinte años despues, buscar inútilmente esos genios de aldea en los colegios, en los grados militares ó en otras funciones elevadas. La minoría de las clases altas es la que única y lentamente provee de talentos al país, y las capacidades del campo se pierden en las granjas, en las tabernas, ó en los talleres.»

Consiste esto en que el pueblo necesita pan, y en lugar de morirse de hambre puliendo bonitas frases, toma un arado ó un martillo, y hace bien; Porque bien podeis ponderar mucho la ilustración, vuestra raza humana ántes que instruirse ha de querer comer. En tanto que le falte alimento lo buscará, y hasta que esté repleta, es cuando se pondrá à pensar. Hay entre vosotros hombres que siempre tienen lleno el estómago; esos son vuestros pensadores y vuestros hombres de talento.

Por lo demas, la especie es uniforme. Tomad al hijo de un peluquero, dadle criados que lo vistan, que pongan su coche, que cuiden sus caballos, y será poeta, pintor, orador, ó consejero de estado. Y si el hijo del consejero de estado, del orador, del pintor ó del poeta no tiene criados, ni casa, ni dinero, será artesano, ó labrador, ó ladron en los caminos reales.

Y esto debe ser así. Y para que fuera de otro modo, seria menester que hubiera una raza de animales de una naturaleza superior que tomara á toda la que ecsiste, para alimentarla y domesticarla como hacemos ahora con los perros, con los caballos y con los asnos, sabios que se enseñan en las ferias.

Así será sin duda el reinado de los santos, que esperan los sectarios del milenario; pero no llega todavía.

Sabeis qué es lo que haceis con vuestra manía de derramar la ciencia por el mundo, con vuestra universidad, vuestros pedantes y vuestras escuelas primarias?

Llenais de viento las cabezas de gentes cuyas tripas gruñen, convertis en visionarios y en escritorillos á pobres séres que no tienen pan, quitais la barreta y el azadon á buenos obreros para transformarlos en oradores de encrucijada, y dais al que está abajo en la escala social ambicion para llegar mas arriba!

Y así esperais cambiar una sociedad!

No haceis mas que una arena en que haya tigres que se destrocen.

Sí, pobres capacidades de aldea perdidas en las granjas, en las tabernas ó en los talleres!

Pobre pueblo que debe contener la mayoría de las buenas cabezas y no puede prover al pais de talentos como la minoría de las clases altas!

Mi querido Juan Pablo! Qué lastima me da mirarlo abandonar la choza de su padre, sus puñadas del camino real, y sus baños en los pantanos para ir á abrir un libro, á prender á escribir y trazar con el compas en la mano un dibujo lineal. Ya piensa el desgraciado y no tiene que comer. Despues vuelve á la casa ahumada del campo, y tienen que conducir bueyes en los prados, que labrar la tierra. . . . Y ya no puede. Necesita otra cosa. . . .

y muere de miseria en una cloaca de Paris, ó en una asonada atravesado por las bayonetas de los soldados del rey.

¿Creeis que no vale mas ser bruto, cuadrúpedo, pájaro, esclavo como en la edad media, ó en América, que no poder ser ni eso porque se tienen ideas de algo mejor, ni otra cosa, porque no tiene uno ni un cuarto?

Por vide mial una bala en la cabeza, algunos granos de opio ó un poco de vapor de carbon, es todo lo que se debe escoger de preferencia.

II.

. . . . Ah! Cuanto me aburre esta miserable razon de todas las acciones humanas: Necesito comer!

Pregunto al ladron por qué roba:—Necesito comer! y lo mandan á galeras.

Al asesino por qué mata y despoja á los viajeros:—Necesito comer! y sube al cadalso.

A la meretriuz porque se vende en las calles:—Necesito comer! y muere en el hospital.

Hé aquí las gentes que el mundo llama bandidos é infames, de donde concluyo que son honrados los que tienen la boca llena!

Oh! según esto, qué fácil será la justicia distributiva de la otra vida!

El purgatorio será para los tunantes que se hayan hecho ricos; el infierno para los pobres que no hayan dejado ser pobres, y el paraíso para los ricos que siempre hayan sido ricos.

III.

Para vivir es preciso estar ébrio, y no sentir la rueda que nos aplasta. Para vivir es preciso estar ebrio....

... Pero cómo, abandonar á mi madre! Oh! pobre viuda abandonada que me llamaba su único amparo! causarle el dolor de mi muerte despues de la de mi padre! mi pobre madre que me ama tanto! que habia fundado tantas esperanzas en su querido hijo! Yo, yo tambien habia concebido tan bellas, tan brillantes esperanzas.... Madre mia! las tuyas se

desvanecerán como las de tu hijo. Tengo un hermano que te consolará. Yo de qué puedo servirte?

Mi hermano sabe siquiera llevar bueyes con el arado, sabe podar viñas. Conoce qué tierras convienen á las semillas y qué cielo conviene á las semillas.

Y yo!

Yo no sé mas que pensar, es decir, devorarme el corazon.

Ahora, yo lo conozco, estoy loco, según los hombres..... mi locura te haria tan desgraciada como á mí.

Y con todo, tal vez tengo algo aquí en el corazon, como decia Chénier.

Tal vez sí, pero muero, decia Gilberto al espirar.

—Y el mundo, esclama un poeta! para qué sirve un poeta?

Adios, madre mia, cuando leas estas palabras comprenderás por qué me he matado....

Te amaba tanto.... pero te amaba porque tú me amabas, no porque me diste una vida que de-
testo....

Morir! Morir! podré morir! Cuando pienso en la muerte, mis ojos se llenan de lágrimas. Morir! dejar el cuerpo, y convertirme en qué?..... Qué horror!..... volverme nada.... Yo tiemblo..... no..... no tendré valor de ponerme en la frente

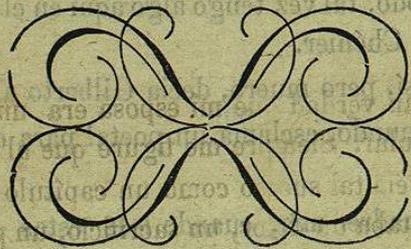
el cañon de una pistola.... tirar del gatillo.... un segundo.... un instante.... y despues!....

Qué vertigo? La cabeza me arde, el corazon me duele.

Y por qué?

No he de morir tarde ó temprano despues de haberme arrastrado algun tiempo por el mundo?

Ah! He vivido demasiado.



CAPITULO III.

TRIBULACIONES MATRIMONIALES DEL BARON DE BACH.

Es una gran verdad que mi esposa era una muger muy singular. Siempre me figuré que al casarse conmigo, veia tal suceso como un capítulo de novela. Necesitaba un dolor, un sacrificio, un pretexto para sus lágrimas, y para una heroina bella, triste, romancesca, nada mejor que un marido tonto, brutal, rico y prosaico. Por esto me escogió mi muger.

No sé como me vino esta idea, porque en fin, no soy muy tonto, bien lo podeis conocer, y cuando he fumado dos ó tres cigarros y bebido dos vasos de ponch, no hay nadie en el mundo que como yo sepa elevarse á las esferas poéticas. Amo mucho la poesía á manera de los antiguos.

..... Lentus in herba,
tendido en la yerba, ó en sofá, con los ojos medio cerrados, amo la poesía en la teoría, porque en cuanto á la poesía práctica, en cuanto á la poesía convertida en hombre ó muger, con brazos, con piernas, con boca, gritando, moviéndose y gesticulando, si la encuentro en cualquiera otra parte que no sea el teatro ó la academia, reclamo el auxilio de la policía para encerrarla en una casa de locos. Por lo demas, me gusta mucho el sentimiento; pero creia yo firmemente que el matrimonio fué instituido para tener hijos.

Pero desde la primera noche de mi casamiento, mi muger fué de opinion contraria.

—Señor de Bach, me dijo, tengo que pedir os un favor, que me deis sola en mi aposento.

—Pero, señora.....

—Cómo! ¿Tendríais tan poca delicadeza, que escigiérais imperiosamente en nombre de la omnipotencia marital, lo que debeis implorar de rodillas del amor de vuestra esposa? Todavía no os amo, señor de Bach, apénas os conozco.

Mi muger era bonita, yo no era tímido, y por vida mia! quise que me amara desde luego. Pero ella se lanzó como una leona á su aposento, tomó unas tijeras y juró matarse si no me alejaba yo de a puerta inmediatamente.

Me fuí; mi muger se encerró en su cuarto, y as

fué como desde el primer dia de mi matrimonio me ví obligado á tener habitacion separada.

Al dia siguiente tuve un cuidado especial de vestirme bien. Estudié en el espejo una ó dos miradas seductoras. Pregunté si mi muger podia recibirme, y entré á su cuarto con el sombrero en la mano y la sonrisa mas agradable en los labios.

Luego que me vió, dijo:

—Vamos, señor de Bach! Teneis el pelo azafranado y así nunca podria yo amaros. Es menester que useis peluca negra y que os peineis como los pages del rey Carlos VII. No volvais á presentaros delante de mí, sino con pelo negro.

Siempre he sido un buen hombre; he dicho ya que mi muger era bonita, obedecí su capricho y fuí á casa de mi peluquero.

No tardé en volver con la peluca mas elegante, mis bigotes, mis cejas y mi barba, todo estaba negro, y debo confesar que estaba yo buen mozo.

—Señor de Bach, dijo mi muger, quitaos esa corbata blanca y poneos una negra. Quiero que os vistais de negro, de raso y de terciopelo; sois alto, sois delgado, y con poco que abrais lánguidamente los ojos y que suspireis con tristeza, seréis un Amadis.

Me vestí de negro de piés á cabeza, como queria mi muger, y en la noche me presenté en el salon de mi tio el embajador que nos daba una fiesta.

Suspiré y lancé lánguidas miradas. La muerte de Galyot que yo no habia dicho á nadie, servia maravillosamente para ponerme triste. Todo el mundo se reía al mirarme, si aien me acuerdo, todo el mundo estaba muy alegre. Solo mi muger tenia el aire de un ángel caído, de una alma incomprendible, con suspiros y lágrimas que producian en mi derredor rumores y sonrisas ofensivas á mi reputacion.

Quando volvimos á casa, diestramente hice valer ante mi muger el sacrificio que le habia yo ofrecido de mis cabellos, de mis cejas, de mis bigotes, de mis barbas, de mis ojos, de mi trage, de mi alegría, de toda mi persona, en fin, ménos de mi amor....

—Oh! dije tomándole la mano, espero que os compadezcáis de mi amor, y que esta noche....

Ella retiró su mano de entre las mias.

—Señor, dijo; vuestra peticion sigue muy de cerca á vuestro sacrificio, y á mis ojos le quita todo su valor.

Y llamando á sus criadas se retiró á su cuarto con un aire lleno de dignidad.

—Vamos, Samuel, me dije, tu muger se burla de tí. Pero no importa. Ya no eres niño, y no abandonarás tu empresa. Ya esto hiere el amor propio. Decididamente es original.

Mi muger era muy extraordinaria en el mundo. Se vestia como Safo. Andaba espacio, movia la

cabeza, levantaba los ojos, estaba callada en una tertulia, decia palabras muy raras en la conversacion, bailaba walt hasta cansar al compañero mas intrépido, y hacia frases eternas sobre el amor, sobre la muerte, y sobre la dicha de ser comprendida en lo que el alma tiene de mas misterioso.

Habia gentes que solian decirme:

—Vuestra muger está apasionada de vos.

Y yo muchas veces temia que mi muger estuviera loca.

Una mañana me dijo:

—Señor de Bach, ya el mundo me enfada. No lo habeis conocido? Vámonos al campo; pero que sea ahora, esta noche, mañana, lo mas pronto posible..... Me negaréis este favor?

Dos horas despues caminábamos por la posta á Vercy, al antiguo castillo de mis padres, que despues ha sido destruido.

Vercy tenia torreones, un calabozo, galerías, puente-levadizo, capilla, salon de guardias, nichos con estatuas, retratos y armaduras de caballeros. Habia bosques cuyo follage no podia atravesar el sol al medio dia, y un rio que de noche á la luz de la luna, se veía desde el salon colorado, como un lago de plata.

Estaba yo muy contento de ver á mi muger en Vercy. Estábamos solos y veía yo llegado el mo-

mento de vencer su pudor. Tenia yo además un grande empeño en triunfar de mi muger.

—Señor de Bach, me dijo, quiero que nuestros criados tengan libreas negras.

—Pero, señora.....

—Quiero que todos nuestros caballos sean negros.

—En cuanto á eso, señora.....

—Quiero dormir en el cuarto oscuro en que murió vuestra tia abuela Yolanda.....

—De veras?

—Señor de Bach, bien podeis negarme todo lo que quiero. Si así esperais que yo os ame.....

—Señora, aquí, vos sois la castellana, dije yo haciendo una graciosa reverencia, y nuestro deber es anticipar y satisfacer vuestros deseos.

La vida que teniamos en el castillo de Varcy, era bastante singular. No veía yo á mi muger en toda la mañana, y solo en la noche bajaba ella de su cuarto.

Cuando llovía, mandaba abrir las ventanas del salon, encendia una lámpara que cubria con un velador, y se paseaba de un lado á otro, diciéndome cosas de otro mundo. Se ponía al piano y cantaba versos lúgubres. Me contaba historias de resucitados; declamaba poesías y luego iba á la ventana á recoger la lluvia en sus largos cabellos negros.

Cuando el cielo estaba sereno, me tomaba del brazo y me llevaba debajo de los árboles mas grandes, y me hacia sentar cerca del agua. Hablaba á la luna y á las estrellas, y siempre usaba una bata blanca y un schall del mismo color. Algunas veces montábamos á caballo. Corria por las veredas mas oscuras y cuando yo la seguía la conocía á lo léjos, por la falda de su vestido blanco, que flotaba en la noche como los velos de una fantasma.

Una noche el aire estaba tibio, el perfume de las rosas penetraba por el balcon; algunas nubes vagaban en el cielo, los últimos soplos de la brisa moribunda agitaban el follage de los plátanos y de las acacias, y la luna lo bañaba todo con sus tintes llenos de melancolía. Mi muger quiso dar un paseo en bote.

—Vos llevaréis los remos, me dijo, y yo el timon. Dadme el brazo. La noche está magnífica. Os cantaré una barcarola de Cimarosa, y llevaréis el compàs azotando con los remos las aguas del rio.

Bajamos al jardín y desaté el bote. Mi muger tomó el timon, yo los remos, y nos deslizamos en el agua, plateada por la luna como dos personajes de Ossian. Las oscuras copas de los álamos y de los sauces del rio, nos envolvian algunas veces con sus densas sombras, el ruido de los remos hacia despertar á las aves que dormían, y la voz de mi muger resonaba en las aguas. Así atravesamos aquella

cortina de tinieblas, los rayos de la luna volvieron á iluminar el rostro de mi muger, y me pareció tan linda, que dejé de remar.

Vamos, me dije llegó el momento de ser atrevido. La luna no es mas que un confidente. (Byron lo ha dicho, y su voto es respetable en la materia.) Mi muger debe haber tenido la idea mas original! Una primera noche de boda poética.... novelesca.... pero no se habrá visto cosa semejante desde que el mundo es mundo y desde que hay maridos!

Aproveché el instante en que mi muger cesaba de cantar; parecia estar conmovida, sus ojos estaban húmedos y su voz un poco temblorosa.

—Señora, dije con apasionado acento, no sabeis que vuestros cantos agitan mi corazon? Las estrellas, la noche, la luna, el rio.... todo.... ya no soy dueño de mí.... y....” No pude decir mas. Habia yo vuelto á remar al comenzar mi declaracion. En el ardor de mi ternura conyugal no habia notado que uno de los remos se habia desprendido de su clavija de fierro, y el sacudimiento fué tal que de cabeza me caí en el agua.

Cuando pude nadar, el bote ya iba léjos, mi muger lo dirigia con destreza; la ví saltar sobre la yerba, correr como un venado para el castillo, y cuando llegué á tierra ya ella habia desaparecido.

Mi muger permaneció tres dias sin bajar de su

cuarto. A los cuatro dias vi llegar tres hombres de mala cara. Uno era de rostro blanco y de pelo castaño; otro de rostro trigüeño y de pelo blanco, y el tercero tenia cabellos rubios y blancos y bigote negro. Cada cual llevaba un manuscrito debajo del brazo; eran tres poetas que mi muger habia convidado á que pasaran tres meses en el castillo.

Les hice un gesto, pero fuí muy cortés. Mi muger bajó. Su cabello negro caia en bucles sobre su espalda, tenia una bata blanca y sus ojos mas abiertos que de costumbre. El primer poeta dijo que se parecia á Ofelia, el segundo á Titania, y el tercero á Julieta. El primer poeta le recitó un soneto en versos de tres sílabas, el segundo un soneto en versos de dos sílabas, y el tercero un soneto en versos de una sílaba. Despues, como ya era tarde, todos nos fuimos á acostar.

Desde entónces mi castillo se convirtió en pandemonium. No se hablaba mas que de asesinatos, de violaciones, de adulterio, de incestos, de fratricidios, de parricidios, de infanticidios, de regicidios, de brujas, de vampiros, de cementerios, de esqueletos, de resucitados, de diablos y del sábado. Los tres poetas hablaban con voz sepulcral cosas que hacian temblar las paredes del castillo. Pero cuando mi muger queria hacerlos salir de noche á caballo ó en bote, uno tenia miedo al constipado.

otro temia romperse la cabeza, y el otro siempre tenia algun trabajo urgente que lo obligaba á retirarse á su cuarto. Por lo demas, cadauno de ellos comia por cuatro, y yo ya me daba al diablo.

—Sin embargo, dije, es buena señal. Mi muger teme estar á solas conmigo. Su gran virtud está á punto de sucumbir.

Otras veces me decia yo:

—Si se habrá vuelto loca mi muger!

Una noche hablaba de adulterio y de matrimonio. El primer poeta dijo que las mugeres eran divinas, el segundo que los maridos eran brutales, y el tercer poeta que nada es tan interesante como una muger mal casada.

—Una amiga mia, dijo mi muger, hace un papel muy singular en este momento. Amaba á un jóven y lo declaró á sus padres, quienes juraron que tal casamiento les causaria la muerte. Ella dijo que otro casamiento la mataria, y que una vez que no podia obtener el consentimiento de su familia, permanecería sin casarse. Su madre lloró, y su padre se eesaltó. Le presentó un buen partido, la instaron, la obligaron, obedeció, y ella resolvió permanecer pura de toda carieia conyugal, guardar á su marido la fidelidad que su boca le habia jurado en el altar, y á su amante la fé que le habia prometido en el corazon. Su marido la cree loca, y ella hace cuanto puede por apoyarle esa creencia.

Es una Nina de nuevo género. Pero ha logrado conservar bajo el velo de esposa, su pureza virginal. Qué decís de mi amiga?

El primer poeta dijo:

—Tiene razon de no conceder nada á su marido; pero debia concederlo todo á su amante.

El segundo poeta dijo:

—Haria mejor en complacer á la vez á su amante y á su marido.

Y el tercer poeta dijo:

—Yo preferiria que ahogara ó envenenara á su marido y que se huyese con su amante.

Yo dije entónces con calor.

—Es sublime vuestra amiga, es verdaderamente sublime.

Mi muger se puso en pié, me tomó la mano, la estrechó entre las suyas y me dijo con las lágrimas en los ojos:

—Sois un hombre escelente y generoso, señor de Bach.

La conversacion continuó. Me fué imposible tomar en ella parte. El elogio que por primera vez me habia hecho mi muger me habia trastornado la cabeza.

Yo me decia:

—Ella se ha traicionado; me ama y seria yo un necio si perdiera esta ocasion. Y me ha apretado

una mano, dejando caer una lágrima. . . . Ah! Samuel, Samuel, eres un solemne bribon!

Me levanté para abrir una ventana. Me pasé la mano por mi peluca para componerla. Dí una vuelta por el salon, y despues me fuí á colocar como un Endymion frente á frente de los poetas.

—Qué hermosa está la luna! dije sonriéndome de la manera mas sentimental. La luna!... la luna!... tan redonda! El rio se va deslizando en medio del bosque como como Ah! Qué dulce seria dar á esta hora melancólica un paseo en el parque! gustais, señores?

Mis poetas se deshicieron en escusas. Yo ya me lo esperaba. Mi muger se burló con mucho talento de la prudencia de los poetas, y yo los conduje al parque, radiante de alegría y con la cabeza erguida como un hombre que goza de la mayor fortuna.

Cuando estuvimos debajo de los árboles, sentí que el brazo de mi muger temblaba debajo del mio.

—Hé aquí el momento, pensé, vamos! vamos! Samuel!

—No sentís, dije lánguidamente, que ese aire embalsamado, que el silencio de la noche, el ruido ligero de las hojas, que todo en fin, dispone el alma á la ternura y á la voluptuosidad.

Pero mi muger ya habia retirado su brazo del

mio, se lanzó á veinte pasos de mí, riéndose como una loca y cantando entre dientes.

—A la verdad, señora, exclamé lleno de ira, porque ya habia yo perdido la paciencia; me hacéis creer que representais conmigo el papel de vuestra amiga, y que estais enamorada de algun trovador de codos rotos y de bolsas vacías.

Estas palabras, no sé por qué produjeron en mi muger un efecto prodigioso. Poniéndose junto á mí, dijo:

—Señor, yo no amo á nadie. . . . Yo jamas he amado á nadie. Quién os ha dicho eso? Eso es una infamia, una villanía! insultais á una muger. . . . Estais loco?

—Perdon! perdon! le dije conmovido. Me he equivocado, es verdad. Olvidad lo que os he dicho. Fué una chanza. No hablemos mas. Pero una vez que estamos solos, dejadme espresar francamente todos mis pensamientos. Temo que hayais leído muchas novelas, muchos dramas, muchos melodramas, y que todo esto os haya trastornado la cabeza. Esta sociedad de poetas que habeis traído al castillo me parece muy propia para convertirlo en casa de locos. Vos me habeis hablado de vuestra amiga; yo tambien tuve un amigo que ha muerto y que puede citarse como ejemplo del pernicioso efecto de tales lecturas. Era un muchacho de mucho talento que hubiera podido ser un grande hombre. Pero

se dejó llevar de nubes y de vapores. Escribió baladas y elegías. Se enamoró de una joven cuyo nombre ignora; que según creo no le correspondió, y el pobre de Galyot se levantó la tapa de los sesos.

—Cómo! exclamó mi mujer.... qué decis?.... Señor de Bach! Por favor!.... Es cierto que ha muerto?..... Cómo se llama?..... Repetidme ese nombre.....

—Galyot, repetí, sorprendido del interés que mi mujer tomaba en esta historia.

—Ay! dijo pasándose la mano por la frente. Y después añadió con calma:

—Era un loco. Matarse por amor!..... Quién piensa ahora en matarse por amor?

Y se puso á reír á carcajadas, de una manera tan estrepitosa que se vió obligada á sentarse sobre la yerba, porque no podía tenerse en pié.

—El pobre diablo, dije yo, al morir se arrepintió mucho de haber perdido el tiempo en tantas tonturas. Conservo algunas páginas escritas por él, que debéis leer. Os serán muy saludables.

Mi mujer se levantó.

—Volvamos, dijo, tengo frío. La yerba está húmeda. Dadme el brazo.

Tenia razón, porque temblaba de calosfrío. Al pasar por el puente levadizo me dijo:

—Señor de Bach, quereis convertirme, lo conozco. Seré dócil..... Leeré el sermón de vuestro

amigo..... lo empezaré á leer desde esta noche, os lo mandaré pedir con una criada..... lo teneis aquí?

Al día siguiente mi mujer despidió á sus tres poetas.

—Buena, dije, mi historia ha hecho efecto, mi mujer va á volver á la prosa.

—Señor de Bach, dijo mi mujer, quiero que mi cuarto se entapice de negro.

—Ah! Dios mío, volvemos á las andadas, mi mujer está loca. Esto es seguro.

Mi mujer rara vez bajaba de su cuarto, y no comía. De noche tomaba un poco de té con gotas de éter. Tenía ojeras y cada día estaba más pálida. Una tos seca salía de su pecho. No me dirigía la palabra, y cuando le preguntaba yo por su salud, me respondía sonriéndose que iba mucho mejor. Me inquieté y mandé llamar á un médico. El doctor no descubrió ningún síntoma alarmante. Aconsejó distracción, baños, y un método constante. Era un ataque de nervios. El médico se despidió.

Una noche fuí á pasearme al parque. El tiempo estaba tan sereno, tan tranquilo como en España ó en Italia. El aire estaba embalsamado con el aroma de los jazmines y de las madreselvas. Se escuchaba el ruido lejano de un molino de agua, y el murmullo de los insectos entre la yerba. De re-

rente los sonidos de un piano vinieron á herir mis oídos. Al principio era un canto sencillo como el de las aldeanas de Nápoles.

Despues resonaron algunas notas; el tema pastoril se descompuso en una serie de modulaciones melancólicas, é involuntariamente me sentí lleno de tristeza. Esa música venia del castillo. Me acerqué mas. Una ventana estaba abierta. Era la del aposento de mi muger.

El cuarto estaba entapizado de negro. La figura de mi muger á la luz de la lámpara, se veía como una aparicion. Su cabello suelto caía sobre su seno y sobre su espalda. Su rostro estaba tan blanco como su vestido; su voz se hizo superior á las notas del piano. Asombrado reconocí los versos y la música de Galyot que habia yo recibido con sus papeles.

Despues de dos estrofas la voz cesó. El canto pastoril volvió despues á oírse; pero en otro tono que tenia no sé qué de lúgubre, en medio de su dulzura. Despues dos notas claras y sonoras llenaron el viento, cesó la armonía, la lámpara se apagó, y ya no oí mas que el ruido del molino, y el murmullo de los insectos.

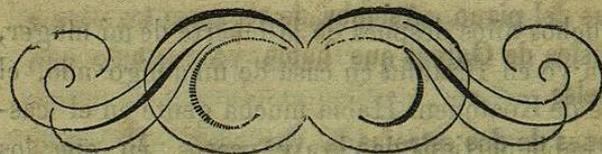
Aquella noche no pude dormir. Aquella música melancólica resonaba sin cesar en mi imaginacion. Una tristeza misteriosa é indefinible me oprimia el corazon, y el llanto rodaba de mis ojos.

A media noche mi criado entró á mi cuarto, y asustado me dijo:

—Señor, la señora ha muerto.

Subí al aposento. Mi muger estaba en su lecho, vestida de blanco. Tenia una mano en el pecho, su fisonomía estaba tranquila, sus ojos cerrados y parecia sonreírse. Ya no respiraba. Se habian encendido dos bugías á su lado, y dos de sus criadas rezaban por ella de rodillas.

Me acerqué. Mi muger tenia en la mano un rollo de papeles..... eran los manuscritos de Galyot.... Dios mio!.... ella lo amaba.



CAPITULO IV.

DE UN MONASTERIO EN RUINAS, Y DE UN
ENCUENTRO QUE TUVO EL BARON

DE BACH.

Muchos años despues de la muerte de mi muger, estaba yo en Bretaña en casa de un amigo mio, el conde de Koatquen. Habia mucha gente en el castillo habia partidas de caza y paseos, en que los hombres iban á caballo y las mugeres en coche. El conde de Koatquen dirigia estas expediciones y un dia nos condujo á ver las ruinas de Dourdan.

Era una antigua abadía fundada en el siglo XII. Perteneció primero á los benedictinos, fué saqueada en las guerras religiosas, y en ella se establecieron los trapistas durante el reinado de Luis XV. La mayor parte eran católicos de Inglaterra é Irlanda obligados á huir de la intolerancia de la iglesia re-

formada, despues del advenimiento de la casa de Hannover, como los protestantes franceses habian huido en otro tiempo de la intolerancia de la iglesia romana despues de la revocacion del edicto de Nantes. La abadía de Dourdan descollaba en medio de una agreste soledad. La mala cualidad del suelo y continuas guerras habian hecho abandonar el cultivo de las tierras. Los barones de la comarca empleaban mas fierro en espadas que en arados, y el síondo provincial que se celebró en 1561 en las cercanías no tuvo por objeto implorar del cielo lluvia ni buen tiempo. Los trapistas se entregaron á la agricultura. Habian traído de ultramar, donde el arte estaba mas adelantado, instrumentos y métodos desconocidos en Francia. Las malezas y los matorrales se vieron reemplazados en breve por campos bien cultivados. Pero cuando en 1789 estallaron las disensiones políticas, muchos fueron los que se refugiaron en el país. Los ladrones se vieron obligados á huir del fanatismo filosófico, como ántes habian huido del fanatismo presbiteriano. Aquellas llanuras volvieron á verse abandonadas, se cubrieron de sangre y los muros de la abadía se vieron ennegrecidas por las llamas. Aquel terreno solo producía salitre para hacer pólvora que servía para matar á los labradores que allí habian hallado su subsistencia.

Tales eran las ruinas que nosotros íbamos á vi-

sitar. Nuestro *cicerone* el conde de Koatquen, mandó parar los coches, cerca de una loma desde la cual se descubría un magnífico espectáculo. Nos apeamos. Los coches continuaron su camino, y nuestra comitiva siguió á su guía entre las malezas.

La loma era bastante elevada y dominaba una llanura inmensa. La vista se extendía libremente. Algunos troncos caídos, algunas rocas blanquizas se agrupaban aquí y allí en aquel terreno árido. Se descubrían campanarios á grandes distancias, y las riberas del Loire se dibujaban como cintas blancas en el azul pálido del cielo. Corría un pequeño arroyo que llevaba sus aguas á la aldea; á sus orillas se veían álamos y matorrales de espinas, y mas léjos se descubrían los techos rojos de las casa y la parte superior de un campanario coronada con un gallo de piedra. Las ruinas de Dourdan completaban el cuadro. Se descubrían grandes paredes destechadas, torres derruidas, muros desmoronados que parecían ondular como los vapores del oceano de Bretaña é iban á perderse entre las yerbas de los pantanos. Estas ruinas añadían al conjunto de aquella naturaleza pintoresca el efecto de sus líneas raras y de su sombrío colorido.

El conde de Koatquen nos hacía los honores con todo el entusiasmo de un honrado propietario en la parte del mundo por la que paga contribuciones.

La comitiva bajó á la orilla del arroyo. La cal-

zada había sido destruida por el tiempo. No hubiera sido prudente aventurarse á ir en coche; pero era muy fácil hacer el camino á pié. Había en los pantanos troncos de árboles, y juncias emblanquecidas por el sol eran las únicas huellas de vejetacion que podían verse en el camino. El viento agitaba las juncias secas unas contra otras con un ruido singular, y de cuando en cuando el ruido de nuestros pasos hacía volar aves acuáticas.

El conde de Koatquen desempeñaba maravillosamente el papel de anticuario.

—Los trapistas, decía, tenían aquí grandes árboles como en las Tullerías. Desde aquí podían ver todas las praderas y el riachuelo, lo cual debía ser hermosísimo. Vamos á tomar el sendero que pasa entre esos dos muros. Aquí era la puerta, y no hubiérais podido pasar, señoras, cuando los religiosos tenían aquí al hermano portero. Mi amigo Samuel, si hubiera sido recibido con mucha distincion, el portero lo hubiera conducido hasta aquel monton de piedras, donde M. de Soussales está cogiendo flores y lo había dejado en un salon magnífico. El padre despensero se hubiera presentado vestido de blanco y le habría ofrecido de almorzar. Estas columnas tronchadas sostenían ántes la bóveda de una estensa galería, por donde se veían pasar los buenos religiosos. Se prosternaban ante los estrangeros, sin decir palabra. No decían ni siquie-

ra como los cartujos: *«Hermano, es preciso morir.»* Allí estaban los dormitorios donde los religiosos se acostaban en una tabla, con un poco de paja que les servía de almohada. Aquí era el refectorio, y mas allá la iglesia en que el abate oficiaba como obispo con su cruz de madera.

Pasamos al lugar en que el cicerone colocaba el refectorio. Las paredes conservaban su altura primitiva por el lado del Norte. El techo y el piso habían sido consumidos por el fuego. Las paredes estaban ennegrecidas y tenían aberturas por las que se miraba el cielo. Cuando pasamos la puerta, un espectáculo singular se presentó à nuestros ojos. Todos los pisos superiores habían desaparecido, la fachada del Sur se había venido abajo, y las paredes se estaban desmoronando. Una parra trepaba por las piedras, y el sol de Septiembre doraba sus racimos. Duraznos, peras y albérchigos se extendían á los lados de la parra, y algunas legumbres crecían donde lo permitían los escombros.

—Este es el jardín del abad, dijo el conde de Koatquen.

—Cómo! cómo! exclamó toda la comitiva.

El conde de Koatquen tomó un aire misterioso, anunció una historia, y dijo:

—Hace un año estaba yo en casa de mi vecino Arturo de la Meilleraie. Acabábamos de cazar una liebre y al fuego de las lumbradas esperábamos

la comida. Sabeis que él es dueño de estas ruinas. Un hombre entró al salon. Era ya de noche, y la llama alumbró el rostro del recién llegado. No lo he vuelto á ver despues. Llevaba una levita parada, y su peinado anunciaba à un eclesiástico. Saludó á mi vecino y le preguntó si podía alquilarle un aposento en las ruinas de Dourdan, y alguna tierra que cultivar. Mi vecino contestó que sus tierras no valían gran cosa, y que no había modo de que ni un lobo encontrara abrigo entre las ruinas. Aquel hombre insistió, y al fin Arturo cedió á sus deseos, señalando un precio muy módico. Ahora las gentes de las cercanías dicen que el alma del último abad fusilado por los soldados republicanos en la misma iglesia, ha vuelto á habitar la trapa de Dourdan. Dicen que de noche se enciende un gran fuego en estas ruinas, y que viene una procesion de trapistas vestidos de blanco. Las mujeres se santiguan y recitan oraciones al pasar por el jardín del abad.

—Qué historia tan curiosa! dijo lady Mowbray.

—Es una verdadera novela, añadió madama de Antroches.

Cerca de allí se elevaba una gran masa negra en que la yedra entrelazaba las piedras con sus ramas y con sus hojas. Ventanas ogivas sin plomo, ni vidrieras, nichos esculpidos donde se veían fragmentos de estatuas de santos anunciaban que allí

habia ecsistido la iglesia de los benedictinos. Los viageros entraron à la nave. Las columnatas gótticas estaban en pié; pero los arcos que antes se elevaban sobre las cabezas de los religiosos, habian sido arrancados con el techo. Aquellos árboles de piedra que el fuego habia revestido de una corteza negra; y cuyas ramas rotas presentaban mil figuras estrañas, formaban un espectáculo estraño é imponente. Cabezas de santos, molduras, pedazos de mármol amontonados por todas partes, y la lluvia que hacia medio siglo caía en la iglesia destruida, habia hecho que saltaran yerbas entre las ruinas.

Nuestra pequeña caravana llevaba lápices y album. En los pedazos de las columnas y de las cornisas se improvisaron asientos. Todos nos sentamos sobre las piedras sin miedo à las víboras, y nuestros talentos de aficionados se fijaron en las ruinas de la pobre iglesia de Dourdan.

Yo que detesto el dibujo, y me horrorizo de ver un album, continué mi peregrinacion. Noté cerca de la iglesia un torreón cuya base habia sido cavada en el suelo hasta unos cincuenta piés de profundidad. Sentí curiosidad de ver lo que allí habia. Pasé por una escalera de piedra que estaba muy bien conservada, abrí una puerta y lo que ví me hizo dar gracias al cielo de no haber tenido album, ni aficion al dibujo.

Era un gran salon cuadrado cuyas paredes estaban desnudas y medio destruidas. Habia allí libros viejos, una biblia, una calavera y un crucifijo. Habia ademas un piano abierto y encima el *Requiem* de Mozart y la *Creacion* de Haydn. Detras de la música se veían cartas geográficas, una esfera y un globo de palo pintado. Sobre una gran mesa habia una papelerá para escribir en pié. Habia libros en lenguas orientales y un enorme diccionario sanscrito abierto. Respirábase en aquel salon un aire de ciencia y de antigüedad. La luz penetraba por dos aberturas de forma irregular, festoneadas y cortadas á pico, que en otro tiempo habian sido ventanas con arabescos, cubiertas de yedra y de rosas à través de una cortina antigua colgada de la pared, y que hacia veces de vidriera contra el viento y contra la lluvia. Una chimenea de piedra esculpida ocupaba doce piés en el salon, y en ella se veían figuras de obispos y de arzobispos que habian en parte sobrevivido à la destruccion. El entarimado del piso no ecsistia, se habia destruido bajo el peso de los escombros que caían de los pisos superiores. En los rincones quedaban algunos vestigios de los adornos pintados y cincelados que se usaban en el siglo XVI. El cielo y las estrellas pudieran verse, à no impedirlo un lienzo de cañamo recientemente colocado para abrigar aquella arquitectura. Pensando estaba yo en el

ser misterioso que se habia retirado á aquella torre, en aquel rostro pálido visto por Koatquen á la luz de una llama, cuando se abrió una puerta, y apareció un hombre vestido de negro y peinado como los sacerdotes católicos. Se detuvo un momento.

—Galyot!..... exclamé yo admirado.

—Samuell! dijo aquel hombre.

Nos arrojamos el uno en los brazos del otro.

—Te amaba, dije, ella te amaba! pobre amigo mio, por qué me ocultaste su nombre?

—Gran Dios! dijo Galyot.... ha muerto!

Le conté todo, ambos lloramos, y él se arrodilló y se puso á orar.

—Dios mio! dijo despues, he escandalizado à mis hermanos con mis proyectos de suicidio, bastará para espiar mis culpas, lo que sufro en este momento?

Se puso en pié con mas calma, y me dijo:

—Te debo contar mi nueva vida. Despues de haber soplado el viento de los malos pensamientos que me lanzaban á la muerte, debo mostrarte las simientes de salvacion que el Todopoderoso derramó en mi corazon, en el momento en que iba yo à perecer....

Iba yo à levantarme la tapa de los sesos en el bosque de Bolonia. Me acuerdo de ese dia; era un dia magnífico, y en aquel lugar habia caballos, tilburs, calesas abiertas, rostros de niños y de mu-

geres; todos parecian contentos, todos parecian delirar.... Un hombre que iba corriendo se tropezó conmigo y me dió sus excusas.

—Perdonad, me dijo; pero un jóven acaba de matarse debajo de estos árboles.

Maquinalmente seguí á aquel hombre. Apénas habia dado algunos pasos, cuando descubrí un círculo de hombres, obreros, soldados, y un gendarme, y tendido boca abajo, agitado por un temblor convulsivo el desgraciado que acababa de quitarse la vida. Cerca de él estaba un sombrero agujerado de un balazo, y la sangre chorreaba del pecho del herido.

—Vamos! dijo friamente uno de los soldados; ya esto se acabó. Este se atinó.

—Se mueve mas de lo que yo creía, dijo otro.

En cuanto à mí, un sudor frio inundaba mi frente. En cierto modo estaba yo contemplando mi propia muerte. Contemplé en silencio todas las convulsiones de aquel jóven. Lo ví caer en un espasmo, abrir sus ojos en blanco, agarrarse de la arena con las uñas y quedarse en la inmovilidad de la muerte y del mármol. Me quedé à un lado del cadáver, y me identifiqué con él. Seguí á las gentes que lo conducian, y no sé cuantas horas pasé contemplando muertos en lechos de piedra.

Poco á poco la vision mas extraordinaria se apoderó de mi espíritu. No tenia yo fé religiosa. Ví

la materia muda, inerte, recibir la palabra y el movimiento del gran todo. Ví levantarse al hombre.

Pero de repente el movimiento cesó, la palabra espiró, y todo se convirtió en aquel *no sé qué*, que estaba delante de mis ojos. La duda y la nada. Ser y no ser, como dice Hamlet. La nada me estremeció. No quise ser nada. Me pareció que sufrir era sentir, y que sentir vale mas que perderse en el reino de las afinidades químicas entre las tierras y las sales. Comprendí las palabras de Mecénas y me parecieron bellas. Me pareció ridículo abdicar la facultad de querer. Llamé en mi auxilio la actividad que yo mismo iba á aniquilar, y la sentí con tal fuerza, que quedé sorprendido. Sentí que la vida llenaba todo mi ser. Era como si me levantara del lecho de piedra en que yacian los cadáveres, y salí lleno de vitalidad. Mi vida era mía. Iba yo á quitármela y ella me habia sido devuelta. Para qué? Esta cuestion tuvo interés para mí. A dónde iria? Qué haria? Era yo á la vez actor y espectador. Dominaba mi vida, la dirigia, como se dirige un corcel. Gocé de una alegría de niño al pensar qué direccion daria yo á mi existencia. El mundo era grande. Era una página blanca que podia yo llenar con una tragedia ó con una comedia. La sociedad me habia parecido estúpida, y yo podia vivir lejos de ella. Podia, pues, escoger entre la isla de Conrado y la de Robinson. No fal-

taban fusiles ni contrabandistas en los Pirineos, y los ladrones de Schiller podian muy bien tender la mano á un nuevo Rauber-Moor. Habia tambien cómicos de la legua como los de Scarron, y tunantes con fortuna como los de Lesage. No se iba á la pesca á Terra-Nova? No era posible volverse turco, y convertirse en oso para agradar á un bajá? No hay mas que una muerte; pero cuántas vidas distintas se presentan al hombre!

Al llegar á esta conclusion, sentí que una mano me tiraba del brazo. Un viejo me suplicaba que me retirase porque iban á cerrar las puertas de la iglesia. Sin saber cómo me encontraba yo en el templo de Nuestra Señora. La luz comenzaba á faltar. Las grandes columnas parecian mástiles en medio de la niebla. Me dirigí hácia la puerta; pensé que de noche en ninguna parte podia pensar mejor que en una iglesia. Me oculté. Se cerraron las puertas y me quedé solo entre las naves. Perdióse la poca luz que entraba por las ventanas y la noche se estendió en la antigua catedral. De repente descubrí un punto luminoso que caminaba y en un momento todo el órgano resplandecia. Sus tubos parecian transparentes. De ellos salia la luz como un vapor y despedia sobre las columnas un reflejo débil y pálido. Era aquel un espectáculo que no olvidaré en toda mi vida. La iglesia parecia inmensa y las ondulaciones de la luz y de las som-

bras en aquellos arcos góticos, parecían darles vida y movimiento. El edificio retemblo, y la voz del órgano resonó magestuosa en las naves que parecían agitarse conmovidas.

Después supe que un músico alemán había hecho espresamente un viage á Francia para improvisar de noche y á solas, durante una hora con permiso del cabildo, en el órgano de Nuestra Señora de Paris. Creía no tener más auditorio que los santos y los reyes esculpidos en las paredes. Se engañaba, yo lo escuché. Sus notas hacían vibrar las fibras todas de mi corazón, y cuando concluyó un magnífico poema con el «Du bist die rühe» de Schubert, caí de rodillas con el rostro en el suelo. Cuando me levanté, la fantasmagoría había disipado. La música había cesado. El silencio y las tinieblas se enseñoreaban de la catedral.

—Cómo! exclamé, el ser divino que me ha sumergido en el éstasis de que acabo de salir y que me ha lanzado tan lejos del Universo, podrá contenerse en una fosa húmeda y será igual á las plantas y á la tierra que tenía el poder de trasformar por medio del arte y de idealizar por medio de la palabra!

Esta idea dió otro curso á mis pensamientos. Yo no había considerado la vida sino como la tela de un cuadro que era preciso llenar. Una vez concluido el cuadro, todo paraba ahí. Las ratas se comían

el lienzo, ó lo devoraba el fuego. Y en efecto la existencia del hombre sobre la tierra, no es completa? No le proporciona riquezas su trabajo? No le dan gloria sus pensamientos? Me parecía oír la gran voz, el gran suspiro de la humanidad que sufriendo y gimiendo decía: Oh virtud! por qué me has engañado? No eres más que una palabra sin sentido? Una tercera figura venía á completar la misteriosa trinidad del hombre, una figura de virgen mártir con los ojos alzados al cielo, la Moral tan universal que tiene un nombre en todas las lenguas, tan necesaria que es la llave de todas las sociedades, tan estraña que no es de utilidad alguna en este mundo á los que la practican. Sí, dije, hay otra vida, porque los frutos de esta planta, cultivada en vano sobre la tierra, deben florecer y madurar en el cielo. La moral es el hombre todo, y ella, ella lo hace inmortal.

Salté de goco, porque me parecía que acababa yo de adivinar el enigma del universo. Había yo tocado el anillo que une el panteísmo á la individualidad; al pensamiento, y al trabajo todos los puntos de la tierra como quiere el panteísmo, á la moral su juicio en el cielo como lo anhela la individualidad. Me acordé de estas palabras de un filósofo: «La religion es la mas alta humanidad.» Comprendí la profundidad de este pensamiento y dije: «La re-

ligion es toda la humanidad, porque es la moral con todos sus frutos y con su sancion."

De todas las religiones la cristiana es la mas admirable, porque en sus dogmas se encuentra mejor la moral de la humanidad. Hice con júbilo la señal de la cruz, y desde lo alto del cristianismo el mundo me pareció bello, las estrellas, el mar, el cielo, las piedras, las hojas, los animales todos desde el pólipo hasta el castor. Ví al hombre y su culto, como todas las lenguas denominan la accion material que ejerce sobre el mundo, y oí su palabra, esa palabra maravillosa que es superior á todas las cosas, como el espíritu de Dios. Sobre esta cosmogonía exterior y visible, sobre este panteismo magnífico y grandioso de la creacion, oí la plegaria del hombre religioso. Y cuánto mas bella me pareció la melodía de esa plegaria, que el espectáculo que habia yo visto! La mirada del hombre religioso abrasa y consume toda la vida. Él es el único que ha comprendido la palabra *humanidad*; el solo que ha cumplido su mision, el solo que ha pasado por la prueba, mereciendo subir hasta el último grado de la iniciacion.

El cristianismo me esplicó la lucha de la libertad contra la fatalidad, del hombre contra el mundo, del individuo contra la sociedad, de las pasiones contra los deberes, porque en esa lucha es donde se encuentra la virtud, y admiré la palabra de Jesus

cuando decia: «Vine á traeros la cuchilla, y ninguna otra cosa.»

Habiendo seguido ese encadenamiento de ideas, el problema de mi vida me pareció tan sencillo, y tan fácil renunciar á mi amor, y despedirme de mis ensueños de ambicion que juré emplear mi nueva existencia en derramar estas verdades, que quitan las espinas del sendero de la vida. Al salir el sol, estaba yo de rodillas en la iglesia. Tres años despues recibia yo las órdenes. Dí lo poco que tenia á mi madre y á mi hermano. Con mis libros me retiré á estas ruinas. El trabajo de mis manos me bastó para mi subsistencia. Ahora estoy estudiando las lenguas orientales. Creo que con buen éxito se puede apelar á las revelaciones de la filología sobre la emigracion de las razas, en apoyo de los textos sagrados. Me afano por elevar los materiales de mi apostolado al nivel de los conocimientos del siglo. Muy feliz seré si puedo lograr hacer la vida tan ligera coma la mia, á muchos que padecen.

Tal es, amigo lector, la historia de Galyot, contada por él entre sus ruinas á mí, que era entónces el baron de Bach. Ahora mis cabellos han encañecido, y dirijo en Paris un gabinete de lectura. Galyot desempeña con zelo en la India su mision evangélica, y muchas veces yo envidio su suerte.

FIN.

CAPILLA ALFONSO X
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

cuando se trata de un ser humano, y no de un animal, y no de un objeto inanimado. El problema de la vida humana es un problema de espíritu, y no de materia. El espíritu es lo que hace que el hombre sea un ser libre, y no un ser esclavo de sus instintos. El espíritu es lo que hace que el hombre sea un ser digno, y no un ser indigno. El espíritu es lo que hace que el hombre sea un ser eterno, y no un ser pasajero. El espíritu es lo que hace que el hombre sea un ser único, y no un ser común. El espíritu es lo que hace que el hombre sea un ser libre, digno, eterno y único.

INDICE.



SAMUEL BACH.....	5
IDEOLO.....	61
LORD CHATTERTON.....	94
HELIOGÁBALO.....	118
KAM-RUP.....	194
GALYOT.....	266

